

tadoras de la wili le atraen á pesar suyo, que es lo que queria la reina: deja la cruz santa que le preserva de la muerte, y se aproxima á Gisela que se detiene espantada y le suplica vuelva á su talisman sagrado, pero la reina la toca de nuevo y la obliga á continuar su baile seductor.

Esta escena se renueva muchas veces, hasta que al fin cediendo á la pasion que le arrastra, abandona Alberto la cruz y se lanza hácia Gisela, coge la rama encantada y quiere morir, para unirse á la wili, para no volverse á separar mas de ella!!!...

Alberto parece tener alas, apenas toca el suelo y vultigea al rededor de la wili, que muchas veces intenta sujetarlo. Pero arrastrada por su nueva naturaleza, Gisela cede á la necesidad de unirse con su amante, y los dos comienzan un paso rápido, aéreo, frenético como si apostasen en gracia y agilidad, muchas veces se paran para caer en los brazos el uno del otro, y en seguida la música fantástica les dá nuevas fuerzas y nuevo ardor.

Toda la cuadrilla de las wilis, se une á los dos amantes, y los cerca formando actitudes voluptuosas.

Una mortal fatiga se apodera entonces de Alberto. Se le vé luchar todavia, pero sus fuerzas principian á abandonarle. Gisela se aproxima á él. Se detiene un momento con los ojos bañados en lágrimas; pero una señal de la reina la obliga á volar de nuevo. El baile dura algunos minutos mas, y Alberto vá á perecer.... de cansancio y de fatiga, cuando el dia principia á aparecer y los primeros rayos del sol alumbran las ondas argentadas del lago.

La ronda fantástica y tumultuosa de las wilis se amortigua á medida que la noche se disipa.

Gisela parece renacer á la esperanza viendo desvanecerse el prestigio terrible que arrastraba á Alberto á su pérdida.

Poco á poco y bajo los ardientes rayos del sol, la tropa toda de las wilis se encorva y rinde, y sucesivamente se las vé bambolearse, extinguirse y caer sobre el monton de flores ó sobre el tallo que las vió nacer, como las flores de la noche que mueren al aproximarse el dia.

Durante este gracioso cuadro, Gisela que como sus ligeras hermanas, sufre la influencia del día, se deja ir lentamente en los brazos desfallecidos de Alberto, se aproxima al sepulcro como arrastrada por su destino.

Previendo Alberto la suerte que amenaza á Gisela, la traslada en sus brazos lejos de la tumba y la deposita en medio de un monton de flores. Arrodillase delante de ella y le dá un beso como para comunicarle su alma y volverla á la vida.

Pero Gisela señalando el sol que brilla entonces con toda su magestad, parece decirle que debe obedecer á su suerte y separarse de él para siempre.

En este momento resuenan en el centro del bosque estrepitosas sonatas. Alberto las oye con temor y Gisela con dulce alegría.

Wilfrido acude. El fiel escudero precede al príncipe, á Batilde, y á una numerosa comitiva; los conduce cerca de Alberto esperando que sus esfuerzos serán mas poderosos que los suyos para arrancarle de este lugar de dolor.

Todos se paran al verle. Alberto se lanza hácia su escudero para detenerlo. Durante este tiempo la wili toca sus últimos instantes; ya las flores y las yerbas que la rodean se levantan sobre ella y la cubren con sus ligeros tallos ... parte de la graciosa aparicion está ya oculta por ellas.

Alberto vuelve y queda sorprendido y lleno de dolor viendo á Gisela desaparecer poco á poco y lentamente en medio de este verde sepulcro, Gisela con el brazo que conserva todavia libre indica á Alberto á la trémula Batilde arrodillada á algunos pasos de él y tendiéndole la mano con aire suplicante.

Gisela parece decir á su amante que dé su fé y su amor á la tierna jóven.... Este es su único voto, la última plegaria que hace la que ya no puede amar en este mundo; en seguida dirigiéndole un triste y eterno adios desaparece en medio de las flores que la cubren entonces enteramente.

Alberto se levanta con vivo dolor; pero la órden de la wili le parece sagrada.... arranca algunas flores de las que cubren á

Gisela, las pone sobre su corazon, sobre sus labios con amor; y débil y vacilante caé en los brazos de los que le rodean alargando la mano á Batilde.

Asi concluye el baile.



ESPEDICION A COMPIEGNE.

Yo deseaba conocer personalmente al hermano Luis Felipe, pero el hermano Luis Felipe no estaba en París. Hallábase en el palacio y sitio real de *Compiègne* á 19 leguas francesas de la capital, con toda su familia, la corte y la mayor parte de los

ministros de la corona. En uno de aquellos dias habia de pasar revista á un ejército de veinte y cinco mil hombres de todas armas con ocasion de poner por su mano algunas corbatas de la legion de honor, y para dar á este acto mas solemnidad habia convidado á la mayor parte del cuerpo diplomático extranjero.

La ocasion me pareció la mas oportuna para satisfacer mi curiosidad, con la ventaja de gozar al mismo tiempo del espectáculo de una revista solemne de tropas escogidas, y de conocer algunas notabilidades diplomáticas, políticas y financieras. La dificultad estaba solamente en el modo como lo habia de hacer; porque el verle rápidamente al pasar por algun sitio confundido con el vulgo me satisfacía poco; por otra parte yo no era de los convidados, y los antecedentes que habian mediado entre el rey de los franceses y el Fr. Gerundio de los españoles no eran los mas á propósito que digamos para tomarme la confianza de convidarme por mí mismo. Era preciso pues valerme de alguna estratagema.

Yo me acordaba de la que habia usado cuando estuve en Ceuta fingiéndome médico para poder penetrar impune y libremente en territorio árabe, y ver y examinar á la hermosa *Aragma Benhesek* hija del gobernador de Anchara *Mugamet-Ben-Ali-Deilel* que se hallaba enferma en una mezquita (1). Aquella por fortuna mia me habia salido bien, pero ni el estado de Luis Felipe era para necesitar de médicos, ni yo pudiera fácilmente pasar por médico en la corte de Francia como habia pasado en Marruecos. Discurrí pues, que siendo aquella una reunion de diplomáticos, ningun disfraz podia convenirme mejor que el de diplomático, acordándome tambien de aquel ingenioso hermano que deseando asistir á un concierto para el cual no estaba convidado inventó fingirse músico y tomando un violin y untando las cerdas del arco con sebo se dirigió al salon, entró sin obstáculo por parte del revisor de billetes, porque ya se sabe que los músicos no los necesitan, se incorporó

(1) Capillada 331 del 23 de abril de 1841.

á la orquesta, fingió tocar como uno de tantos, y satisfizo su curiosidad sin menoscabo de la armonia, gracias al sebo, remedio tan suave como eficaz para la no desafinacion. Ea pues, dije para mí, ya no hay que dudar en la eleccion de disfraz, y ocurrióme en el instante este racionio semi-poético:

Si para examinar enfermas árabes,
conviene hacerse médico quirúrgico,
y si para conciertos filarmónicos
suple al convite contrahacerse músico,
para asistir á fiestas diplomáticas
el disfraz diplomático es el único.

Y me dí á buscar un uniforme que se pudiese acomodar á la corporal estructura gerundiana. Afortunadamente se me deparó uno que me venia como de molde y parecia hecho de encargo para mí, y aun llegué á convencerme que á veces las casualidades son mas sábias, y tienen mejor tijera que los sastres mas afamados: ¡tal ajustaba á mi gerundiano cuerpo el préstamo diplomático indumentario!

Con todo, no consideraba yo esto bastante todavia para poderse presentar ante la magestad de Luis Felipe la paternidad diplomática de Fr. Gerundio: y á falta de credenciales era menester un apoyo que autorizára de alguna manera la presentacion del supuesto encargado de negocios, y aun que le guiára en un teatro cuya maquinaria le era enteramente desconocida. Tambien quiso la buena suerte depararme este oportuno arrimo habiendo tropezado con un plenipotenciario de los verdaderamente convidados á la funcion de Compiègne, el cual no solo acojió con entusiasmo mi pensamiento, sino que le auxilió y fomentó cuanto de su parte estuvo.

Partimos pues los diplomáticos, apócrifo y genuino, á las siete de la mañana corriendo la posta, y despues de habernos detenido á almorzar por espacio de mas de una hora en la pequeña ciudad de *Semlis*, notable por la elevadísima aguja de

la torre de la catedral que parece lleva ánimo de abrir un ojal en el cielo, atravesamos unos inmensos y frondosísimos bosques de espesos y corpulentos robles, donde suelen hacerse las cárceles reales. Al bajar la pendiente de una colina encontramos al ministro de la legación de Constantinopla, que solo se distingue ya por el gorro encarnado con una gran borla que lleva en la cabeza, vistiendo en todo lo demás á la europea. Poco mas adelante hallamos al hermano *Guizot* que se dirigia á París. Mi compañero le saludó muy cortesmente, y el ministro de negocios estrangeros por su parte nos correspondió con la mayor finura y urbanidad. Los dos se conocian; yo, modernísimo diplomático, era la primera vez que veia á *Mr. Guizot*—¿De qué os reis? me preguntó el compañero.—¿No he de reirme? le contesté: ¿cómo se figurará el amigo *Guizot* que acaba de saludar á quien tantas veces le ha hecho tema de sus bromas periodísticas? ¿Cómo se figurará que á quien acaba de hacer los honores es el mismo que en 10 de noviembre de 1840 se persignaba diciendo:

Por la señal
de la santa cruz †
libranos señor,
de Guizot y de Soult (1).

El mismo que en 20 de diciembre del propio año, le cantó con motivo de la derrota que habia sufrido en la cámara aquellas coplas que empezaban.

Al ver, Monsieur, tu derrot,
acabado en *t*,
aqui lloro Don Quijot,
suprime la *e*,
la derrota de *Guizot*.
¡Caramba y olé (2).

(1) Tomo 12, capillada 300.

(2) Id. capillada 310.

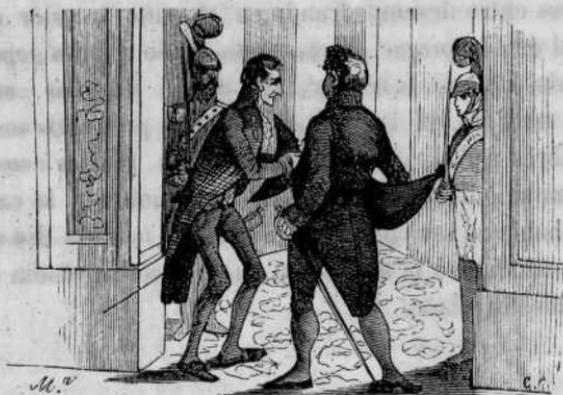
A medida que nos acercábamos á *Compiègne* los postillones que estaban de servicio eran mas lujosos: su uniforme no dejaba de ser singular, y en derredor de sus sombreritos encerados ondeaban nuevas y vistosas cintas de raso de diversos colores.

Serian las dos de la tarde cuando el carruage de los dos diplomáticos entró desempedrando en el patio interior del palacio real de *Compiègne*. Al momento acudieron dos dependientes vestidos de gala á recibir á los recién llegados, mientras otro con un libro en la mano se acercó á preguntarnos nuestros nombres para la competente anotacion. Primer compromiso para mí sino llevara ya estudiado el nombre y la categoria con que habia de ser conocido en la régia morada. En seguida fuimos conducidos á la habitacion que nos correspondia con arreglo á nuestra clase.

DOS DIAS DE HUÉSPED EN EL PALACIO DE LUIS FELIPE.

Nuestra primera operacion fué hacernos la *toilette*, y en seguida convertirnos de viageros en diplomáticos para presentarnos al rey cuando mas oportuno nos pareciese. Digo «cuando mas oportuno nos pareciese» porque no dejaba de tener que estudiar la ocasion en que deberiamos verificarlo por la parte que á mí me concernia, pues no era cosa de *frivolité* el tener que jugar aquella partida á un rey como Luis Felipe, que no es por cierto de los que se dejan meter el dedo en la boca, como dice el vulgo español. Me pareció muy conveniente reparar antes mi diplomático estómago para vigorizar al propio tiempo el cuerpo y el espíritu á guisa de guerrero cuando se dispone á entrar con vigor y sin aprension en la batalla. Habiamos encargado á nuestro ayuda de cámara el buen *Jacques* que procurara averiguar cuando el rey tuviese mas gente en el salon de recibimiento,

y tan luego como vino á decirnos «ahora,» nos encaminamos á hacer nuestra presentacion.—¿A quién tendré el honor de anun-



ciar? fuimos preguntados.—Al embajador de.... y al secretario de la embajada de.... —Entrad señores si gustais.

Y caten vds. á Fr. Gerundio en presencia del rey de los franceses confundido con los representantes y plenipotenciarios de casi todas las naciones. Los pensamientos que á mi gerundiana imaginacion se agolparian en aquel pequeño rato lo podrán discurrir bien los lectores que estén al alcance de las relaciones que entre Luis Felipe y Fr. Gerundio han mediado siempre. Y tambien podrán discurrir que aunque el tiempo estuviera algo frio, como lo estaba realmente, faltaba poco para que por mi rostro corrieran gotas de sudor por si á S. M. le daba el capricho de fijarse ó de dirigir alguna pregunta á mi sudorosa persona. Afortunadamente estas escenas son de corta duracion, y el rey se limitó á decirnos en general, «que estaba lleno de satisfaccion al verse rodeado de los dignos representantes de las potencias amigas y que tenia la mayor confianza de que continua-

riamos dándole las mismas pruebas de amistad y benevolencia que hasta entonces habia recibido.» Contestóle uno de los compañeros brevemente ofreciéndole las mismas seguridades, ratificándolas yo con un signo de cabeza sumamente expresivo, con lo que tuvo el mas feliz remate aquella primera escena.

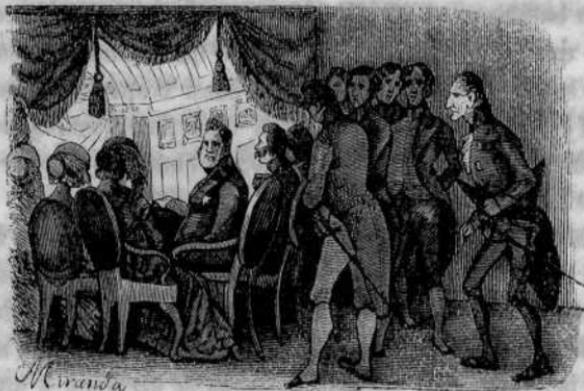
Nosotros nos retiramos á nuestra habitacion, y el compañero me abrazó felicitándome por la propiedad y desembarazo (eso Dios y yo lo sabemos) con que habia desempeñado mi papel. Ya teniamos allí los billetes de convite para la funcion de teatro de aquella noche. Llegada la hora de comer, yo tuve por muy conveniente advertir á los criados que no asistiría á la mesa de estado, sino que comería en mi habitacion, con motivo de hallarme algo indispuerto: y así se verificó con mucho beneplácito suyo á juzgar por la obsequiosidad con que me sirvieron. La verdadera causa era evitar una peripécia que era muy posible pudiese ocurrir en la mesa. Pero crean vds. que no se come mal en el palacio de Luis Felipe, aunque sea aparte; y los sirvientes debieron conocer en el consumo que no era de mucho cuidado mi indisposicion.

Como yo despaché antes que en la mesa real, aproveché aquel intersticio para brujulear la estadística precautoria interior, y exterior de palacio, y ví por mi mismo la multitud de guardias, de gendarmes, y de empleados de confianza, vulgo espías, que guarnecen por dentro y fuera la mansion del rey ciudadano. Sin embargo, en obsequio de la verdad debo decir, que á mí desde que me veian asomar todos me quitaban muy rendidamente el sombrero y me acataban al pasar respetuosamente. A pesar del espionage yo pasaría para ellos por el embajador de Rusia, ó de la Gran Bretaña; y era Fr. Gerundio que se reía de los espías de Luis Felipe.

A la hora del teatro acudí á ver la funcion. Como no habia asistido á la mesa, no creí deber incorporarme con el cuerpo diplomático, y preferí ocupar una de las lunetas confundido con la plebe de generales, inspectores, diputados y demas que aquellos sitios ocupaban. Un poco les llamaba la atencion á los que

junto á mi estaban, y conociales que procuraban con mucha curiosidad leer los letreros de los botones, lo cual impedia yo haciendo algun movimiento: y estoy seguro que dirian «¡qué popular se conoce que es este diplomático! sin duda es el representante de alguna de las nuevas repúblicas de América.»

El teatro de palacio es obra de Luis Felipe, y dirigida por él, en lo cual tiene él su poquito de vanidad; y de su aficion á la edificacion y reparacion de obras, en que no deja de ser inteligente, le viene el llamarle muchos en Francia *le Roi mazon*: «el rey albañil.» El teatro es pequeñito, pero lindo. Cuando yo entré estaban ya ocupadas las dos largas galerias corridas que hay á un lado y á otro por dos filas de damas de córte, vestidas de gala, entre todas como unas ciento, que hacian un golpe de vista sumamente agradable. A poco rato entró el rey, la familia real, las damas del servicio, el cuerpo diplomático y los ministros, ocupando todos la espaciosa tribuna ó llámese palco de frente del escenario, en el órden siguiente: en medio el Rey y la Reina; á su derecha la duquesa de Nemours, madama Adelaida, hermana del Rey, y el duque de Orleans; á la izquierda la princesa Clementina, única hija soltera del rey, la duquesa de Orleans, y el duque de Nemours; detrás las damas, y mas atrás y á los lados formando un semi-círculo el cuer-



po diplomático y ministros, todos, incluso el rey y su familia, de gran gala.

Hallábanse allí la duquesa de Albufera, la condesa de Cabannes, el vizconde y vizcondesa Germiny, Mr. Kois, embajador de Dinamarca, el baron Stokinsen, ministro de Hannover, el conde de Lebon, ministro plenipotenciario de Bélgica, el señor Olózaga, que lo era de España, Thom, encargado de negocios de Austria, el baron de Schaeten, Mr. Salvandy, el mariscal Soult, Mr. Humman, M. Dufaure, y otros de que no me acuerdo ya: há, y yo Fr. Gerundio; que tenia frente por frente y á distancia de dos pasos á Luis Felipe, con cuyo motivo pude contemplarle antes de dar principio á la funcion, y en los entreactos tan á mi sabor como podia apetecer; no asi durante la representacion, porque entonces tenia el gusto de volverle la espalda, como está temiendo él á cada paso que se la vuelvan los ingleses, lo cual le importaría algo mas.

Luis Felipe á pesar de sus 71 navidades y de su pelo blanco estaba robusto y bien tratado, y nadie á no saberlo le echaría su verdadera edad; su presencia es de rey, y en su fisonomía se lee la travesura gubernamental, y el talento político. La Reina es una señora consumidita, en cuyo semblante se vislumbra un aire marcado de apacibilidad y hasta de virtud, y si se quiere hasta de mistiquez y ascetismo, con ciertas impresiones de sentimiento que no puede desechar por los atentados á las vidas de su esposo y de sus hijos. Madama Adelaida, jóven de 67 años, soltera, es un Luis Felipe vestido de muger; tanto es parecida á su hermano: la hacen señora de mucho talento. La princesa Clementina no representa los 24 años que tiene, y sin ser un Gall se conoce que no ha heredado todo el espíritu de su padre y de su tia. La Duquesa de Orleans, que en lo rubia no desmiente su pais natal de Meklemburgo, de regular talla y pronunciadas y bastante buenas facciones, tiene toda la frescura que puede tener á los 27 años. La de Nemours jóven de 20 primaveras, de baja estatura, es sumamente agraciada, y á juzgar por su rostro debe poseer un alma cándida y bondadosa. Los duques de

Orleans y de Nemours, ambos con barba y bigote, rubio el primero y negro el segundo, uno y otro son bien parecidos y de bastante esbeltas figuras. Se les conoce educados para ganarse popularidad y de ello puedo certificar algo habiendo tenido ocasion de fumar un cigarro del de Nemours en su compañía, sin conocersele su elevado rango si de antemano no lo hubiera sabido (1). En general la familia real de Francia es como decimos los españoles, una familia lucida. El príncipe de Joinville, y los duques de Aumale y Montpensier, hijos menores, no se hallaban allí.

Representáronse aquella noche dos piecitas tituladas «*La demoiselle à marier.*» y «*Bocquet pere et fills.*» Los actores no me parecieron sobresalientes. En un entreacto se nos sirvió un refresco de helados. Yo tomando mi sorbete, colocado de pié como todos en faz de Luis Felipe, alternaba mis miradas entre él y el hermano Soult, que era con quienes mas habia tenido que hacer en mis tareas periodísticas; y no podia menos de esclamar para mi diplomáticos botones: «¡para que se vea lo que es el mundo! Despues de tantas veces como he hecho á Luis Felipe, objeto de mis gerundianas capilladas (siempre tratándole con el respeto que se merece, eso sí), héme aquí obsequiado por él, hospedado en su casa, comiéndole el pan, y regalado con sorbetes.» En seguida miraba al hermano Soult, y se me venian á la memoria aquellas coplillas que le canté cuando andaba buscando un ministerio y que principiaban:

«Voto á la fuente Aganipe,
voto á San Luis, Mariscal,
voto á mi calzon de tripe,
que te hace hacer Luis Felipe
un papel original,

Mariscal (2).

(1) Las demostraciones públicas de sentimiento, que posteriormente ha hecho la Francia por la desgraciada muerte del duque de Orleans, prueban bien la popularidad y el alto aprecio de que el príncipe gozaba.

(2) Capillada 144 de 17 de mayo de 1839.

Y me reía yo como un tonto de considerar lo que era el mundo.

Concluida la función, nada tuvimos que hacer sino irnos á acostar, y así se verificó, siendo testigo de la etiqueta con que la familia real se daba las buenas noches. Yo dormí mejor que un príncipe, y mejor que si hubiese sido embajador de veras.

Al día siguiente era la gran revista. Pero no tan temprano que no tuviésemos tiempo de hacer otras cosas antes. En primer lugar con aviso que recibimos de la Reina de que se iba á celebrar la misa de familia, pasamos á la capilla, teniendo con este motivo el gusto de darnos los buenos días *toda la familia de casa*. En seguida se nos sirvió el desayuno y concluido salimos el compañero y yo á dar una vuelta por la población, visitamos algunos templos, vimos el castillo en que fué hecha prisionera la famosa Juana de Arco por los ingleses en 1430, y el arco triunfal erigido por la ciudad á la entrada de los duques de Nemours despues de su casamiento, en el cual aun se leía «*La ciudad de Compiègne á SS. AA. RR. el duque y la duquesa de Nemours.*»

Regresado que hubimos á nuestra casa y mientras llegaba la hora de la revista, yo me entretuve en escribir una epistola á mis suscritores de España (que á su tiempo recibirían), con la misma pluma con que este capítulo estoy escribiendo y aqui me permitirán mis lectores que haga un pequeño acto de contrición por el único hurto que he hecho en toda mi vida, pues aunque el robar un Fr. Gerundio una pluma á Luis Felipe me parece que no pasará de un pecado muy venial y además he tomado varias veces agua bendita para borrarle, con todo soy muy escrupuloso en materias del séptimo mandamiento, y cuanta penitencia pueda hacer me parece poca; y si bien conozco que la mejor penitencia en estos pecados es la restitución, conozco tambien que me falta la suficiente virtud para restituirsela; estoy dispuesto, sí, á remunerarle en especie regalándole cuantas plumas guste; pero en punto á volverle la misma me creo impenitente, no me hallo dispuesto á renunciar el gusto de decir cuatro cosas al hermano Luis Felipe con su misma pluma cuando se ofrezca, y

no me queda otro recurso que el de borrar el pecado á fuerza de oraciones, y si estas no alcanzan y me condeno.... ah! no, no lo puedo creer de la misericordia infinita de un Dios que nos conoce á Luis Felipe y á mí, y está penetrado de mis sanas intenciones.

La mañana se puso crudísima de agua y viento, y ya perdimos las esperanzas de que pudiera efectuarse la revista; pero llegó la hora y todo se puso en movimiento; el rey no se habia acobardado, y se disponia para salir. La comitiva emprendió el camino del campo de *Conventieu* donde aguardaban las tropas. Al horizonte le dió el antojo de despejarse por un rato, pero aun no habiamos llegado á dar vista al ejército, cuando el señor Horizonte varió de humor, frunció el ceño, y nos descargó un aguacero acompañado de viento tan recio como frio, que nos hizo desconfiar enteramente de que la revista se verificase. «Por lo menos el rey, decia yo, no podrá salir de la carretela.» Pero me engañé, pues apenas llegamos al campo ví á Luis Felipe salir del coche con toda resolucion, y acomodán-



dose un capote de hule montó con la ligereza de un jóven sobre un caballo blanco que le tenian dispuesto, y seguido de varios generales tambien á caballo y de los coches de nuestra comitiva dió principio á la revista de los cuerpos, que le iban saludando á su turno con el grito de: «*vive le Roi!*» Casi todos los revistó con el sombrero en la mano, cayendo el agua sobre su blanca cabellera que era un alabar á Dios. Puso por su mano las corbatas, y las tropas hicieron algunas evoluciones, durando el todo de la funcion por espacio de mas de dos horas y media. Retirados á nuestra casa, el ejército desfiló por delante de palacio.

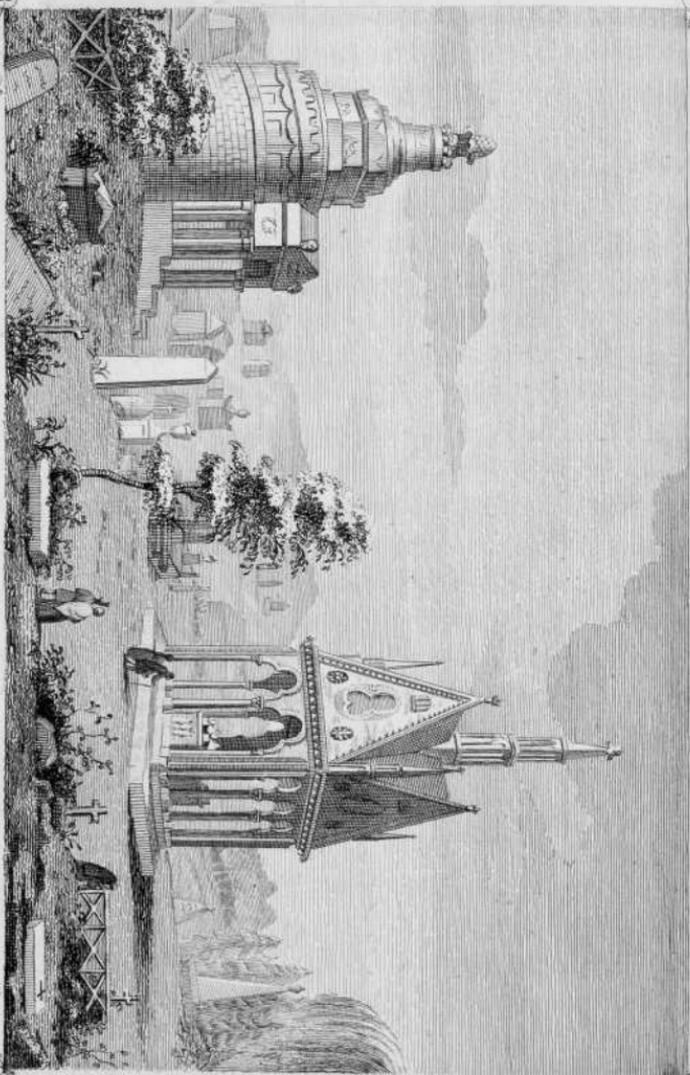
Yo bien me temí aquella noche una pulmonía régia, pero S. M. no tuvo novedad alguna, que no fué para mí pequeño testimonio de la robustez y fortaleza del hermano Luis Felipe.

Por la tarde aprovechamos algunos claros que hubo para pasear por el hermoso y estensísimo parque de palacio, obra de Napoleon, dirigida por él, y el mas bello acaso de todos los parques de Francia. Los prados artificiales de que abunda dispuestos en líneas espirales, dejando en medio multitud de amenos y frondosos bosquecillos, son de un efecto sorprendente. Pero lo que mas admira es un deliciosísimo emparrado con verjas de hierro de una media legua de longitud. Debajo de sus enramadas y verdes bóvedas nos encontramos con *Mr. Salvandy*, nombrado ya entonces embajador de España, que paseaba con otro diplomático. Incorporámonos á ellos, ó por mejor decir, ellos se unieron á nosotros, y juntos continuamos nuestro paseo, hablando primero sobre la belleza de aquellos bosques y jardines, y recayendo despues la conversacion sobre su mision á España. Allí tuve el gusto de oir de boca del hermano *Salvandy* sus sentimientos acerca de nuestro pais, que por cierto no están muy en armonía con los que acá hemos podido vislumbrar despues, atendido su comportamiento y tenacidad en la ruidosa cuestion de credenciales. Pero ya veo que no es lo mismo hablar en Compiègne debajo del emparrado del parque, que obrar en Madrid en la casa-embajada de la calle del Bar-

quillo. Y en cuanto á los términos en que venian redactadas las credenciales, que fué y está siendo todavia el gran caballo de batalla, si lo hubieran estado como las que á mí me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubiera dado lugar á tantas disputas, contestaciones y casi ruptura de amistades, ó al menos, aumento de frialdad y poca inteligencia entre ambas naciones. Otro nuevo aguacero nos hizo retirarnos.

La segunda noche no habia funcion teatral. En su defecto esperábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabia, pues asi se lo habiamos suplicado NOS la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo habia rehusado, esponiendo ruborosamente, por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y por otra la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavia nos lisongeaba la esperanza de oirla. Pero nó, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, política por demas y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y sí una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo lo mas á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retiramos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todavia emprendimos nuestro regreso en posta para París.

Las circunstancias del viage de vuelta fueron un poco azarasas y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera estendido ya demasiado en este capítulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cercade Luis Felipe del fingido diplomático Fr. Gerundio.



Un recinto que contiene cincuenta mil tumulos de piedra ceno que mereca bien ser visitado.

EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISSE.

Un recinto que contiene *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del *Padre Lachaisse* el mayor y mas notable de los muchos cementerios de Paris, se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuita que fué confesor de Luis XIV, era otra razon mas para interesar á los dos esclaustrados viajeros. Asi es que á pesar del poco aliciente que ofrece la vista de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion, y no distará menos de una legua del centro. «Tomarémos, le dije á Tirabeque, una *Dama blanca*.—¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama blanca* para ir al cementerio!—Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo seria tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita*, ó una *Parisiense*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas blancas*.—Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevarlas á otra parte, pero lo que es á un cementerio tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin si es empeño de vd. opino porque llevemos dos.—No, con una tenemos bastante.—Pues yo pienso que una es poco, mi amo.»

El simple, ó no se acordaba ó no sabia que las *Damas blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisienses*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bearnesas*, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Batiñolesas*, las *Damas reunidas* las *Tryciclas*, las *Constantinas*, las *Gacelas* y otras muchas son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carriages de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500, ó mas berlinas que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Da-*

mas blancas parten de la plaza de *Carroussel*, y llevan hasta el cementerio del *P. Lachaisse*. Subimos pues en una de estas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama Blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho que nos iba á llevar.

A los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andres*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, asi como de floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos. «Señor, me decia mi buen Pelegrin, toda esta gente está siempre en pecado mortal.—¡Cómo en pecado mortal!—Si señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no desear ni querer, ni alegrarnos del mal del prógimo y estos están siempre deseando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, pues en el consumo vá la ganancia.»

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, sibien, como le dije á él, son oficios necesarios y de consiguiente permitidos, que tal es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entramos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos lugares de meditacion y de recuerdos. Colocado el contemplador en la cima de la colina mas elevada se presenta á su vista el mas estenso, el mas variado, el mas pintoresco y el mas rico cuadro que puede gozarse en las cercanías de París. Pudiera decirse el mas risueño, sinófuera una risa lúgubre y de muerte como la risa de la convulsion, la que inspiran aquellos campos.

A lo lejos se contempla una ciudad de vivos, la ciudad mas bulli-
ciosa del mundo; á los pies un pueblo de muertos, la mansion del
descanso y del reposo. Allí el movimiento, la agitacion, la bulli-
ciosidad de un pueblo alegre y frívolo: aqui un testimonio severo
de que los pueblos mas frívolos, mas dados á los espectácu-
los de disipacion y de recreo, no pueden menos de pensar en que
hay otra vida, en que hay una religion que no pueden destruir los
hombres, y que entre sus sagrados dogmas nos enseña el de la
inmortalidad. Si alguno en Paris se hiciese ateo, éntre en el ce-
menterio del P. Lachaise y creerá. Si alguno hubiese bebido
las doctrinas del materialismo, penetre en el cementerio, vea la
madre arrodillada ante la tumba de su hijo, á la esposa evocando



los manes de su esposo, escuche sus fervientes oraciones, oiga sus ardientes súplicas dirigidas al Eterno por las almas de los que fueron objeto del cariño de sus entrañas y diga al salir si cree ó nó en la vida de los espíritus inmortales. Los cementerios son los argumentos indisolubles de la existencia de una vida eterna y espiritual.

El del P. *Lachaisse* lleva costados ya mas de cien millones de francos (mas de 400 millones de rs.), lo necesario para haber podido edificar una ciudad de cuarenta mil habitantes. Esto podrá dar idea de su grandiosidad. En él, como en una poblacion de vivos, hay una infinidad de calles rectas unas y tortuosas otras; y dos compañeros que se separáran allí pasarian facilmente dos ó tres dias sin poder encontrarse. Por eso al emprender nuestro paseo de revista sepulcral encargué mucho á Tirabeque que no se apartára dos pasos de mi lado. ¡Qué variedad de sarcófagos! ¡Qué riqueza de monumentos! ¡Cuántos hombres grandes descansan allí! El suelo está cubierto de construcciones de madera, de mármol, de jaspe, de granito, de bronce, de las piedras y metales mas preciosos y bajo mil caprichosas formas trabajados.

Allí el monumento de *Masséna*, cuyo obelisco de un solo trozo descansa sobre un cubo de mármol blanco que le sirve de pedestal. Aquí el del mariscal *Suchet*, consistente en una enorme pila cuadrangular de mármol y granito: en su faz meridional se vé el busto del guerrero, y la Historia escribiendo sus hazañas sobre un cañon. Allá el del general *Foy*, en piedra de talla con su grueso basamento sobre el cual descansa un templete con cuatro columnas acanaladas del orden dórico. Acá el de *Casimiro Perrier*, con una soberbia estatua en bronce del grande hombre de estado, á cuyos lados se vé inscrito: «*Elocuencia, Justicia, Firmeza, La ley, Banco de Francia: 1837.*» Mas allá el de la princesa rusa *Demidoff* adornado de diez columnas que sostienen un templo períptero tristylo. Al otro lado el de *Monge*, erigido por el reconocimiento de los alumnos de la escuela politécnica. Al otro el del célebre diputado *Manuel*, arrojado de la cámara por la entereza en la emision de sus opiniones en

1823. Aquí el del fogoso patriota *Emilio Verenet*, que dejó recomendado le decorasen su tumba con la bandera tricolor. Allí el que la ciudad de París levantó á las *Victimas de julio* con su correspondiente inscripcion de LIBERTAD, ORDEN PUBLICO. Y por todas partes obeliscos y columnas, y pirámides, y templos y capillas erigidos á la memoria de los innumerables hombres célebres que descansan en aquella populosa ciudad.

Las tumbas de los profesores distinguidos en ciencias y artes están regularmente embellecidas con los emblemas ó atributos propios de cada ciencia ó facultad. Asi se ve por ejemplo la del estatuario *Cartellier* en medio de dos grupos de tres estatuas cada uno; debajo de las de la izquierda se lee: *Gloria, Talento, Modestia*; bajo las de la derecha: «*Amistad, Sabiduria, Bondad.*» A la tumba del *Dr. Gall* acompaña un emblema de la *Craneologia*, sobre el cual están inscritos los nombres de las cualidades frenológicas. Sobre la losa sepulcral de la famosa trágica *Duchenois* se leen trozos enteros de las principales piezas que representó, y en que sobresalió aquella inmortal actriz. Y hasta el arte alegre de música ha concurrido á dar animacion y encanto á aquella lúgubre mansion, pues sobre la tumba de *Reicha*, profesor de contrapunto en el Conservatorio,



se ve una lira de piedra, y á sus lados varias composiciones místicas del contrapuntista difunto.

«Señor, me dijo Tirabeque cuando se las hice notar, bien dicen que genio y figura hasta la sepultura: el diablo son los músicos: hasta al campo santo llevan la afición á contrapuntar. Lléveme Dios cuando me muera al departamento de los músicos.—Yo no sé, Pelegrin, le dije, si escojerias el mejor lugar.»

Hay inscripciones sábias, filosóficas y sublimes; pero las hay tambien ridiculas, y no pocas. Siento que hubieran borrado hacia poco una muy chistosa que decia: «*Al mejor de los esposos: al buen padre de familias: al mas honrado de los ciudadanos: al mas tierno de los amigos: á la victima mas sensible de las persecuciones. Su inconsolable viuda sigue despachando los géneros mas esquisitos de perfumeria en la calle tal, tienda número tantos, á precios muy equitativos. Se suplica á los que visiten estos santos lugares no dejen de seguir favoreciendo su establecimiento.*»

Y tampoco se me olvidará una que decia: «*Famille RISSOAM (en francés). Mulierum exemplar et decus (en latin). Hic jacet sponsa, hic jacebit sponsus, hic jacebunt filius et nurus, hic jacebunt ex iis nati et nascituri, hic jacebit quoque M. L. Canappeville, quæ per tres et quadraginta annos in me, in meum natum, præsertimque in meam conjugem accuratissime officium contulit. Meum est hoc votum. MR. FLEURI RISSOAM, pater et avus pharmacopeus parisiensis.*—Familia de RISSOAM. Ejemplar y ornato de las mugeres. Aquí yace la esposa, aquí yacerá el esposo, aquí yacerán el hijo y la nuera, aquí yacerán los que han nacido y los que nazcan de ellos, aquí yacerá tambien M. L. Canappeville, que por cuarenta y tres años me ha cuidado con mucho esmero á mí, á mi hijo, y principalmente á mi muger. Esta es mi voluntad.—*Mr. Fleury Rissoam, padre y abuelo, boticario de Paris.*»

Solo á un farmacéutico parisien le podia haber ocurrido la idea de tan singular epitafio.

Pasamos en seguida al sitio que llaman la *Isla de los Españoles*, donde están los sepulcros de varios españoles, célebres unos y no célebres otros.

Pero dejaremos los españoles, y á *Abelardo y Eloisa* para el siguiente capítulo, porque hoy es ya tarde para inquietarlos en sus tumbas.

LA ISLA DE LOS ESPAÑOLES,

Y ABELARDO Y ELOISA.

Grande fué nuestro contento al hallar en el principal cementerio de la capital de Francia tantos sepulcros de españoles; que yo no sé cual de las dos cosas causa mas satisfacion, si encontrar en pais estrangero compatriotas vivos, ó hallar sus cenizas honradas y veneradas en estraños climas.

Bajo un elegante templete de mármol coronado por una cruz y sostenido por ocho columnas reposan los restos de *Don Mariano Luis de Urquijo*, antiguo ministro de estado en España, que falleció en Paris el año 1817. En la parte posterior de la urna se lee:

Il fallait un temple á la vertu,

Un asile á la douleur.

A la tumba del médico español *Garcia Suelto* acompaña esta inscripcion honrosa:

El doctor Tomás Garcia Suelto
español, médico, filósofo y poeta.

*L'humanité, la société et les muses
depleurent sa mort prémature, (1)*

(1) La humanidad, la sociedad y las musas lloran su prematura muerte.

—«Señor, señor, me dijo Tirabeque lleno de fuego y entusiasmo; recemos un Padre nuestro y un Ave-Maria por este buen español que descansa aquí.»

Esto me hizo notar un sepulcro en que se leía: «*Kindelan*, nacido en España, y empleado despues en el servicio de la Francia: *Español! pide á Dios por el alma de un compatriota que no olvidó jamas su primera patria.*»—En efecto, Pelegrin, le dije, justo es que roguemos por él.» Y pedimos por su ánima con todo el fervor que su patriótica recomendacion merecia.

Veíanse ademas otras venerables tumbas, tales como la del brigadier *D. Pedro José Fernandez de la Cuesta*, muerto en 1826; la de *Ofarril*, en 1831; la del *Principe de Maserano*, Grande de España de primera clase; la del embajador *Duque de Fernan Nuñez*; la del marino *Guzman de Carrion*; la del sabio *Morales*; la de la *Marquesa de Arneva*; y otras mas ó menos notables, y mas ó menos grandiosas ó modestas.

Entre las sombrías calles de árboles que se elevan sobre la derecha de la capilla, é inmediato á los mausoleos de *Moliere* y *Lafontaine*, se ven dos monumentos, cada uno de los cuales bastaria para llenar de orgullo al amante de las glorias españolas, sino le llenáran al mismo tiempo de ruborosa indignacion al contemplar que los restos de nuestros ingenios mas preclaros han de reposar en una tierra estraña por los injustos desdenes de sus ingratos compatriotas. El primero es del distinguido cantor y compositor *Manuel Garcia*, padre de la inmortal *Malibran*, ornato y admiracion de estrangeros teatros, y de la célebre *Paulina*, que hoy accidentalmente está recogiendo artisticos lauros en los salones de la corte del pais que la vió nacer. Decora la tumba de aquel artista un relieve en bronce que representa un libro de música, en el cual se leen algunos compases del *Polo del Contrabandista*.

La siguiente inscripcion espresa de quien es el segundo monumento fúnebre.

«Aquí yace

D. Leandro Fernandez de Moratin,

insigne poeta cómico y lírico,

delicias del teatro español,

de inocentes costumbres y de amenísimo ingenio.

Murió en 21 de junio de 1828.



Hay algunos versos latinos dedicados á la memoria del erudito poeta lírico dramático por su buen amigo y compatriota *D. Manuel Silvela*, que ha querido enterrarse con su familia en el mismo monumento que encierra las cenizas de su ilustre amigo. ¡Gloria á las letras! ¡Loor á la amistad! Séale permitido, virtuosos enterrados, á un viagero compatriota vuestro, quemar un granito de incienso sobre vuestras modestas tumbas. En seguida nos dimos á buscar el sepulcro de los dos céle-

bres amantes *Abelardo y Eloisa*. Y para que al español que visite aquellos santos lugares no le cueste tanto trabajo encontrarle como me costó á mí, adviértole que se halla cerca de la entrada del cementerio á la mano derecha, pasado los primeros árboles. Yo no sé que especie de sensacion se experimenta al acercarse á la tumba de los tiernos y desgraciados amantes cuya historia hace mas de siete siglos aprenden de memoria los jóvenes de todos paises, y cuyas sentidas *cartas* nadie alcanza los 20 años sin leer.

El mausoleo es de piedra, y ha sido fabricado de las ruinas del oratorio del *Paraclete*, que *Abelardo* se hizo construir para sus solitarias meditaciones en la vida y para el descanso de sus cenizas en la muerte. Pero ni estas debian estar en un lugar retirado cerca de *Nogent*, ni separadas de las de su tierna amada; y juntas fueron trasladadas y juntas reposan hoy en el cementerio de *París*. Sobre una elevada lápida se ven los retratos de los dos amantes de cuerpo entero en piedra, como durmiendo el sueño de la muerte. En diferentes ángulos del mausoleo hay varios relieves que representan el acto de la profesion religiosa de *Abelardo*, su entierro, y otros pasages de su historia. El sepulcro se halla circuido de una valla tambien de piedra. Sus cuerpos están cubiertos con multitud de coronas, guirnaldas y ramos de siemprevivas que otros amantes han ido colocando como otras tantas ofrendas consagradas á aquellos dos modelos de amor. Yo *Fr. Gerundio*, como padre amoroso y tierno, olvidando por un momento la severidad de los preceptos monásticos, y acordándome solamente de que tambien habia pagado mi tributo á las impresiones del amor, salté la valla, y tuve el gusto de colocar una corona en la cabeza de *Eloisa*, y el de arrancar unas perpétuas de otra que ya le ceñia, para conservar una memoria de aquella visita funeraria.

Tirabeque me veia y se admiraba, pero al fin tambien cayó en la tentacion. Solo que por no desmentir su genio me dijo «Señor; cuantas absoluciones habrán negado á los muchos los frailes españoles de nuestros tiempos por haber leído

las cartas de estos dos ciudadanos!—Déjate ahora de sim-
plezas, le respondí, que no es esta ocasión de venirme con
sandeces.»

Con lo cual echamos una mirada de despedida á la tumba
de *Abelardo y Eloisa*, y salimos de la ciudad de difuntos del
P. Lachaise.

VERSALLES.

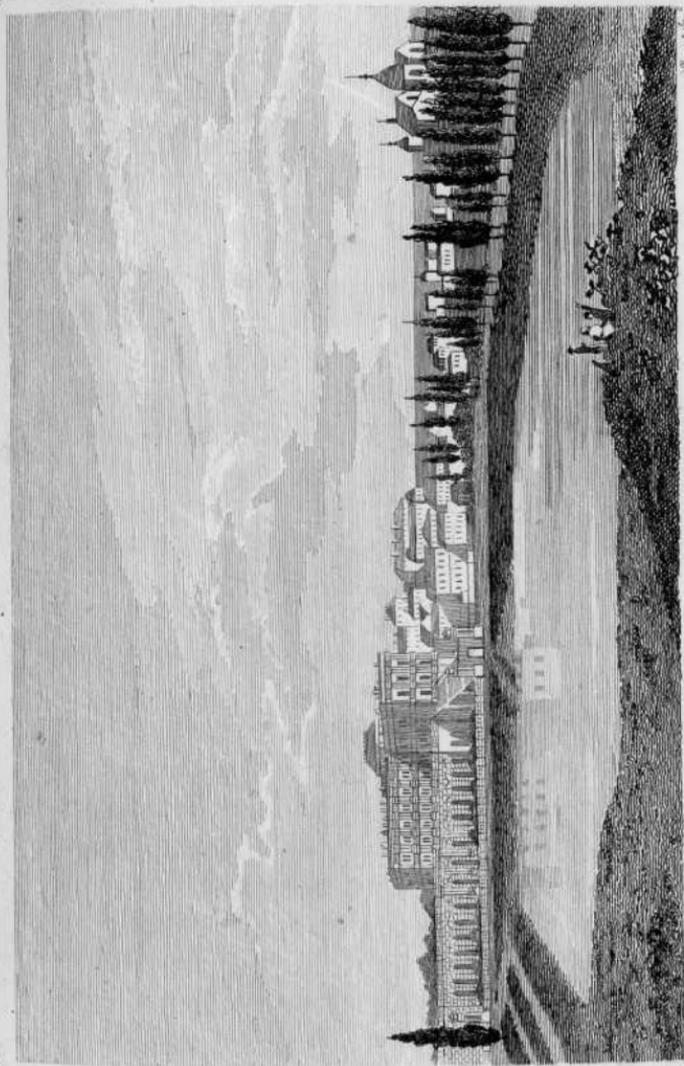
Fatal coincidencia es por cierto la de estos apuntes de via-
ge, tocarle al viagero reseñar el capítulo de *Versalles* bajo el in-
flujo de la lastimosa relación que nos hacen los periódicos fran-
ceses llegados por el último correo, acerca de la horrorosa ca-
tástrofe que acaba de suceder en uno de los caminos de hierro
que conducen de París á aquel sitio real.

Cuando esto escribo, acabo de leer el siguiente horrible
acontecimiento. Dos máquinas locomotrices impulsaban el con-
voy que salió de *Versalles* para París á las cinco y media de
la tarde del domingo 8 del corriente mayo. En el paso de
Bellevue se rompe el eje del primer locomotor, y al despren-
derse las ruedas lanza la máquina fuera del carril. Acelerado el
segundo por su propio impulso y el del convoy, salta por cima
del primero: sucede lo mismo con dos de los wagones descu-
biertos, con otros dos de la segunda clase, y con una diligencia
cuya parte delantera se sobrepone á la trasera de los carruages
que la precedían. Al terrible choque se rompen los wagones,
y quedan muertas y heridas varias personas. El fuego de la
primera máquina se escapa del hogar y se esparce por el cami-
no: al llegar los cinco primeros carruages á aquel ardiente bra-
sero se incendian instantáneamente, y hombres y carros son de-
vorados, consumidos por el fuego. Cerca de 50 desgraciados
son quemados por las llamas, divididos y tostados sus miembros,
en términos de hallarse apenas rastro y señal de humanas figu-

ras; mas de otras tantas personas quedan mortalmente heridas ó lastimosamente magulladas. Llega la funesta nueva á París, y el llanto, la consternacion cunde y se generaliza por la capital de Francia. El rey, los ministros, las autoridades todas, los facultativos se apresuran á socorrer á los desgraciados que habian quedado con vida, y los salones del castillo de *Meudon* se transforman de repente en salas de enfermería. El dolor ahoga á centenares de familias; la catástrofe ha sido horrible; las circunstancias inspiran una dolorosa curiosidad; el suceso dejará por mucho tiempo recelosas desconfianzas hácia los caminos de hierro, y hará tomar serias y escrupulosas precauciones.

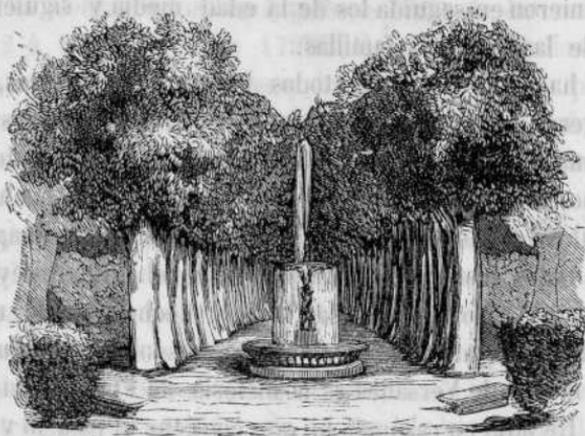
Dos son los caminos de hierro que hay de París á Versalles, llamados el de la izquierda y el de la derecha. El uno parte de la barrera de Passy, de la barrera del Infierno el otro. Regularmente los estrangeros que van por primera vez á Versalles toman uno para la ida y otro para la vuelta, para disfrutar en una jornada de la perspectiva de ambos paisages. Asi hice yo tambien, y recuerdo haber salido de Versalles á la misma hora que partió este desgraciado convoy, y haber regresado por el mismo camino en que ha tenido lugar la catástrofe horrorosa. Este último es el que ofrece mas bellos puntos de vista. La suntuosa fábrica de porcelana de *Sevres*, el palacio y bosque de *Saint Cloud*, el castillo de *Meudon*, las pintorescas campiñas de *Belevue*, todo contribuye á amenizar aquel camino delicioso.

Versalles es á París lo que á Madrid es *Aranjuez*. No hay estrangero que se contente con visitar una vez aquel encantador é indescriptible sitio de recreo, á lo cual dá facilidad la distancia de solas cuatro leguas á que está de París, y la proporcion de los dos caminos de hierro, de cada uno de los cuales parten convoyes cada hora, y á veces cada media hora todos los dias, empleándose en el viage unos 30 minutos poco mas ó menos. En los dias en que se sueltan los juegos de aguas, que son los primeros domingos de cada mes y todos los de otoño, se calcula en veinte mil el número de personas que cada domingo sale de París á Versalles, que unido á las 25000 almas de que



Versalles es à Paris lo que à Madrid es Aranjuez

consta la poblacion, hace que aquellos estensos é interminables jardines se pueblen de manera que llegue hasta embarazarse el paso por sus infinitas y pintorescas calles.



La descripcion del palacio y jardines de Versalles necesitaria de un volúmen entero, y aun seria menguada para dar á conocer toda su grandiosidad y bellezas. Es menester verlo para conocerlo. Sin embargo procuraré dar á mis lectores una pequeña y sucinta idea de lo que encierra aquella rica posesion de los reyes de Francia.

El palacio de Versalles, esta imponente creacion de Luis XIV, no era mas que una vasta ruina, recuerdo interesante y triste de tantas prosperidades y grandezas. Luis Felipe concibió el pensamiento de hacer de él la joya de la Francia, y el templo de la fortuna francesa, y emprendió la atrevida obra de una completa y soberbia reparacion. Quiso despues encerrar dentro de sus muros todos los reyes, todas las creencias, todos los grandes hombres del pais, y obedeciendo á su voz se le-

vantaron del fondo de las tumbas de san Dionisio, de las cavernas de Chateau d' Eu, del museo de Agustinos, de todas las viejas catedrales, de todos los antiguos monasterios, todos los templos ruinosos, todos los reyes de la primera raza, que vinieron con su corona en la cabeza y su cetro en la mano á ocupar su plaza en las largas galerías destinadas á las estátuas de mármol. Vinieron en seguida los de la edad media y siguieron los reyes de las postreras familias.

Allí ha hecho concurrir todos los hombres famosos, todas las mugeres ilustres que ha producido la Francia. Sabios, guerreros, magistrados, poetas, artistas, todos están reunidos bajo un techo en el palacio de Versalles. Luis Felipe ha hecho tambien cubrir todas las paredes de las galerías con magníficos cuadros de la historia de Francia desde el primer rey hasta nuestros dias. No hay batalla, no hay hecho notable, no hay suceso de algun interés, que no esté representado en algun cuadro. El museo de Versalles es la historia de Francia puesta en accion. Hé aqui en resúmen lo que contiene el palacio y el órden en que conviene verlo.

La capilla con sus escaleras y vestíbulo. Salas de cuadros históricos desde Clovis hasta Luis XVI. Galerías de estátuas y bustos. Salas de cuadros en los reinados de Luis XIII y Luis XIV. Sala de retratos de los reyes de Francia. Sala de las residencias reales. Sala de los Grandes Almirantes. Sala de los Mariscales. Sala de los Condestables. Sala de los guerreros célebres. Sala de las campañas de 1796 hasta 1805. Sala de Napoleon. Sala de las campañas de 1805 á 1810. Sala de Marenngo. Sala de cuadros históricos desde 1792 hasta 1836. Teatro. Galerías de estátuas y bustos. Salon de Hércules. Salon de la Abundancia. Id. de Venus. Id. de Diana. Id. de Marte. Id. de Mercurio. Id. de Apolo. Id. de la Guerra. Gran galería de cristales. Salon de la Paz. Cámara de la Reina. Salon de la Reina. Salon del gran Cubierto. Sala de los guardias de la Reina. Sala de criados de á pie de la Reina. Sala de guardias del Rey. Pequeños departamentos de la Reina. Salon del

Ojo de Buey (1). Dormitorio de Luis XIV. Gabinete del Rey. Cámara de Luis XV. Sala del Meridiano. Gabinete de las Cazas. Sala de los Desayunos. Gabinete de los Ministros. Gabinete de Maintenon. Gabinete de Luis XVI. Biblioteca. Salon de las porcelanas. Sala de villar. Sala de las bagillas de oro. Sala de las Cruzadas. Sala de los Estados generales. Sala de la Consagracion de Napoleon. Sala de las campañas de 1792 á 1795. Sala de 1792. Galería de batallas. Sala de 1830. Galería de estatuas y bustos. Sala de las pinturas á la aguada. Salas de retratos históricos anteriores á 1790.

El número de cuadros históricos es de 1031. El de estatuas y bustos es de millares.

¿Y quién es capaz de describir los interminables jardines de Versalles? ¿Quién sus juegos y saltos de aguas, sus cascadas, sus estanques, sus pabellones, sus grutas rústicas, sus bosquecillos y prados artificiales, sus innumerables grupos de diosas, de ninfas, de amorcillos, de sátiros, de faunos, de delfines, de tritones, de nereidas, de genios, de héroes de la gentilidad, de emperadores griegos y romanos, de oradores y filósofos, de las estaciones, de las partes del mundo, de los frutos de la tierra, de los rios, de las aves y de todo cuanto simbolizarse puede por medio del buril y del cincel en las piedras y en los metales? Quién los vasos y las estatuas y las pilastras, y las columnas, y los caprichos del grande y del pequeño Trianon?

Sin embargo á pesar de la vasta estension de aquellos jardines, y de todas las bellezas en ellos reunidas, el español que los contempla admira, sí, los esfuerzos del arte y la profusion de la riqueza, pero todavía recuerda con orgullo las fuentes de la Granja y los jardines de Aranjuez. Allí hay lujo de arte, aquí hay una naturaleza pródiga. Y sobre todo no cambiaría yo un vaso de agua de la Granja por toda la de las

(1) Así llamada de una ventana oval practicada en el plafon de donde recibe la luz.

fuentes, surtidores, estanques y canales de Versalles, por la sencilla razon de que la de la Granja limpia, fija y dá esplendor, y la de Versalles no se puede beber.

FOURIER Y LOS FOURIERISTAS.

He aqui cómo me escribia á Paris una señora española desde una de las mas bellas ciudades de la Bética:

«Mi amigo Fr. Gerundio: ya que vd. se halla en la capital de Francia, y penetrada como estoy de la aficion de vd. á adquirir toda clase de conocimientos que puedan contribuir al bien de la sociedad y á la felicidad del género humano, me tomo la libertad de rogarle no deje de aprovechar su estancia en esa para estudiar cuanto pueda la nueva doctrina de *Fourier*, de ese grande hombre en cuyo solo sistema se encuentra el verdadero saber, la verdadera felicidad, la única política positiva. Yo tuve mi época de entusiasmo y de ilusion por la política que hoy agita los ánimos en nuestro suelo, pero aficionada á la lectura, me dieron á conocer la doctrina de *Fourier*, y quedé desencantada. Si acaso alcanzó á vd. en Madrid el «*Manifeste de l' Ecole Societaire*,» publicado por los discípulos del grande hombre, no dudo se hallará vd. muy dispuesto á abjurar de toda otra política que la de *Fourier*. Tengo el gusto de dirigir á vd. «*El porvenir de las mugeres*,» obra de la *Escuela Societaria* y traducido por mí: el artículo adicionado que con el título de «*Una palabra á las españolas*» leerá vd. en el mismo folleto es original mio. Le he hecho sin pretensiones de ningun género, y le someto gustosa á la imparcial censura de vd.

«Esta doctrina, como todos los nuevos descubrimientos, sufre ataques é impugnaciones, y hasta sarcasmos de los que no quieren tomarse el trabajo de estudiarla, ó carecen de ca-

pacidad para comprenderla. Por lo mismo es necesaria filosofía y valor para no desmayar en sostenerla, y á mí no me falta en verdad, porque me la dá el convencimiento.

«Yo estoy segura que con presentarse vd. á los padres de esta escuela y decirles: «soy el redactor del Fr. Gerundio» bastará para que sea vd. acogido con benevolencia y hasta con distincion. Sin embargo, ruego á su paternidad reverendísima visite á *Mr. Francois Devay*, que vive «rue..... á nombre de la *Falansteriana* española, y tengo una completa confianza de que se alegrará de la visita y proporcionará á usted entrar en relaciones con los demas individuos de la escuela... etc. etc.

Yo habia tenido el gusto de conocer á esta señora en mi viage al mediodia de la España, y la carta descubre bastante por sí sola que su educacion, sus inclinaciones y su instruccion en los conocimientos mas profundos de la filosofía social no son por cierto los que suelen tener comunmente las mugeres de nuestro pais. Del sistema de *Fourier* tenia yo algunas noticias aunque escasas, porque sus doctrinas son poco conocidas en España todavía. Así pues, me dí con mucho gusto á cumplir su encargo. Confieso que en ello no tuvo la mas mínima parte el ensayar si la *Política positiva de Fourier* me desencantaba de esta otra política no positiva que preocupa todos los ánimos en España, porque de esta me hallaba completamente desencantado ya, sin que me quedára rastro de ilusion por ella ó por mejor decir, aun conservo alguna ilusion por cierto sistema que yo me sé y que cada uno es dueño de crearse, pero en cuanto á los hombres protesto que no me ha quedado reliquia ni señal de ilusion política.

Pasé á visitar á *Mr. Devay*, y en efecto la hermana *Falansteriana* no se habia equivocado. *Mr. Devay* me recibió tan afectuosamente como yo pudiera desear: conocia mis pobres escritos, y con sorpresa y satisfaccion mia comenzó á recitarme artículos casi enteros: él era tambien redactor de *La Falange*, periódico de la *sociedad Falansteriana* dedicado á la propaga-

cion de las doctrinas de *Fourier*. *Mr. Devay* habia estado en España, y como tal reunia á la urbanidad francesa la franqueza española; que los únicos franceses con quienes puede tratar un español (y sea esto dicho de paso) son los que han visitado la España y han tenido la fortuna de que se les pegue algo de la hermosa naturalidad, de la insinuante y generosa franqueza que distingue y singulariza y hace apreciables en todas las regiones del mundo á los privilegiados habitantes (que en esto podemos tener el orgullo de serlo) de este suelo favorito de la naturaleza. Con los franceses puros (salvo como en todo algunas escepciones) no sé si habrá español que pueda congeniar.

Hablé detenidamente con *Mr. Devay* sobre las bases de la teoría societaria de *Fourier*, y sobre el estado y altura á que se encontraban sus doctrinas, y me manifestó que en los diez años que se cuentan de su nacimiento no solo se hallan representadas en Francia por la *Falange* de París, sino tambien en Inglaterra por la *Falange* de Londres, y en los Estados Unidos por la *Falange* de New York; y que en Alemania, en Rusia, en Suiza, en el norte de Italia cunde su propagacion por medio de los periódicos y las revistas filosóficas. En París tienen los *Fourieristas* tres periódicos dedicados al propio objeto, que son *La Falange*, el *Nuevo Mundo*, y la *Crónica del movimiento social*, y ademas hay establecida en la calle del Sena una *Librería social*, donde se imprimen, publican y despachan á módicos precios las obras de los discipulos de *Fourier*, tales como el *Almanaque social*, el *Porvenir de las mugeres*, el *Porvenir de los obreros*, la *Historia y sistema de Cárlos Fourier*, *Cálculos agronómicos*, *Resumen de la Teoría Falansteriana*, *Bases de la política positiva* y otras muchas.

Escusado es decir que cumplida mi visita volví á mi casa cargado de obras, periódicos y folletos. Si el hijo del comerciante de Besanzon, el buen *Cárlos Fourier*, hubiera resucitado (porque es de saber que el gran reformista murió en 1837), y hubiese visto el cargamento que llevaba, á no dudar hubiera

tenido á Fr. Gerundio por el mas apasionado de sus sectarios y por la mas firme columna de su sistema.

Al dia siguiente me honró con su visita *Mr. Devay*, y tuvo la bondad de convidarme á comer aquel dia con sus compañeros los *Socialistas*. Yo quise excusarme sin dejar de agradecer el obsequio, pero *Mr. Devay* me instó diciendo que se habia tomado la libertad de proponerlo anticipadamente á la sociedad, que ésta habia acogido la proposicion con el mayor placer, y contando con mi condescendencia me esperaban reunidos á la hora en el *Restaurant Tavernier*, Galería Valois de *Palais Royal*, donde acostumbraban á comer juntos los discípulos de *Fourier* el miércoles de cada semana, y justamente lo era aquel dia. Que seria una comida frugal y literaria, «comida de reformadores de la sociedad», añadió con gracia *Mr. Devay*. A semejantes razones no me pareció decoroso excusarme ya, y pidiendo permiso por un momento á *Mr. Devay* salí á decir á mi lego Tirabeque que no me esperára á comer. —Pues á donde vá vd., mi amo, (me preguntó) sino es un secreto?—De ninguna manera, Pelegrin, le dije: voy á comer con los discípulos de *Fourier*.—Señor, exclamó, no hay duda de que serán aventajados los discípulos de un *Furriel!* Por fuerza serán algunos que le llevarán á vd. engañado. Créame vd. señor, no coma vd. ni con *Furrieles* ni con cabos de escuadra, que tengo para mí que los *Furrieles* de Francia no deben ser gente muy de fiar (1).—Déjame, Pelegrin no tengas cuidado.»

Caten vds. ya, hermanos míos, á Fr. Gerundio sentado á la mesa con veinte y tantos ó treinta *Fourieristas*, entre los cuales se hallaban *Mr. Victor Considerant*, redactor en jefe de *La Falange*; *Mr. Czynski*, que lo era en jefe del *Nuevo Mundo*, y autor del *Porvenir de las mugeres*, del *Porvenir*

(1) *Nota para los franceses.* Se llaman *Furrieles* en España ciertos *cabos* en la milicia que entienden en el ramo de alojamientos y raciones de las tropas de servicio.

de los obreros, de la *Historia de Polonia*, de la *Colonizacion de Argel* y de otras varias obras; *Mr. Le Moine*, ingeniero en jefe de puentes y caminos, y autor de la *Asociacion por Falanges*, y de los *Cálculos Agronómicos*; y otros varios escritores socialistas.



La comida fué en efecto propia de reformadores del mundo, es decir, nada opípara: la conversacion propia de literatos, animada é instructiva; mucho mas hallándose presentes un poseedor de la ciencia del Magnetismo (que me hizo el obsequio de convidarme á presenciar unos esperimentos que pensaba hacer en el domingo próximo), un sabio mecánico que se ocupaba de hacer ensayos para dar impulso á una gran fábrica por

la presión del aire, un profesor de medicina *homeopática*, y otras notabilidades, ó por mejor decir, otras rarezas literarias y artísticas.

La conversacion giraba alternativamente sobre los efectos de la homeopatía, sobre las cualidades del vapor, sobre las propiedades del magnetismo, sobre las ventajas de los Falansterios, sobre los vicios de la Sociedad, sobre las costumbres de España, y se pronunciaban en graciosa mescolanza los nombres de *Galvani*, de *Mesmer*, y de *Puysegur*: de *Dionisio Papin*, de *Sawery*, de *Bettancourt*, de *Blasco de Garay*, de *Hahnemann*, de *Schmit*, y de *Maroncellet*, de *Fourier*, de *Epicuro* y de *San Simon*, y de todos los que han escrito de mesmerismo, de mecánica, de filosofía, de medicina y de moral. Cualquiera que hubiese entrado nos hubiera tenido por locos, y yo no sé hasta qué punto seria falso semejante juicio. Sin embargo, quizá entre aquellos que á fuerza de animacion parecian desjuiciados se encontraban los que han de hacer cambiar la faz del mundo y convertir este valle de lágrimas en paraíso terrenal, que no aspira á menos la doctrina de *Fourier*.

Pero supongamos que se ha concluido ya la comida. Voy á esponer ahora lo mas brevemente posible el gran pensamiento de *Fourier*, su sistema, y el modo de desenvolverle para hacer la felicidad del género humano.

«La sociedad humana actual, dice *Fourier*, está corrompida: la discordia, la envidia, el egoismo, la ambicion, el vil interés, todos los vicios la tienen inundada, cancerada, corroida. Cada uno de los sistemas ensayados hasta aquí para hacer de la tierra un paraíso de delicias es falso é incompleto. Nadie ha sabido salir de los castigos, de las leyes de represion para corregir los delitos; yo voy á hacer á todos los hombres virtuosos y felices sin violencia, sin repugnancia; yo voy á desterrar la pobreza del mundo, voy hacer que todos tengan lo que les hace falta, y voy á hacer mas, voy á hacer que todos los hombres se quieran bien y vivan como hermanos: voy á hacer que todo el mundo desée trabajar, y que cuando trabaje

esté en sus glorias (1). ¿Qué es ahora la sociedad? dice: cada clase está interesada en la desgracia de las demas.» En esto tiene *Fourier* razon que le sobra, y ya dije yo el otro dia que medio mundo vivia de la ruina del otro medio. «El curial desea que riñan los ricos, y que haya *buenos pleitos*: el militar desea una *buena guerra*, y que el plomo y el acero se vendimien siquiera la mitad de sus camaradas para poder lograr un grado: el cura desea que la guadaña ande lista, y haya *buenos entierros*: el juez desea que haya muchos y *buenos delitos*: el almacenista de granos desea que haya *buena hambre*; el arquitecto, carpintero, el albañil desean que haya *buenos incendios*, y asi todos los demas. Yo voy á reformar los hombres de tal modo, que nadie desee, que nadie pueda desear, que á nadie le convenga desear el mal de su conciudadano.»—Pues bien, mostrad cómo.—Ahora lo voy á demostrar yo Fr. Gerundio con *Fourier* y con sus discípulos mis comensales. La materia creo que es la mas interesante de cuantas en mis apuntes de viages he tocado. Así pues, estadme atentos.

REFORMA COMPLETA DEL MUNDO.

El mundo social debe ser rigido por un sistema de *atraccion social*, como el mundo físico se rige por la *atraccion física*. Esto último lo descubrió Newton; lo primero lo ha descubierto *Fourier*. El mundo físico está perfectamente regido y gobernado por el sistema de atraccion: ¡tales manos lo amasaron! la mano misma de Dios: Newton no hizo mas que descubrir lo que ya existía. El gobierno del mundo social le desempeña tambien Dios por sí mismo en cuanto á las leyes primarias, eternas, absolutas y esenciales: pero en cuanto á las secundarias y

(1) Si consiguiera esto *Fourier* en España, era menester colocar un *Fourier* en cada altar mayor, aunque hubiera que declarar cesante al mismo apóstol Santiago.

disciplinales, les dejó á los hombres en libertad de arreglárselas como mejor les cumpliese. Asi es que cada nacion es dueña de gobernarse á su modo y manera (1). Pero el hecho es que ninguno hasta ahora ha dado en el *quid* del buen gobierno, porque lléveme el diablo si se han visto nunca ni se ve en el mundo mas que miseria, trabajos, flaquezas y necesidades. *Fourier* es el solo hombre que ha descubierto este gran registro, el sistema de *atraccion* que ha de convertir la tierra en un semi-cielo. Sus discípulos son los que han de obrar esta gran revolucion, y yo Fr. Gerundio que comí con ellos y he procurado estudiar á *Fourier*.

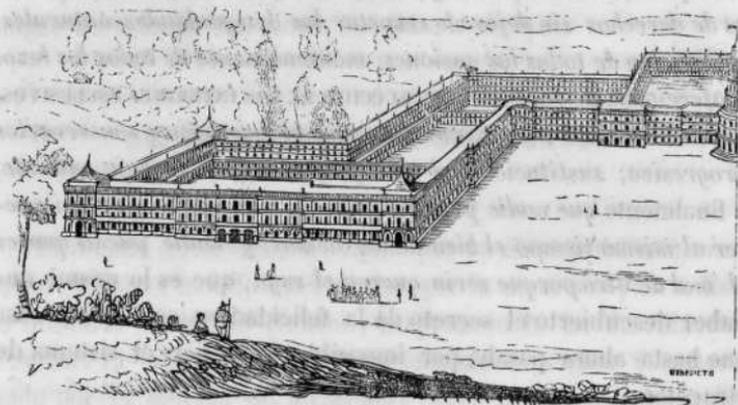
Afuera esos mezquinos sistemas de absolutismo, de democracia, de progreso, de conservacion; ó si se quiere consérvense todos, porque yo sin oponerme á ninguno, pues ni estorban ni hacen falta al mio y todos me son indiferentes, voy á reformar el mundo en términos, que habrá todo lo siguiente: *multiplicacion de riquezas y abundancia general; igualdad absoluta de derechos sin dejar de respetar las desigualdades naturales; utilizacion de todas las pasiones; mantenimiento de todos los lazos y afecciones de familia: DESTRUCCION DE LOS ÍNTERESES EXCLUSIVOS, ORDEN COMPLETO Y LIBERTAD COMPLETA; progreso fijo y conservacion progresiva; sustitucion del trabajo gustoso al trabajo molesto; y finalmente que nadie pueda querer su bien particular sin querer al mismo tiempo el bien de los demas, y nadie pueda querer el mal de otro porque seria querer el suyo*, que es lo mismo que haber descubierto el secreto de la felicidad en esta vida, cosa que hasta ahora pasaba por imposible. Todo por el sistema de *atraccion*.

Para esto era menester hacer de todos los hombres del mundo una gran *unidad social*, una gran asociacion, una gran familia, que habria de vivir en perfecta armonía y fraternidad, y de consiguiente sin ódios, sin rencores, sin pleitos, sin guerras, sin

(1) Si se esceptúa la España, á la cual se empeñan algunos paisanos de *Fourier* y otros que no lo son, en no dejarla gozar de esta libertad que Dios le ha dado.

ejércitos, sin cadalsos, sin cárceles, sin presidios, sin castigos, porque todos los hombres serian buenos, virtuosos y honrados. Pero como esto seria imposible plantearlo de un golpe en todo el universo, de aqui la necesidad de hacer ensayos en pequeñas asociaciones ligadas por intereses comunes, combinados de tal modo que nada faltase á cada uno de los asociados, y viviesen todos en perfecta armonía. Estas sociedades se irian multiplicando, y serian partes de la gran unidad esférica del gran congreso del mundo deliberando á nombre del globo entero.

Cada una de estas sociedades constituiría un *Falansterio* ó Comun. El número menor de que podria componerse seria de 400 individuos ú 80 familias, y el número mayor de 400 familias ó 1,800 personas. Mas ó menos que estos harian imposible la armonia. Supongamos un *Falansterio* de 400 familias,



Mitad de un Falansterio.

compuesto de gentes de diferentes oficios, de diferentes fortunas, de diferentes aptitudes ó cualidades intelectuales, que viven dentro de un establecimiento, de un gran edificio, de un pueblo-

palacio distribuido en esta forma. El centro está destinado á las salas de comer, de bolsa, de consejo, de biblioteca y de estudios, y al templo ó capilla. A una de las alas están los talleres de oficios mecánicos. A la otra la hospedería, la sala de recibir, y las de baile y de recreo. Los almacenes y establos frente del edificio, y el patio de honor y plaza de maniobras entre el palacio y los almacenes. Hay tambien un patio de invierno con sus jardines. Y el todo construido de manera que las relaciones puedan ser prontas, y los cuarteles puedan recorrerse facilmente y al abrigo en el invierno.

Pues bien, supongamos esta comunidad de 400 familias que vive dentro de un *Falansterio*, y que cada uno de sus individuos lleva una parte de capital, de trabajo y de talento, ó de una sola de las tres cosas. El que concurra con mas á la asociacion aquel recibe mas premio. El que no lleva mas que su trabajo, recibe adelantado el mínimum, que se reduce á mesa, habitacion y vestido de tercera clase; item mas, el valor de su trabajo. Si estudia, si inventa, si perfecciona, entra á participar de la retribucion del talento. Allí todos han de trabajar, no ha de haber nadie que huelgue. A los niños, enfermos ó imposibilitados se los mantiene de los fondos de la asociacion, y lo que van ganando los niños con su trabajo se les conserva y garantiza sin gastos hasta la mayor edad, y para ello se les abre una cuenta en el gran libro. La tarifa de distribucion á las tres facultades industriales es de esta manera: cinco duodécimos al trabajo manufacturero, cuatro al capital accionario, y tres á los conocimientos prácticos y teóricos.

Voy ahora á demostrar, yo Fr. Gerundio, que hoy hablo por Fourier, que esta sociedad podria ser feliz, que no podria menos de ser feliz. Aquí de mi sistema de *atraccion*. Y digo. Lo que al hombre le cansa, le molesta, le fastidia, es el trabajo forzado, el obligatorio, el monótono, el escesivo y continuado. Al contrario todo trabajo voluntario y variado le divierte, le agrada, se le hace dulce. Tal es por ejemplo la caza para los aficionados. El estado normal del hombre es trabajar con uti-

lidad y con placer. He aquí el estudio de los atractivos: he aquí el secreto del sistema de la *atraccion*. Para hacer pues ameno y gustoso el trabajo se seguirian en cada *Falansterio* ó Comun las siguientes reglas. Primera: cada uno elegirá los trabajos á que lo llame su aptitud y su inclinacion: segunda; las ocupaciones serán alternadas, sirviendo la una de desahogo y descanso á la otra: tercera; nadie se ocupará en un mismo trabajo mas de dos horas: cuarta; todos los trabajos estarán organizados por *séries* ó clases, *grupos* ó géneros, y *semi-grupos* ó especies, de modo que los trabajadores siempre reunidos sean constantemente animados por la emulacion, las rivalidades y el entusiasmo: quinta; cuanto menos agradable sea un trabajo, mayor será la recompensa: sexta; las lecciones irán siempre acompañadas de la práctica, y cada uno asistirá á la leccion que sea mas de su inclinacion y agrado.

Solo la vida armoniosa puede proporcionar á las *mugeres* la emancipacion moral, es decir, una independenciam de posicion que no las permita jamas *venderse*, jamas entregarse contra sus inclinaciones. Dedicadas á un trabajo gustoso y productivo, propio de su sexo, no tendrán necesidad de sacrificarse á un enlace de especulacion ó de recurso; no se verán en la precision ó en el peligro de vender su honor. Todo en fin será virtud; todo abundancia, todo gloria. Los gritos de la desesperacion y los gemidos de los desgraciados serán reemplazados por las continuas fiestas y por los cantos de alegria; la impiedad será vencida, la humanidad entonará un himno de reconocimiento á la gloria del Criador: vosotros vereis con vuestros mismos ojos este paraiso terrenal, si os prestais á adoptar el sistema de Fourier.

Tras de la creacion de un *Falansterio* vendria la de otro, y asi sucesivamente hasta que toda la sociedad humana se organizára bajo este pie. Para la fundacion de cada *Falansterio* se abririan suscripciones voluntarias por acciones de pequeñas cantidades que pudieran estar al alcance de los mas medianamente acomodados.

He aquí en resumen la Teoría de la reforma societaria de *Fourier*, que tanto ruido ha hecho en Francia, y que cuenta ya prosélitos en las regiones de ambos mundos. Hallándome yo en Bélgica á principios de noviembre del año pasado de 1841, se embarcaron en el Havre para el Brasil 700 *Fourieristas* llamados por el emperador para fundar un Falansterio; les hacia los gastos de viage, y les adelantaba los fondos necesarios para dar principio á los trabajos.

Pero lo mas notable es que en nuestra España, que es donde la *Teoría social de la política positiva de Fourier* ha cundido menos, se trata tambien de formar un *Falansterio*: y á la vista tengo una esposicion que hace al Regente del reino don Manuel Sagrario de Beloy, vecino y propietario de Cádiz, acompañada de un proyecto de ley para la formacion de una *poblacion-palacio* ó sea *Falansterio* en los campos de *Tempul*, término de Jerez de la Frontera, y perteneciente á sus propios, cuyo territorio *le ha cedido* al efecto *el ilustre y flandrópico Ayuntamiento* de aquella ciudad. En ella promete el el hermano *Beloy* (bajo las bases de 31 condiciones que expresa,) construir un palacio general para 2,000 almas, en el que cada uno de sus individuos tendrá baño, caños de agua fría y caliente á todas horas, y en algunos casos comodidades de que carece el primer soberano de Europa; que todo el palacio se iluminará por igual; que en invierno se podrá vivir de dia y de noche con ropas ligeras, pues al dirigirse á la gran fonda, á los salones, biblioteca, talleres, oficinas, iglesia, teatro etc., etc., no incomodarán los vientos, las aguas, el lodo ni el frio, pues habrá hermosas galerías de cristales cubiertas, que estarán siempre al temple de primavera; que se promete que este pueblo será una de las maravillas del mundo etc., etc. Todo con arreglo al sistema de *Fourier*.

Aquí entrevéo, yo Fr. Gerundio, la influencia de la *Falansteriana* de la Bética que me escribió á Paris, en la propagacion del sistema societario de *Fourier*. ¡Qué bueno será que se dé principio á la gran reforma del mundo por Jerez

de la Frontera! Pero si la creacion del Falansterio español pende de las córtes y el gobierno, ¡desgraciado el proyecto del señor Beloy!

He indicado en qué consiste la doctrina social de *Fourier*. Ahora, españoles, estudiadla. Por mi parte me he limitado hoy á esponerla brevemente: en otra ocasion acaso me ocuparé de ella, y emitiré mi pobre parecer.



Fourier.

TIRABEQUE EN EL PANTEON.

Grandemente se gozaba mi buen lego cada vez que encontraba en Francia algun vice-versa. Paris ofrece uno muy notable en dos de sus mas suntuosos templos, la *Magdalena* y el *Panteon*. El primero es uno de los templos mas bellos del mun-

do, y uno de los monumentos dignos de la grandeza y magnificencia de los romanos. Rodeado de 52 elegantes columnas corintias de 60 pies de altura, arrebató la admiración del espectador curioso, y testifica el buen gusto de la arquitectura francesa. Pero su forma es enteramente profana; todo lo parece menos templo cristiano; es elegante, esbelto, bellissimo, pero falto enteramente de gravedad; y á no saber que estaba dedicado al culto de una santa penitente; se tomaría por un teatro. Diez años estuvo destinado á *Templo de gloria*, y esto debía ser, ya que aquello no fuera.

El segundo (*el Panteon*), está destinado á *Templo de gloria* para los *grandes hombres*, y debía ser iglesia cristiana, debía ser lo que fué en un principio, el templo de *Santa Genoveva*. Pero estas dos santas han tenido que habérselas con la revolución, y venció la que había de haber quedado vencida, y la que había de haber sucumbido fué la que quedó vencedora. Justicia revolucionaria. Venció pues la *Magdalena*, y se apropió el templo que por su arquitectura estaba indicado para *Panteon de hombres ilustres*. La pobre *Santa Genoveva* fué la víctima sacrificada á la revolución de Julio, despojándola de un templo que de justicia le pertenecía, y destinando su santa casa para morada de gente *non sancta*. Así pagaron los parisenses á su buena compatriota, la ilustre princesa de Bravante, el servicio que les hizo cuando Atila, rey de los Hunos, invadió las Galias con un ejército formidable. Así paga el diablo á quien le sirve. De modo que si en el cielo se conserváran las pasiones de la tierra, *Santa Genoveva* debería llorar el desaire como una *Magdalena*, y la llorona *Magdalena* debería estarse riendo de *Santa Genoveva* como una tonta. La revolución de Julio sería todo lo justo que se quiera con los hombres pero á fé que con las santas no se portó muy bien.

Este vice-versa es tan notable, que á Tirabeque mismo, con ser lego, no se le pudo escapar, y es uno de los que menos favor hacen á los franceses.

Yo tenía curiosidad de ver ese famoso *Panteon* tan nom-

brado, y al efecto me dirigí á él con mi lego Pelegrin. El templo tiene la forma de una cruz griega, y es efectivamente magestuoso y grande. Desde que la asamblea constituyente la metamorfoseó en templo de Gloria, se ve en su fronton representada *la Francia* distribuyendo coronas de palmas á sus grandes hombres; y sobre su friso se lee en abultadas letras de oro:

«AUX GRANS HOMMES LA PATRIE RECONNAISSANTE »

A los grandes hombres la patria reconocida.

«Señor, me decia mi lego, apiñaditos deberán estar aquí los *hombres grandes*, y no tendrán mucha curiosidad que digamos, porque aunque el templo es grande tambien, ellos deberán ser muchos y por fuerza habrán de estar unos sobre otros y como peces en cesta de pescador.—Ya veremos, Pelegrin; y vamos entrando, que te detienes demasiado en la contemplacion del frontispicio.»

Entramos pues, y al momento exclamó Tirabeque: «Señor señor, vágame la Virgen y qué hombre tan grandon se vé allí en frente!» Era un *Genio* colosal, con una espada en una mano y un ramo de laurel en la otra, sobre la cual se veía á Napoleon abrazando la Gloria coronada de estrellas. Ningun otro hombre grande veíamos en el templo de los Hombres Grandes. «Diga vd. buen amigo, le preguntó Tirabeque á nuestro conductor, al conductor que está siempre para recibir y guiar á los estrangeros; ¿me dará vd. razon si acaso están de paseo los Hombres Grandes que veniamos á visitar? Porque yo no veo por aqui mas que ese gigante, que dice el amo que no es hombre, sino un Geniazo muy atroz.— ¡Oh! respondió nuestro guia, tomáos la molestia de bajar conmigo; allí los vereis.»

Y nos condujo á las bóvedas subterráneas (*caveaux*) donde esperábamos hallar la numerosa coleccion de hombres ilustres que deseábamos ver. He aquí, nos dijo el conductor, la



Martinez

Yo tenía curiosidad de ver ese famoso *Panteon* tan nombrado,
y al efecto me dirigí a él con mi lego Beleguin.

tumba de *Voltaire*: ella es de precioso mármol; ved los emblemas que decoran el sepulcro de este Grande hombre; un



Voltaire.

globo y una cítara.—Si señor, dijo Tirabeque; tengo noticias de este sugeto; los frailes de allá de España le querian mucho: en tiempo del Rey absoluto apenas habia sermon en que no le citáran.—Oh! precisamente; él es uno de los grandes hombres de la Francia. Tomáos la molestia de venir por aqui... Estais viendo la tumba de *Rousseau*.—Si señor, sí, tambien conocemos por allá á este ciudadano.—Oh! yo no lo dudo.—Oiga vd.: parece que no se encuentra muy á gusto el mancebo, porque veo que está sacando un brazo como quien quiere salirse de la tumba.—Sí, pero reparad que ese es un brazo de madera; ¿veis que lleva una bugía encendida en la

mano.—Alumbre vd. mas de cerca con la suya, porque no veo bien.—Pues es el emblema de lo que el grande hombre ilustró al mundo con la luz de las obras de su ingenio. Leed esa inscripcion:

«Ici repose l'homme de la nature et de la verité.»

Aqui yace el hombre de la naturaleza y de la verdad.

—Está bien, repuso Tirabeque, aunque eso de la verdad necesitaria alguna mas esplicacion.—Ahora venid por aquí.» Y nos condujo á otro de los departamentos subterráneos, donde habia porcion de jarrones de mármol.—«Esta urna de piedra contiene los corazones de *MM. Sers y Monard de Gales*; en esta otra urna está encerrado el corazon de *Hecreau de Sennarmort*; esta otra está vacia; esta otra contiene el corazon del ilustre senador....—Por lo visto, dijo Tirabeque sin dejarle concluir, vds. han ido descorazonando gente para colocar sus corazones en estos jarros. Y diga vd.: ¿se puede saber qué clase de sugetos eran todos estos descorazonados?—Oh! si señor; eran senadores, generales, condes, marqueses, abogados, pares de Francia etc.—¿Y todos eran hombres grandes? Porque si el ser hombre grande en Francia ha de servir para que á uno le arranquen el corazon, estoy mas contento con ser en España hombre pequeño que si fuera en Francia hombre grande.—No eran muy grandes que digamos, contestó el conductor, pero fueron ciudadanos bien reputados.—Pues crea vd., replicó Pelegrin, que de ninguno de ellos he oido hablar una palabra: no debieron ser muy grandes cuando su fama no ha llegado á mí.—Si os parece señores, podemos salir cuando gusteis.—Qué, ¿se acabaron ya los hombres grandes!—Si, señores, se acabaron.—¿Conque es decir que toda la bulla de los *Hombres Grandes* del famoso *Panteon* se reduce á dos que son *Rousseau y Voltaire*? Y para eso tanta bambolla de: «á los *Grandes hombres la patria reconocida*!»—

Ah! pero habrá mas.—Ah! pero ahora no los hay. Está visto, hermano conductor, que los franceses son vds. muy ponderativos.—Calla, imprudente, le dije al oido; calla esa boca y salgamos.»

Subimos otra vez á la iglesia. Nosotros caminábamos derechos hácia la salida, pero el conductor mostraba interés y empeño en llamarnos la atencion hácia algun otro punto. Tirabeque y yo mirábamos, y nada se ofrecia á nuestra vista que ofreciese ya novedad. Caminábamos hácia la puerta y el conductor nos entretenia de nuevo.—Qué será esto Pelegrin? le dije por lo bajo.—Señor, no sé lo que puede significar, me contestó.—Ea, pues despedámonos de este hombre.—Dios os guarde, amigo: os damos las gracias por vuestra atencion.—Perdonad, señores, vos no habeis leído sin duda este escrito.» Entonces miramos á una tablita que colgada de una columna estaba, en la cual se leia:

«*L'inspecteur des travaux du Pantheon certifie que les conducteurs guides n' aient autre salaire que les gratifications des personnes qui vont le voir.*»

«El inspector de los trabajos del panteon certifica que los guias-conductores no tienen mas salario que las propinas de los que vienen á visitarle.»

Esto esplicaba la conducta de nuestro guia, y sus ardides indirectos para llamarnos la atencion. Yo eché mano al bolsillo riéndome de tan estraño modo de pedir, y Tirabeque con su natural marcialidad le dijo al conductor: oiga vd. señor mio ¿para pedir una propina, se necesita andar con esos circunloquios? Sepa vd. que somos españoles y que en España se piden las cosas clarito y sin rodeos. ¡Habrà vd. visto gazmoñería como ella! para decir: «¿no hay alguna cosilla para el conductor?» no es necesario andar con certificaciones ni garambainas.—Ah! perdon señor.—¡Qué perdon ni que as de bas-

tos; Tome vd. ese par de francos y calle. ¡Pues para qué quiere mas renta el hombre?»

Y salimos riéndonos del modo de pedir de los franceses. Ellos no piden, ni hacen memoriales; espiden un certificado para que les den. Testimonio de la franqueza del pais.

TEATRO ITALIANO.

Por la noche nos fuimos al *Teatro italiano*. ¡Hola! y que no es poca fineza llevar á un lego á un teatro donde una localidad regular cuesta 13 francos, ó sea 52 reales; y para eso si se quiere estar á gusto hay que apresurarse á tomar posesion del asiento, porque de otra manera, con arreglo á la bendita costumbre francesa del *primo capientis*, se espone uno á pagar trece francos enteros para no ver mas que la mitad del escenario. Pero de estas finezas merecia Tirabeque por los importantes servicios que en algunas ocasiones me prestaba.

El *teatro italiano*, asi llamado por ser de italianos la compañía lírica que en él trabaja, es el segundo de París en categoría; aunque no tan grandioso y magnífico como el de la *Academia real de música*, es sumamente bello y elegante, y la sociedad que á él concurre es acaso mas escogida todavia que la de la grande ópera. Como los franceses y francesas acostumbran á vestirse de sociedad para ir al teatro, especialmente á los de primer orden, la concurrencia del *teatro italiano* representa el lujo y la elegancia de las clases de mas tono de París. La compañía distribuye el año escénico en dos temporadas ó mitades, de las cuales las de otoño ó invierno la dedica á París y la de primavera y verano á Londres. No dá mas que tres funciones cada semana, alternando con las de la *Academia real*.

Allí tuvimos el gusto de oir á la *Grissi*, la *Persiani*, la *Albertazzi*, la *Amigo*, á *Tamburini*, *Mario* y *Lablache*, pri-

meras notabilidades líricas de Europa y aun del mundo. *Rubini*, el célebre *Rubini*, el rey de los tenores, que también ha-



Rubini.

bia pertenecido á aquella compañía, se había retirado ya de la escena á gozar privada y descansadamente de las glorias y los triunfos artísticos, y de otra cosa todavía más positiva y material para pasar el resto de su vida con decencia, de los millones que su habilidad y sus talentos líricos le habían proporcionado. Dichosos los que en este siglo filarmónico lo ganan cantando.

Sorprendióme y no poco Tirabeque cuando me dijo en uno de los entreactos: «Señor, señor, allí estoy yo.—¿Cómo que allí estas tú! ¿Donde? yo no te veo mas que aquí.—No señor no, allí arriba; mire vd. el antepecho de aquella segunda galería de palcos; ¿no me vé vd. allí escrito con letras de oro?

¿quién les habrá dicho á estos italianos que me hallo yo en París? ¿y como habia yo de pensar nunca que me habian de hacer el honor de ponerme en letras de oro, cuando creí que las de plomo de la imprenta eran ya demasiado para lo que yo merezco?—Calla, calla, simplon que tú eres, tú debes estar soñando—Señor, ¿no vé vd. allí escrito en un lado *Malibran*, en otro *Barilli*, y otro *Garcia*?—Eso sí.—Pues bien: no vé vd. allí cerca *Pelegrin* con todas sus letras? Pues ese ¿quién es mas que yo? ¿Tiene vd. noticia de que haya por aqui ningun otro *Pelegrin*?—¡Ah pobre badulaque! miserable tontuelo! Lee bien, y verás que hay mas letras de las que has pensado: repara y vé que no dice *Pelegrin* sino *Pellegrini*.—Señor, eso consiste en que como son italianos han escrito mi nombre tambien á estilo de Italia.—Vaya, no has de ser majadero: creí que la temporada que llevas de París te habria civilizado mas.»

Barilli y *Pellegrini* supongo que han sido dos célebres cantantes italianos que han merecido el honor de que sus nombres se inscriban en este templo de gloria lírica; y no es poca gloria, Tirabeque, para nosotros los españoles el ver tambien esculpidos aqui los nombres de dos compatriotas insignes cuales fueron el señor *Garcia*, aquel cuyo honroso sepulcro vimos en el cementerio del P. Lachaise, y el de su hija la inmortal *Malibran*; y no es poca gloria, digo, que de los cuatro célebres artistas cuyos nombres se ven aqui grabados en bronce, dos sean compatriotas nuestros»

Quedóse Tirabeque un poco mústio, si bien no podia dejar de serle satisfactoria la fama y reputacion artística de dos paisanos que á tan distinguido honor se habian hecho acreedores. Y concluida la funcion salimos admirados de las extraordinarias facultades, y de la robusta, pastosa y suave voz del gefe de los bajos cantantes *Lablache*, y no tan satisfechos como esperábamos de la fama y mérito que habiamos oido dar á *Tamburini*.

LA PRISION DE MUCHACHOS.

El estado de las prisiones y el sistema carcelario es una de las cosas que prueban mas el buen ó mal gobierno de un pais. En España los presos se pudren en las cárceles, en Francia trabajan y se corrigen, en Bélgica casi es una cucaña estar preso, y ha llegado á cuestionarse si el estado escesivamente brillante y cómodo de las prisiones desmoraliza ya indirectamente la sociedad en vez de corregirla, pues hay hombres que cometen delitos con el fin de que los encarcelen.

Para visitar las cárceles de Paris se necesita una permission ó licencia especial del Prefecto, pero se consigue facilmente. He aqui los términos en que están concebidas.—«Prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto de Policía, autoriza á los directores de las prisiones del Sena á dar entrada en estos establecimientos el dia que se presente á visitarlos á *Mr. N....* Los señores directores le dispensarán todas las facilidades compatibles con su deber y responsabilidad. Anotarán en esta licencia el dia en que les sea presentada; y el director que la reciba el último, la retendrá para volverla á enviar á la prefectura de Policía.—El consejero de Estado, Prefecto, *Deupui.*»

Cada cárcel de Paris está destinada á detenidos de diferente condicion, edad, sexo y delitos. La de *Santa Pelagia* por ejemplo, en que antes se encerraba á los perseguidos por deudas, está ahora destinada á los condenados por delitos políticos, á algunos prevenidos de robo, y á tal cual individuo condenado á una corta detencion. En la *Consergeria* se encierran los acusados que esperan el fallo de la *Cour d' Assises*. La de la *Abadia de San German* está destinada á los militares prevenidos de crímenes de la competencia de los consejos de Guerra: esta es una prision estremadamente fuerte. La de la *Deuda* es la que

ha reemplazado á la de *Santa Pelagia*. La de *San Lázaro* es la casa de detencion para mugeres condenadas á prision temporal ó perpétua: es una de las mejores de París, y las detenidas se emplean en trabajos propios de su sexo, que al paso que las preservan del enojo y la desesperacion, y les endulzan la privacion de la libertad, les preparan recursos para el dia en que hayan de recobrarla. La de la *Pequeña fuerza* está destinada á las prostitutas, á quienes se ocupa en hilar lana ó algodón: el reglamento de esta cárcel es sumamente severo. La de la *Roquette* ó *Nouveau Bicetre* está dedicada á los sentenciados á muerte ó á penas corporales y duras hasta que salen á sufrir su castigo. En la *Penitenciaria de jóvenes detenidos* se encierra á los muchachos de 7 á 14 años por via de correccion y por tiempo determinado. Y así de las demas prisiones.

Las cárceles de París se han mejorado estraordinariamente de algun tiempo á esta parte, tanto respecto al estado sanitario como al tratamiento que en ellas se dá á los presos. Para prueba de ello, y en beneficio de la brevedad que exigen unas ligeras observaciones de viage, hablaré solo de dos de ellas, que como las otras tuve el gusto de visitar en compañía de mi Tirabeque. Ambas están junto al cementerio del P. Lachaisse, enfrente una de otra: son las dos últimas que he citado.

Cuando Tirabeque supo que entraba en el depósito de rematados á llevar la cadena y á sufrir la pena capital, le entró cierto sudorcillo de miedo que en vano procuraba disimular. El edificio consta de dos pisos altos, donde se hallan los cuartos ó celditas para cada preso: en el piso bajo están los talleres, refectorio, capilla etc.; en medio hay un gran patio cuadrado: el establecimiento puede contener 3.000 presos.

«¿Qué tienes, Pelegrin?—Nada, señor; el poquillo de respeto con que siempre mira uno á estos colegiales mayores.»

El conserge nos condujo á uno de los talleres, donde habria sobre 20 ó 30 presos trabajando en obras de sastrería. A nuestra entrada todos se pusieron en pie, descubriendo sus cabezas y teniendo sus gorritas en la mano. Aquel acto de urbani-

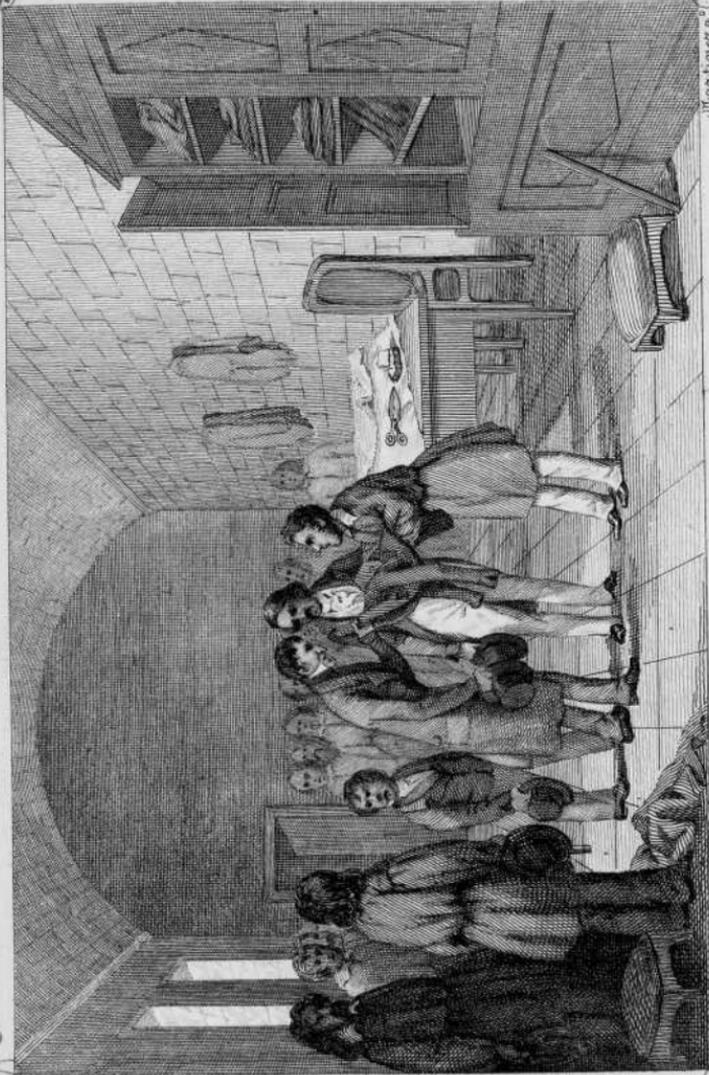


Illustration of

Illustration of

A muestra entrada todos se pusieron en pie, descubriendo sus cabezas y teniendo sus
gavetas en la mano.



dad y respeto no dejó de tranquilizar un tanto la zozobrosa inquietud de Tirabeque. Examinamos ligeramente sus obras, permaneciendo entretanto los presos en la misma humilde y respetuosa actitud. «Señor, me decía Tirabeque al oído, ¿estos son presos, ó son los sastres de la casa?—Si, los sastres de la casa son; pero tan humildes como los ves, son tambien de los presos, acaso son grandes criminales, acaso facinerosos y asesinos.—Señor, si parecen sastres de tijera honrada.—He ahí, Pelegrin, los efectos de un buen gobierno carcelario.»

Pasamos en seguida á los talleres de herrería, de zapatería, de carpintería y demas. En este último vimos trabajar obras sumamente delicadas y de muchísimo gusto; neceséres, cajas, pupitres, almohadillitas para señora, adornadas de embutidos de muchísimo y muy minucioso trabajo formando elegantes dibujos. Tirabeque se quedó asombrado de ver tan esquisitos trabajos, y á mí me sucedió lo mismo. En todos los talleres fuimos recibidos con iguales muestras de respetuosa y humilde atencion. Subimos á ver las celdas, donde admiramos la limpieza y el aseo, y mas que todo la decencia y comodidad de las camas. En seguida visitamos la cocina, que hallamos mas limpia y aseada que la de nuestros antiguos conventos; probamos las viandas, y convenimos en que podian comerse mejor que los almodrotes que nos hacian nuestros cocineros del cláustro.

Pero la prision en que mas hallamos que admirár fué la de los *muchachos* ó sea de *jóvenes detenidos* que está enfrente. El edificio parece mas bien un castillo feudal que una cárcel. Es un sexágono regular, en cada uno de cuyos ángulos iguales descuella una torre cuadrada. Consta de otros tantos departamentos de tres pisos cada uno, con otros tantos patios. Cada uno de estos seis departamentos está aislado de los otros, y en medio hay una especie de rotonda desde la cual se dominan todos. Cuando nosotros visitamos esta cárcel habria unos quinientos jóvenes presos, todos de 7 á 14 años; cada uno vive y trabaja separadamente en su celda, conforme al sistema de aislamiento del célebre Bentham. Los de un departamento no

se rozan ni comunican para nada con los de otro, y aun los que habitan en uno mismo no se conocen por sus nombres, sino por el número con que á cada uno se señala. Trabajan todo el dia, y solo cada dos dias se concede á cada preso un cuarto de hora de recreo en el patio; pero cada uno juega solo, cada uno tiene su cuarto de hora diferente; no se reunen sino para oír misa en la capilla y para recibir las esplicaciones de doctrina cristiana en la rotonda del medio. En cada manzana de celdas hay continuamente un vigilante que inspecciona los trabajos de la seccion que está á su cuidado, y asiste y suministra á cada preso lo que necesita para sus trabajos. La vigilancia es rígida; ningun preso podria holgar seis minutos sin conocimiento del inspector, y sin que le siguiera inmediatamente el castigo; pero el socorro en cualquier indisposicion, en cualquier necesidad que se les ocurra, es tambien pronto y seguro; el vigilante no falta nunca de allí; al menor llamamiento de un preso acude en el minuto. Estos vigilantes (*surveillants*) son todos retirados del ejército, lo mismo que los conserges y demas empleados del establecimiento, escogidos por su moralidad.

El que á nosotros nos guiaba era un hombre sumamente fino, atento é instruido. Nos hacia las esplicaciones con la mayor minuciosidad y con una amabilidad que no dejaba que apetecer. No hubo seccion que no visitáramos; en vano fué indicarle varias veces, en las tres largas horas, que se estaba molestado demasiado por nosotros; su respuesta era siempre, que en ello no hacia mas que cumplir su deber, que aquella era su obligacion, y que ademas tenia gusto en que los extranjeros á quienes tenia el honor de guiar no dejarán de informarse de todo cuanto al establecimiento pertenecia. ¡Cuántas veces me acordé de la general aspereza de nuestros alcalides! Bien que esto, atendido el estado de nuestras cárceles es un bien; y aun deberian poseer en grado mas eminente esta cualidad para que nadie viese lo que es afrentoso ver.

No hay género de trabajo á que no se dediquen aquellos jóvenes, segun las inclinaciones de cada uno. Allí se fabrica

toda clase de ropa y de calzado, de tegidos, de cerrajería, de botonería, de ebanistería, de cincelería, de hebillería, etc. etc.: lo mismo se elaboran telas de hilo, seda y estambre, que instrumentos de hierro, bronce y acero, que muebles de madera, y artefactos de todo género. Allí ví cincelar esas figuras y grupos de bronce que sirven de remate y adorno á los relojes de mesa; allí ví trabajar esos instrumentos músicos que llaman *acordiones*, de los cuales habia un bien surtido almacen de todos tamaños, que tocaban tambien los presos con maestría; y por este estilo otra porcion de manufacturas, de que se surten varias casas de comercio de París, y de cuyos productos, parte se destina á beneficio del establecimiento y parte se deposita en la caja de ahorros de cada preso, para que el dia que salga de la prision pueda contar con un pequeño capital.

Divertida en gran manera fué nuestra visita carcelaria con las preguntas que Tirabeque ó yo haciamos á los chicos, segun que en cada celda entrábamos, y con las respuestas que ellos nos daban. «Oyes, niño, ¿por qué estás tú aquí?—Yo, por vago, nos respondia con admirable candidez.—¿Qué edad tienes?—Ocho años.—¿Y qué sabes hacer?—Hago cadenitas de alambre de varias clases (y todo esto sin dejar de trabajar).—¿Y cuánto tiempo llevas de prision?—Cuatro meses.—¿Y cuánto te falta?—Cuatro años, menos el tiempo que llevo aquí.—Pasábamos á otra celda, y preguntábamos. ¿Qué edad tienes tú, niño?—Ocho años y medio.—¿Y por qué estás en la prision, picarillo?—Por indócil.—¿Qué sabes hacer?—Hebillitas y llaves de reloj.—¿Por cuánto tiempo estás preso?—Por seis años: llevo ya mas de uno en ella.—Enseña, enseña á estos señores, le decia el conserge, las muestras de escritura. Sabed que este niño ha ganado el último premio de escribir.»

Esto nos dió á conocer la esmerada enseñanza de primeras letras que recibian los jóvenes penitenciados. «Diga vd., señor conserge, le preguntó mi Pelegrin: supongo que les darán á vds. mucho que hacer estos diablejos, porque aquí vendrá lo peor de cada casa.—Viene en efecto, pero es admirable el



cambio que en ellos produce este sistema desde el momento que entran en la prision. Como desde luego se ven aislados, como nadie se les presenta ni les habla sino los gefes é inspectores del establecimiento, y los maestros de religion, de primeras letras y de su oficio respectivo, y como siempre se los tiene ocupados, adquieren una docilidad admirable, y apenas se ofrece castigarlos algun vez. ¿Y vos no teneis en España (dijo dirigiéndose á mí) establecimientos de esta clase?—Si, le contesté; en Madrid se ha creado uno el año pasado, *y se proyecta crear otros.*» Tirabeque iba á echarme á perder la contestacion, pero le lancé una mirada que le hizo temblar y calló como un muerto.

Al despedirnos quise poner en la mano de nuestro amable

conductor la decente propina de que era digno. Pero de tal manera y con tales razones de delicadeza la rehusó, que hube de desistir, y aun de pedirle mil perdones. Unico ejemplar de este género que se me presentó en toda la Francia.

Salimos amo y lego, no acabando de admirar bastante un establecimiento en que se encerraban 500 jóvenes, que hubieran sido otras tantas carcómas de la sociedad, que hubieran corrompido un cuádruple número de los de su edad, y que al cabo de algunos años de *penitenciaría* salen con un oficio aprendido, con un caudalito ahorrado, y pueden ser otros tantos ciudadanos honrados y laboriosos. ¡Ojalá en lugar de ocuparse los españoles en intrigas políticas, pensáran en crear establecimientos de esta clase!

LA ERMITA Y EL PABELLON DE ROUSSEAU.

Una de las escursiones que suele y debe hacer el curioso viajero que se halle en París es á *Montmorency*, pequeña ciudad á tres leguas norte de la capital, tanto por su situacion pintoresca, como por hallarse allí la célebre *Ermita de Rousseau*, su *Pabellon* y otros no menos curiosos monumentos.

El dia que se destine á esta escursion pueden hacerse, como decimos en España, de una via dos mandados, visitando las tumbas de los reyes de Francia en la catedral de *Saint Denis*, distante dos leguas en el camino mismo de *Montmorency*. En el arrabal llamado de *San Dionisio* hay diferentes empresas de carruages que parten diariamente cada media hora á la ciudad de este nombre y conducen al viajero por el módico precio de 3 rs. (75 céntimos); desde *Saint Denis á Montmorency* se apresta otro carruage, de que hay siempre y á todas horas grande abundancia. Esta espedicion la hicimos cuatro españoles reunidos.

Montmorency está situada en una altura que domina el valle

del mismo nombre, valle feracísimo y risueño, sembrado de lujosas casas de campo, de bosques de castaños, hermosos parques, paseos deliciosos, fuentes y baños de aguas sulfurosas, la casa de Catinat y el famoso lago de Enghien, al cual en las fiestas patronales tienen costumbre los elegantes parisiens de bajar montados en pollinas, de donde le viene el nombre de la fiesta ó paseo de *las Asnas*, y en el cual se embarcan y juegan despues en lindos barquichuelos. Todo este conjunto hace que las vistas de *Montmorency* sean acaso las mas pintorescas y amenas de las cercanias de París.



Montmorency.

Nosotros habiamos emprendido nuestra viajata ni mas ni menos que como *Rousseau* habia empezado á recibir su primera instruccion, es decir, sin guia ni amigo que supiese dirigirle.

Pero confiados en el adagio español, «preguntando se vá á Roma,» preguntando á unos y á otros logramos dar con la famosa *Ermita (l' ermitage)*, que está cerca del bosque llamado *el Castañar*, destinado para las danzas en las citadas fiestas. En el jardín contiguo á la *Ermita* hay un busto de *Juan Jacobo* y un mausoléo de mármol blanco erigido á la memoria del célebre músico *Gretry*, autor de 40 óperas, entre ellas la de *Ricardo corazon de leon*, que habitó también aquella *Ermita* y murió en ella en 1813.

Mirábamos nosotros la casita en que vivió el filósofo ginebrino con la curiosidad y respeto que inspiran naturalmente las viviendas de los grandes hombres. «Aquí, decía uno, fué donde compuso el escritor ilustre las obras que le abrieron tan distinguido lugar en la literatura moderna.—Esta es la morada, decía otro, que le proporcionó su querida *Madama de Epinay* cuando le dijo: «oso mio, ahí tienes tu asilo; tú le has escogido y la amistad te le ofrece.» Esta puede llamarse el regalo del amor.—Si, añadí yo, pero bien pronto en este mismo sitio se prendó de la condesa de *Houdetot*, cuñada de la *Epinay* cuyos locos amores la acarrearón los disgustos que era natural le produgesen los celos de su generosa querida, y aun el tener que romper las amistosas relaciones que le unian con *Diderot*, y casi las de todos sus amigos. Y no hablemos de sus antiguos amores con la baronesa de *Warens*, á quien en medio de sus infidelidades no pudo nunca olvidar.»

Tirabeque que habia estado callado oyendo estas conversaciones, rompió el silencio y me dijo, señor, por lo que vds. hablan, ese hombre era de aquellos de «tantas veo tantas quiero.» ¿Y es ese aquel *grande hombre* del PANTEON que sacaba el brazo con una candela para iluminar el mundo?—El mismo, *Pelegrin*.—Pues señor, dígole á vd. que por sus luces no diera yo seis maravedís.—Pues aun no sabes lo mejor. Mira: aquí en esta misma *Ermita* tan nombrada vivió con las que el llamaba *sus amas de gobierno*, que eran una madre y una hija que habia conocido en una posada de París: y de la hija refieren que era

tan estúpida que nunca pudo contar por su orden los meses del año y le sucedia tambien lo que cuentan de nuestro difunto picador de toros Sevilla, que le costaba trabajo entender las horas de una muestra de reloj. Pues bien, el *grande hombre* se enamoró tambien de aquella *gran muger*, y la *antorcha del mundo* se dejó dominar de aquella *ilustrada moza*, y se casó con ella y le hizo padre, ó por mejor decir, le hizo padre, antes de casarse con ella.—Pues señor, me gusta la vida que hacia el *santo Ermitaño*.—Para que veas, Pelegrin, como los hom-



Rousseau.

bres mas grandes son los que incurren tambien en las mas grandes flaquezas. Sin embargo, aunque la vida de *Rousseau* tuvo periodos que no fueron sino un tegido de aventuras y

hechos inmorales, tuvo tambien el hijo del relojero de Ginebra otros periodos de heroismo, y de sentimientos virtuosos y pensamientos sublimes. *Rousseau* tuvo mucho de bueno y mucho de malo: como literato calavera, su vida fué una série de desgracias y de fortunones, de persecuciones y proteccion: como filósofo extravagante, tuvo rarezas sin cuento y rasgos de genio privilegiado y de hombre vulgar.

—Señor, y estos hombres son los que despues de muertos son venerados mas que si fueran santos, y todo el mundo se hace lenguas de ellos y los colocan en los grandes panteones, y vienen los extranjeros á visitar su ermita como si fuese la ermita de San Pablo ó el Santo Sepulcro de Jesucristo! ¡Válgame Dios, mi amo y cuánto aprende uno y cuánto se desengaña en los viages! —Para eso no es necesario viajar, Pelegrin; porque tambien en España como en todas partes del mundo acaece detestar los hombres á tal ilustrado sugeto en vida por sus vicios, y despues de muerto hacerle una media apoteosis. En todos tiempos ha sucedido asi. No hay cosa como morirse, Tirabeque, la muerte es una pintura que hace mucho favor á algunos retratos, pues con su negro pincel suele borrar lo malo y dejar solamente lo bueno»

Si á vds. les parece, dijo uno de los compañeros, podemos pasar á ver el *Pabellon*.—Cuando vds. gusten, les respondí.» Y nos dirigimos al pueblo, donde nos habian informado se hallaba.

Acusado el filósofo de Ginebra de traicion por la mayor parte de sus amigos, y creyéndose cercado de lazos y emboscadas, se trasladó en 1758 en el rigor del invierno á una pobre habitacion cuyo techo de tablas podridas estaba amenazando ruina y la cual le cedió su amigo el duque de Montmorency. Esto es lo que hoy se llama el *Pabellon de Rousseau*. Tomando lenguas fuimos conducidos á una humilde casita, que estaba cerrada. Usando de la libertad de extranjeros y de la franqueza española, llamamos, y salió á respondernos una vieja cuya fachada no dejaba de consonar con la de la casa. Nos preguntó que se nos

ofrecia, y le respondimos que éramos cuatro extranjeros que tendríamos gusto en visitar el *Pabellon del grande hombre*, si en ello no habia inconveniente. Con su otorgamiento de concecion entramos en un pequeño pasillo descubierto que conducia á la casita. Sobre el dintel de la puerta se leia la siguiente inscripcion de la cual lo marcado con puntos estaba borrado.

« llamado transportado el 13 de diciembre de 1758 por sus amigos el difunto Mariscal de Luxemburgo propietario del castillo de Montmorency y el difunto príncipe de Conty, que quisieron sustraerle al decreto de arresto lanzado contra él el 8 del mismo mes por el parlamento de Paris despues de la publicacion del *Emilio*. Él escribia el 7 á uno de sus amigos en estos términos: «He dado gloria á Dios, he hablado para el bien de los hombres: por una tan noble causa no rehusaré jamas el sufrir: hoy se vuelve á abrir el parlamento; espero tranquilo lo que guste decretar.»

Debajo de esta inscripcion se añadia, que él habia escrito allí el *Contrato Social*, una carta al Parlamento; y que habia dado la última mano á su *Julia*.»

La vieja se nos habia retirado, pero no por eso dejamos nosotros de irnos internando con nuestra franqueza española (y á fé que fué la que nos valió pues de otro modo nos hubiéramos quedado sin verlo). Encontrámonos en una cocina, donde se hallaba nuestra vieja, (que en verdad no era la mas digna sustituta de la *Nueva Eloisa*) ocupada en atizar sus pucheros. «Madama, ¿se pasa por aqui al *Pabellon*?—Si señores sigan vds. por ahí, que allá voy yo,» entramos, pues, en el famoso *Pabellon* que es una especie de pequeño terraplen con su emparrado y sus árboles á la orilla: á uno de sus extremos habia una mesa redonda de piedra, con una plancha de bronce embutida en medio en que se leia: *Aquí es donde ha pasado los bellos dias un grande hombre: veinte diversas obras maestras han señalado su curso: aqui nacieron el Saint-Preux y la Julia, y esta simple piedra es*

el altar del genio.—El 27 de marzo de 1787.—Gabriel Rissard.

«He aquí, les dije á mis amigos, donde nacieron aquellas dos célebres obras, de las cuales decia el mismo *Rousseau*: «*El que no idolatre á mi JULIA, no sabe lo que es necesario amar, y el que no es amigo de SAINT-PREUX no puede serlo mio.*»—En efecto, me respondió uno de ellos; pero segun la inscripcion de la puerta tambien nació aquí aquella obra destructora de toda organizacion política existente.—¿Habla vd. del *Contrato social*? le preguntó el otro compatriota.—Si señor.—Pues amigo, perdone vd. que para mí es el mas acertado código de instituciones políticas que se ha escrito: él fué el que adoptó la Convencion haciendo á su autor el merecido honor de colocar su busto en el salon de sesiones.—Pues yo detesto sus doctrinas fundadas sobre la soberanía nacional.—Cabalmente es por lo que á mí me gustan: la soberanía de todos es la única ley omnipotente.—Mejor dirá vd. que es el principio subversivo de toda sociedad.—Asi hablan los retrógrados.—Y como vd. piensan los anarquistas.»

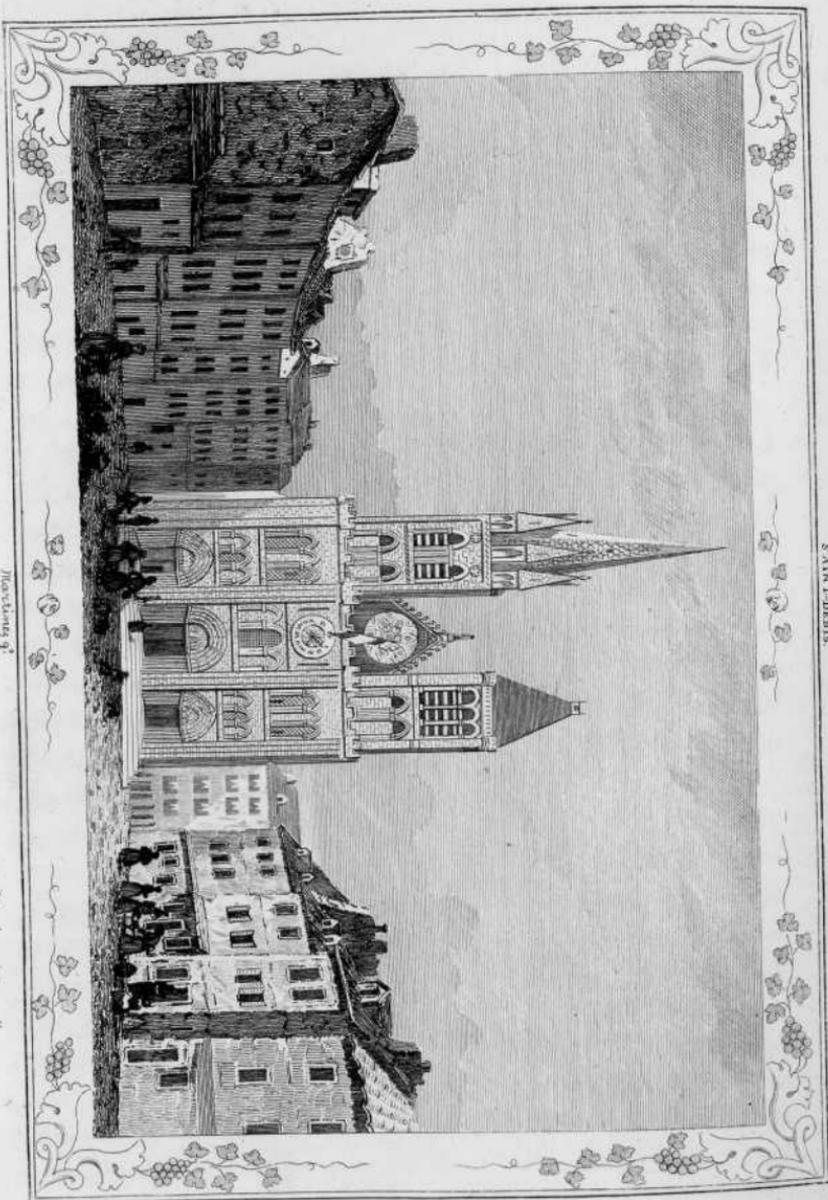


Así se iban esplicando mis compañeros de expedición, los cuales no hay que decir el partido político á que cada uno pertenecía.

La cuestion política los iba acalorando en términos que temí que la polémica tuviera un resultado disgustoso. ¡Achaque fatal de esta época de discordias políticas! Viven dos españoles en la mas envidiable y fraternal armonía; hasta que se suscita una cuestion política cualquiera: no se necesita mas para que la buena armonía se la lleve el diablo, y falte poco, si algo falta, para que anden al morro los mismos que fuera de la maldita política, serian buenos amigos. Mi mediacion y la entrada de la vieja cortaron la fastidiosa disputa. «Vengan vds., si gustan, nos dijo ésta, al gabinete del grande hombre.» Y nos llevó á una piececita que está al lado del *Pabellon*.

Allí nos enseñó el *fac-simile* de una carta de *Rousseau* á Mr. Latour, pintor del rey, en octubre de 1764 con ocasion de haberle enviado su retrato, la cual no deja de ser curiosa. El gabinete está circundado de cuadros, de retratos de las personas con quienes habia tenido relaciones de amistad Juan Jacobo: entre ellos tengo presente que se hallaban los de *Franklin*, *D'Alambert*, *David Hume*, *Beaumont*, *Voltaire*, *Diderot*, *Madame Geoffrin*, *Miguel Angel* y otros varios, los cuales ha tenido el gusto de reunir en aquel cuartucho *Mr. Bidoc* hoy dueño de la casa.

Concluida nuestra visita, y alargando Tirabeque de muy mala gana una espresion á la vieja, nos fuimos á tomar un refrigerio al hotel del *Gran Ciervo*. Durante la refeccion rodó la conversacion sobre las cualidades del filósofo cuyas viviendas acabábamos de visitar. Uno de los compañeros le tenia por un hombre cabal, y podia decirse que era uno de esos que llama Grimm *verdaderos devotos de Juan Santiago*. El otro la tomaba por la inversa, y para él no era *Rousseau* mas que un hombre sedicioso é inmoral. Por mi parte fui siempre y soy ahora de la opinion de uno de sus biógrafos que dice: «el carácter moral de este hombre célebre parece imposible de analizar, porque



"Vista lo notable en Saint-Denis es un hermosa y vasta catedral gótica."

Marbott's?

es un compuesto de elementos tan encontrados que admira verlos reunidos en un solo hombre.»

Tirabeque también echaba por el atajo, y tomando parte en el juicio de calificación decía: Señor, él sería todo lo grande que le quieran hacer los franceses, pero para mí el hombre que se enamora de una criada tan tonta que no entendía las horas de un reloj, tiene hecha la pología.» Echámonos todos á reir del juicio crítico de Tirabeque; al mismo tiempo sonó una corneta de piston; salimos á ver y era la del cochero que avisaba ser la hora de regresar á *Saint-Denis*; con lo cual acordamos trasladar nuestras cuatro humanidades de la mesa al carruaje, y á los dos minutos ya estábamos en camino.

SAINT-DENIS.

Como decía Tirabeque, el ir á visitar los sepulcros de los reyes de Francia no impedía reparar lo que se hallase al paso; y en efecto á la entrada de la poblacion nos hizo notar el retumbante rótulo de una cantina que decía: «*Cantina del fuerte de la doble corona del Norte*» Mire vd. señor, añadía, que llamar á una cantina «*del fuerte de la doble corona del Norte*» no les ocurre mas que á los franceses». En efecto es así, y esto bastará para que el lector se figure los altisonantes títulos con que ellos bautizan cualquier insignificante establecimiento.

La pequeña ciudad de *Saint-Denis* es poblacion de unos 5.000 habitantes: tiene muchas y escelentes fábricas de manufacturas, y un colegio de educacion para 500 señoritas, hijas de individuos de la Legion de Honor. Pero lo notable en *Saint-Denis* es su hermosa y vasta catedral gótica. Cuando nosotros estuvimos se hallaba en reparación. Un cabildo de 40 obispos y 24 canónigos ha reemplazado á los cenobitas de la antigua y célebre abadía. Destinada á sepulcro de los reyes de Francia

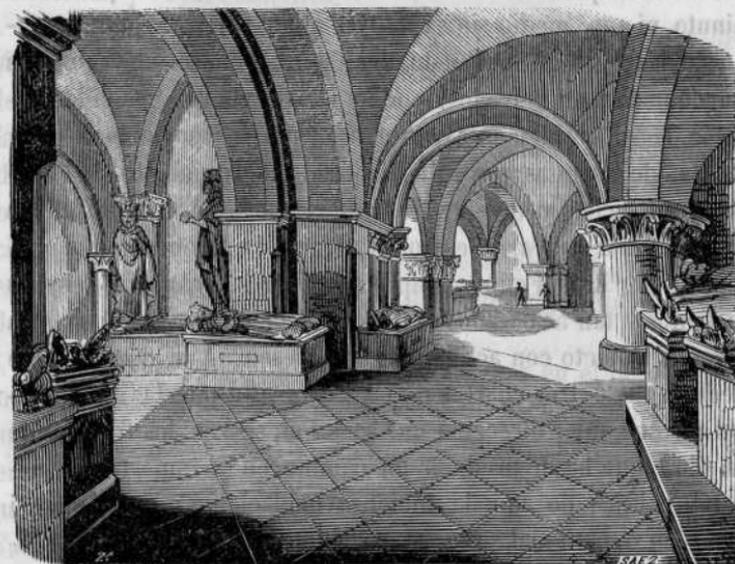
desde Godoberto I, fué profanada y destruida por la revolucion, quedando sin techo, sin altares, sin reliquias y sin tesoro. Despues ha sido reedificada, y hoy se encuentra en mas brillante estado que nunca. Los restos de los monarcas destruzados en aquella época calamitosa han vuelto á encontrar allí un asilo, y se han agregado las cenizas de Luis XVI, de la reina María Antonieta y de sus tias, y los despojos de Luis XVIII y del duque de Berri.

Nuestro conductor empezó enseñándonos los sepulcros de mármol que decoran el cuerpo de la suntuosa iglesia, especialmente los de los reyes Enrique II y su muger, que se hallan á la izquierda, y los de Francisco I y su muger que se encuentran á la derecha del altar mayor; cada uno de estos monarcas descansa al lado de su esposa, y todos cuatro están desnudos como su madre los parió, única cosa en que los reyes nacen iguales á los demas hombres. En derredor del sepulcro de Francisco I están retratadas en bajos relieves todas las batallas del gran monarca. Yo me puse á examinarlas despacio por la curiosidad de ver si encontraba la famosa batalla del *sitio de Pavia*, donde Francisco I quedó prisionero del emperador Cárlos I de España, y no la hallé. Entonces pregunté al conductor (maliciosamente en verdad,) «¿podreis decirme cual de estas es la batalla de *Pavia*?—Ah! me respondió: perdonad; la batalla de *Pavia* no está aqui; todo el espacio le han ocupado las otras, no ha quedado lugar para ella.» Todos á la una admiramos la sutileza de la respuesta, y bromeábanme mis compañeros compatriotas diciéndome que habia encontrado con la horma de mi zapato, no pudiendo dejar de reconocer yo mismo el mérito de la ingeniosa y pronta evasiva del francés.

En seguida nos condujo á las catacumbas ó bóvedas subterráneas, donde descansa un pueblo entero de reyes en magníficos y costosos mausoleos. Honda y sublime es la sensacion que se experimenta al contemplar las tumbas de los monarcas de quince siglos, al repasar las páginas de mármol de aquella larga cronología de reyes, en que á cada paso se encuentran

recuerdos históricos y monumentos de príncipes de sangre española. Pero lo que se nos hizo mas notable á todos fué hallar el sepulcro y estátua de Luis XVII, de aquel jóven y desgraciado príncipe hijo de los infortunados Luis XVI y Maria Antonieta, víctima de la crueldad revolucionaria.

Era ya tarde, y la necesidad de regresar á París puso término á aquella importante revista, que suspendimos con ánimo resuelto de hacerla otro dia mas despacio, como lo ejecuté por mi parte, y como aconsejo á todo español que lo verifique, pues no debe visitarse menos que dos veces la interesantísima y memorable catedral de *Saint-Denis*.



LA GRAN MURALLA.

Señores, nos decía Tirabeque en el camino, saquen vds. sus relojes.—¿Y para qué? le dije yo; á las cinco en punto hemos salido de Saint-Denis.—No señor, no es para saber á que hora hemos salido; es por una curiosidad: á ver si se pasa un minuto sin que encontremos algun carruage.»

En efecto, es tal y tan activa la comunicacion de Saint-Denis con la capital, que con dificultad, especialmente á la caida de la tarde, hora en que salen tambien las diligencias de París que van en aquella direccion, con dificultad, digo, se pasará un minuto ni aun medio sin encontrar algun carruage en el espacio de las dos leguas. Puede decirse que no se interrumpe la línea que forman entre los de ida y los de vuelta. Los oidos padecen considerablemente con aquel ruido insoportable.

Una de las cosas que en esta jornada fueron objeto de nuestra conversacion y de nuestras reflexiones fué la obra de la *gran muralla de Paris*, esa obra gigantesca, concebida y proyectada por Luis Felipe, y aprobada por las cámaras despues de tantos y tan acalorados debates. Esta obra colosal se está llevando á efecto con actividad y con teson. A la distancia de media legua ó tres cuartos de las *barreras* ó puertas de la ciudad en cualquier direccion que se salga, se ven los trabajos de esa obra que ha de producir un cambio en la importancia militar y política de aquella inmensa poblacion, no sabemos si para bien ó para mal suyo, si para bien ó para mal de la Francia entera, si para su libertad ó para su esclavitud.

Creo que no bajará de doce á catorce leguas la zona que comprenderá la muralla con sus fortines avanzados, y que no será de menos de sesenta ú ochenta mil hombres el ejército necesario para defender el amurallado pueblo de una invasion. Los millones de francos que se lleva invertidos, y los que se

invertirán en la construcción de tan vastísima muralla, el lector los podrá calcular, si cálculo hay que abarcarlo pueda. Nosotros admirábamos únicamente la docilidad de un millón de corderos que se dejan encerrar dentro de aquel gran redil, y la atrevida resolución del pastor que le hace fabricar para su ilustrado rebaño. Y haciendo esta reflexión llegamos á París.

UN CULTO RARO.

Ofrecí hablar de un culto religioso, el que mas me ha llamado la atención de cuantos cultos ví en Francia, Holanda y Alemania, y voy á cumplirlo.

Yo habia visto anunciado el culto de la *iglesia Católica francesa* en París sin otra circunstancia que la de celebrarse los oficios en *idioma francés*, y aunque creí que seria esta sola la novedad que ofreciera, determiné dedicar á él la mañana del domingo en compañía de Tirabeque: se entiende, despues de haber cumplido nuestras obligaciones cristianas á lo católico rancio español. A las doce, hora en que se anunciaba la misa, ya estábamos los dos en el número 59 del *Faubourg-Saint-Martin*, donde se halla la iglesia.

Desde luego nos causó estrañeza encontrar en el pórtico una mesa cubierta de libritos y folletos, que despachaba una muger, con arreglo á la costumbre general de despacharse todo por femeninas manos. Me acerqué á examinar los escritos y hallé que eran el *Catecismo de la iglesia católica francesa*, el *Nouvel Eucologe*, ó nuevo Ordinario de la Misa; varios discursos, entre ellos uno sobre el *Celibato de los sacerdotes*, el prospecto y primer número de un periódico para la propagacion de las doctrinas de la nueva iglesia, todo escrito por su primado el *abate Chatel*, junto con su biografía y una coleccion de estampas que representaban á este *obispo fundador* en actitud de predicar á los fieles. De todos tomé un ejemplar; y mientras salia



el celebrante á decir la misa me puse á leer con viva curiosidad, lo primero el mencionado *Catecismo*, donde esperaba hallar los principios que constituian la creencia de esta nueva religion, que bien puede llamarse nueva, puesto que empezó á proclamarse en 1831. A ello me alentaba Tirabeque diciendo: «lea vd., señor, lea vd. á prisa, que tengo para mí que hemos de ver hoy unas heregias muy raras en este templo.»

No me engañé efectivamente. Hé aqui el *simbolo de la iglesia francesa*, segun consta en el capítulo 4.º del *Catecismo*.

«1.º *Creo en un Dios, solo poderoso, solo justo, solo inmutable, solo bueno, que recompensa eternamente y castiga segun la gravedad del mal que se ha hecho.*

«2.º *Creo que el hombre está dotado de una alma inmortal que volverá á entrar en el seno de Dios cuando sea digna de ello.*»

—Señor, hasta ahora parece que no vamos mal, y que esta es gente de razon. Siga vd. otro poco á ver, que estos franceses suele principiar con buenas palabras, y concluir con malas obras.

«3.º *Creo* que el bien viene de Dios, y el mal de las imperfecciones del hombre.»

«4.º *Creo* que no hay mas religion verdadera buena y útil que la religion natural grabada en el corazon de todos los hombres.»

—¿Lo vé vd., mi amo? Cuando yo dije que nos esperaba ver muchas heregias en este templo....—Deja, que esto se presenta curioso.»

«5.º *Creo* que Jesucristo, en razon á la sublimidad de su doctrina y de su moral, y particularmente por consideracion á su ilimitado amor á la humanidad, debe ser mirado como un modelo de virtud y honorificado como tal.»

«6.º *Creo* que el hombre puede salvarse en todas las religiones, cualquiera que sea; con tal que su creencia sea de buena fé.»

—¿Qué le vá á vd. pareciendo de la doctrinita, mi amo?—Ya lo puedes suponer, Pelegrin; pero concluyamos con los artículos de este *Credo*.

«7.º *Creo* que todo el fondo de la religion y de la moral consiste en creer en Dios y amar el prógimo.»

«8.º *Creo* que se pueden resarcir las faltas por medio de las buenas obras, que son la sola penitencia agradable á Dios y útil á la sociedad.»

«9.º *Creo* que el hombre está obligado á examinar algunas veces su conciencia y á confesarse á Dios á fin de hacerse mejor.

«10.º *Creo* que debiendo la criatura un tributo de homenaje y adoracion al Criador, la oracion y el culto exterior son obligatorios á todo hombre que cree en Dios.»

—Hé aquí, Pelegrin, los diez artículos de la fé de esta iglesia! son cuatro menos que los nuestros.—Y en verdad, mi amo,

que pueden arder en un candil. ¿Y tienen mandamientos y sacramentos como nosotros?—Ahora lo veré..... Sí: los mismos. Pero escucha lo que dice de Jesucristo en el capítulo 3.º

«*Preg.* ¿Quien es Jesucristo?

«*Resp.* Jesucristo es el hijo de José y de María, y el fundador de la religion cristiana.

«*Preg.* ¿Qué hay de notable en la vida y muerte de Jesucristo?

«*Resp.* Jesucristo durante su vida se atrevió á decir y á practicar lo que nadie antes que él habia tenido valor de enseñar, y menos de practicar.

«*Preg.* ¿Qué enseñó pues, y que practicó que le haya merecido esta preeminencia que los cristianos le dan sobre todos los hombres?

«*Resp.* Enseñó y practicó la verdad, toda la verdad, y nada mas que la verdad.

«*Preg.* ¿Y por qué?

«*Resp.* Porque proclamó por todo dogma, por toda creencia, por toda religion, la ley natural, nada mas que la ley natural.»

Hasta aquí no tenemos una gran novedad en el culto religioso de esta iglesia, porque no es nuevo en el mundo el que haya sectarios de una religion puramente natural. Pero ya vá á dar principio la *misa*, y aquí empieza la originalidad y la estravagancia.

MISA ORIGINAL.

El pueblo espera ya la salida del celebrante (este pueblo serian unas 600 personas) hombres y mugeres, cada uno tiene en la mano su *Eucologio* ú *Ordinario* de la *misa*: Fr. Gerundio y Tirabeque se hallan sentados entre el pueblo *católico francés*: el abate *Fernando Francisco Chatel*, fundador de la

Iglesia católica francesa y nombrado por los votos de los fieles *Obispo Primado* de ella, sale vestido de capisayo y se sienta en un banco al lado del altar mayor, acompañado de su prosecretario *Mr. Bonnet*; óyense las voces de un organillo que hay colocado á la izquierda del altar mayor; sale el celebrante *Mr. Vandelier*, vicario general honorario, revestido de un traje en nada parecido al de nuestros celebrantes; los ojos de Tirabeque se clavan en él, su boca se entreabre naturalmente al impulso de la curiosidad, y empieza el sacerdote á cantar el *Introibo ad altare dei* en estos términos:

*Penetrés de respect, aprochons de l'autel,
du Dieu dont l'univers est le trône immortel,*

A lo cual respondia el pueblo tambien cantando:

*Du Dieu qui nous remplit de joie et de tendresse,
et répand dans nos cœurs la plus vive allegresse.*

SACERDOTE.—*Dieu juste! en ce moment daigne exaucer non cœur,
ramene á la vertu l'homme injuste et trompeur.*

PUEBLO.—*En te priant, Seigneur, que notre âme est ravié!
Ta grace est notre bien, notre espoir, notre vie etc.*

que puede traducirse:

SACERDOTE.—Con respeto profundo
lleguemos al altar
de Dios, que tiene al orbe
por su trono inmortal.

PUEBLO.—De ese Dios que nos llena
de gozo y de ternura;
y en nuestros corazones
derrama la ventura.

SACERDOTE.—Dios mio! en este instante
 oye mi corazon,
 y á la virtud convierte
 al hombre engañador.

PUEBLO.—Orando á tí, Dios mio,
 nuestra alma se arrebatá;
 tu gracia es nuestra vida,
 nuestro bien es tu gracia etc.

El sacerdote sube al altar y entona algunas oraciones en prosa y verso. Hé aquí como canta los *Kiries* el coro de fieles.

Bien faiteur tout-puissant!

L'homme reconnaissant

bénit á chaque instant,

ta bonté paternelle!

La douceur,

le bonheur,

pour notre áme immortelle,

est de t'aimer,

te révérer,

et toujours t'adorer.

¡Oh Dios omnipotente!

El hombre reverente

bendice eternamente

tu bondad paternal!

La dulzura

la ventura

para un alma inmortal,

es adorarte,

reverenciarte,

y siempre, siempre amarte.

Seguia otra estrofa. Del mismo modo cantó el pueblo la

Gloria tambien en verso, é igualmente la *Epistola* el celebrante. Los himnos coreados, cantados por las dulces voces de las mugeres, que se conocía estar muy prácticas y muy ensayadas en los diferentes aires de la música, y acompañados del organillo, hacian un efecto sumamente agradable. Tirabeque echaba tambien de cuando en cuando sus piadas, pero tan desacordes que llamaba la atencion de los fieles. «No cantes Pelegrin, le decia yo por lo bajo: ¿no ves que desafinas?—Algo me parece que desafino, señor, pero debe consistir en que esta religion no está por la misma música que la nuestra.» Y luego añadía: «mi amo, estos *kiries* y estas *epistolas* no los conoce el padre que los engendró: ¿quién habia de creer que *Kirieleyson* se decia en francés *bienfetor tupuisán*? Pero al fin hasta ahora no parece que cantan cosas malas.»

En esto entonó el sacerdote una oracion diciendo: «*PRIONS*.—*Oh mom Dieu...*!—Señor, me decia Tirabeque, el *mon Diú* bien lo entiendo, y esto es muy propio de los franceses, hacer el *mondiú* aunque sea en la misa; pero el *Prión* lléveme el diablo si sé lo que quiere decir.—*Prions*, Tirabeque, quiere decir *Oremus*.—Vaya: vaya, mi amo, esto ya es estropear las cosas: imposible es que esta religion sea buena, y que á Dios le gusten estos *Priones* ó *Priorones* ó como ellos dicen.»

Pero lo peor fué cuando oyó al celebrante empezar el *evangelio* diciendo: «*Evangelio segun la version atribuida á San Lucas*.»—¡Atribuida dice, mi amo! Señor cura eso ya pasa de raya: el *evangelio* de San Lucas...—Calla, maldito, le dije yo; tú me estás comprometiendo.»

A este tiempo llegó el *Suizo* ó gendarme de iglesia, y le intimó que si otra volvia á alzar la voz, se veria precisado á hacerle salir del templo. Afortunadamente Tirabeque se habia espresado en español, y no habia conocido el *Suizo* toda la trascendencia de sus palabras, que sinó no se hubiera contentado con un apercebimiento.

Despues del *evangelio* subió *Mr. Bonnet* al pulpito á predicar: mientras á él se encaminaba cantaba el pueblo lo siguiente:

*Va ministre du tout puissant,
du Dieu juste, du Dieu clement,
annoncer la sainte parole,
qui fortifie et qui console!
Que l' Evangelie de Jesus
nous offre le touchant symbole!
En son nom, dans no cœurs emus
répands les germes des vertus.*

«Vé, ministro del Todopoderoso, del Dios justo, del Dios clemente, á anunciar la divina palabra que fortifica y consuela! Que el Evangelio de Jesus nos ofrezca el interesante simbolo! En nombre suyo derrama los gérmenes de las virtudes en nuestros enternecidos corazones.»

El sermón fué leído: su tema era: «DIOS Y LA LIBERTAD.» El discurso se redujo á referir los horrores y mortandades que en todos tiempos se habian cometido bajo la capa de religion católica, entendida como la comprenden la generalidad de los hombres: que la religion católica francesa fundada por el abate Chatel, repudiaba, anatematizaba ese sistema de intolerancia y de rigorismo; que sus armas eran la dulzura y la mansedumbre evangélica, sus medios la persuasion y el convencimiento: que ella admitia en su seno á todos los que diesen culto á Dios é hiciesen bien á la humanidad, cualquiera que en lo demas fuese su creencia: que Dios habia regalado á los pueblos la libertad política y la libertad religiosa: concluyendo con declamar mucho en favor de la libertad. Por supuesto que en la reseña de las persecuciones horrosas por causa de la religion hizo un papel muy principalla inquisicion de España. Tirabeque cada vez que oia nombrar la España, sin entender lo que de ella decia, me indicaba tentaciones de arrojar el libro á la cara del predicador porque estaba convencido que de ella no diria cosa buena, mucho mas cuando despues de nombrada la España, solia añadir: «*quel horreur, mon Dieu!*»—Si no fuera por mi amo y

por el *Suizo*, me decia por lo bajo, yo te daria el *mondiú* y el *hórror*.»

Durante el sermón presenciarnos una escena que nos hizo mucha gracia. La muger, que como es de costumbre en todos los templos franceses, recoge la contribucion de asientos ó sillas, salió á hacer su recaudacion por la iglesia, y con una bolsita en la mano recorria las filas en requisicion de los dos *sous*. Al mismo tiempo el obispo con otra bolsa se ocupaba de ir reco-



giendo limosna para los pobres de la *iglesia católica francesa*. Unas veces iba el obispo delante de la muger, y otras la muger delante del obispo, y en ocasiones se encontraban en una misma fila de asientos, recaudando la una la contribucion ordinaria forzosa y el otro la extraordinaria gratuita. «Señor, me decia Tirabeque: ¿mandará tambien esta ceremonia la religion natural?»

Concluido el sermon, mientras el predicador se restituia á su antiguo asiento, cantaba el pueblo á coro.

*Celebrons la Divinité!
Gloire à l'auguste vérité
qui repand, du haut de la chaire,
sa clarté vive et salutaire!
Qu' en tous lieux, au nom du Seigneur;
elle régne en fin sur la terre;
du fanatisme et de l'erreur
que l' Evangile soit vainqueur....!*

«Celebremos la divinidad. ¡Gloria á la verdad augusta que «derrama desde lo alto de la cátedra su claridad viva y saludable! Que reine en fin en todos los ángulos del mundo el nombre «del Señor, y que el Evangelio salga vencedor del error y del «fanatismo...!»

El *Credo*, el *Ofertorio*, el *Cánon*, todo era en verso, todo cantado, y siento que la naturaleza de unas observaciones de viage no me permitan copiar algunos himnos de particular belleza y singular mérito poético, tanto que no vacilaré en afirmar que los versos del abate Chatel no ceden en dulzura y dignidad á los de Racine.

Concluyó la misa cantando todo el pueblo á coro:

*Jurons, Franzais, jurons, par le fils de Marie,
d' adorer le Seigneur, de servir la patrie,
Ces nobles sentiments, dans tous les cœurs franzais,
soutenus par l' honneur, regneront á jamais.*

«Juremos, franceses, juremos por el hijo de Maria adorar «al Señor y servir á nuestra patria. Estos nobles sentimientos, «sostenidos por el honor, reinarán por siempre en los corazones «de todos los franceses.»

Terminado el sacrificio, se puso en pié el *Obispo primado*, y tomando la palabra anunció á sus fieles que auxiliado de algunos colaboradores habia empezado á publicar un *periódico*, cuyo prospecto y primer número habrian visto ya, con el objeto de propagar las verdaderas doctrinas de la nueva iglesia. Y en una larga arenga les esplicó las bases y condiciones del periódico, y les invitó á suscribirse á él para que de este modo contribuyesen al sostenimiento y propaganda de la nueva religion. Y en efecto, allí mismo se recogieron bastantes suscripciones.—Aprenda vd., señor, aprenda vd. á agenciarse suscripciones. Vaya, el diablo son estos obispos hereges.—Calla, y vámonos, que si te oyen esta palabra, de seguro en lugar de dormir en el hotel, nos llevan derechos á pasar la noche *en el Depósito de la Prefectura de Policia.*

MISA POR NAPOLEON.

Napoleon es el hombre-Dios de la Francia: y aun habrá franceses que no crean en Dios y adoren en Napoleon. «¿Y cómo pensais los españoles de Napoleon? me preguntó en el discurso de una conversacion un francés.—«Prescindiendo, le contesté, de la cuestion española, en la cual me permitireis que no pueda elogiar su conducta, por lo demas los españoles reconocemos que fué un grande hombre, el hombre del siglo, y que tendrá pocos semejantes en ningun tiempo.

—¡Oh, mi querido español! Permitidme la libertad de abrazaros.» Y me estrechó tan apretadamente y con tanto entusiasmo como pudiera estrechar el mas ardiente enamorado al objeto de sus amores.

Napoleon se encuentra en Francia en todos los lugares y bajo todas formas. En calles, en paseos, en caminos, en monumentos públicos, en casas particulares, en edificios del estado, en fondas, en jardines, en soberbios salones, en tabernas humil-

des, en ciudades, en aldeas, en casas de campo, donde quiera que se dirija la vista infaliblemente se ha de ver un Napoleon, ó en estampa, ó en bronce, ó en mármol, ó en yeso, ó en tela, ó en inscripcion, ó en estátua, ó en relieve ó de cualquier modo que sea. Faltaba que se le hubiera dedicado una *misa* y esto lo ha hecho la *Iglesia católica Francesa*.



Napoleon.

He aquí algunas de las oraciones de la *Misa de aniversario por Napoleon*, tal como se encuentra en el misal del abate Chatel.

INTROITO.—Padre de todos los hombres! protector de las naciones! por tu poder, en el último siglo apareció entre nosotros un grande hombre! por tí fué destinado á hacer la felicidad de la Francia! Su vasto genio debia hacerla célebre, y ya de oriente á ocaso se la llamaba la gran nacion! Si la noble tarea del grande hombre no ha podido cumplirse, á lo menos dió la noble

señal de una alta civilizacion, y los pueblos la han comprendido! Gloria te sea dada por tus beneficios!

EPÍSTOLA Á LOS CRISTIANOS.—Hermanos míos, celebremos el aniversario del hombre mas grande que acaso salió jamás de las manos del Criador! Su fama nos parece brillante con aquella gloria humana que dispensa á su voluntad el que es fuente fecunda de toda gloria y de todas las virtudes!... ¡Tolon! ¡Lodi! ¡Arcole! ¡Montebello! ¡Pirámides! ¡Marengo! ¡Ulm! ¡Austerlitz! ¡Eylau! ¡Friedland! ¡Essling! Wagram! Cada una de estas sonoras palabras forman uno de los principales rayos de su esplendente aureola, y reimprime en nuestros corazones franceses el recuerdo de una victoria! Algunos rayos oscurecidos nos ofrecen, es verdad, las voces siniestras de *invasion* y de *Waterlloo* pero apesar de la fúnebre venda que las cubre, Fleurus y Montmirail les reflejan bastante gloria para eclipsar aun la de todos los enemigos que se reunieron para derribar al grande hombre, y emplearon tan vergonzosos medios para undir á este ser prodigioso cuya planta pisó tantas veces sus coronas, que si él no hubiera mandado nunca mas que franceses, hubiera sometido el mundo y asegurado la felicidad de los pueblos (1); idea sublime que acariciaba su grande alma, y que su genio y su brio hubieran realizado, si la afrentosa traicion de los que le eran mas queridos no hubiera venido á poner límites en su inmensa carrera al grande al inmortal Napoleon! Él era hombre: como tal cometió faltas; y estas faltas, hermanos míos, fueron grandes: pero oponámosle su genio, el Código civil, el puerto de Chesbourg, el de Amberes, los caminos milagrosos del monte Cenís, el de Simplon, la Francia, tan grande y tan gloriosa, cuando él la conducía á la victoria; y creamos que si sus grandes acciones y sus faltas han sido pesadas en la balanza inmortal, el alma del gran Napoleon debe gozar en el seno de Dios de la felicidad que recompensa las virtudes en la celeste morada.

(1) Allá vá esa fanfarronada.

A la *epistola* sigue un himno, que por su mérito me parece digno de copiarse.

Napoleon n' est plus; une froide poussiere
est ce qui reste, ¡hélas! á cet illustre nom!
Franzais! ce roi des rois n' est plus qu' un peu de terre!
Donnons un souvenir au grand Napoleon!

A tes mânes, salut, toi qui fis de la France,
quand tu la gouvernas, la grande nation!
Les cœurs de tes hauts faits gardent la souvenance,
et disent: Gloire, honneur au grand Napoleon.

Si tu fus un héros dans les champs de carnage,
ton cœur connut aussi la douce emotion
que cause le bienfait quand il est notre ouvrage!
Tendre et doux souvenir au grand Napoleon!

.....

Trahi, persecuté par un destin barbare,
sur un rocher desert un cruel abandon
a fait briller en toi la grandeur la plus rare!
Honneur, cent fois honneur au gran Napoleon!

Ah! puissions nous bientôt au pied de ta colonne
sur ton urne funèbre inclinant notre front,
répéter en t' offrant une simple couronne,
eternel souvenir au grand Napoleon!

«Napoleon no existe: un polvo frio es lo que queda ¡ay de mí! á su illustre nombre! Franceses! aquel rey de reyes no es ya mas que un poco de tierra! Dedicuemos un recuerdo al gran Napoleon!

«Salud á tus manes! Tú que hiciste á la Francia mientras la gobernaste, la gran nacion! Los corazones guardan la memoria de tus altos hechos, y dicen: «Gloria, honor al gran Napoleon!

«Si fuiste un héroe en los campos de la matanza, tu corazón conoció tambien la dulce emociion que causa el hacer bien.
¡Tierna y dulce memoria al gran Napoleon!

«Vendido, perseguido por un destino bárbaro, en una roca desierta el cruel abandono ha hecho resaltar la grandeza de tu alma. ¡Honor, cien veces honor al gran Napoleon!»

«Ah! Ojalá que pudiéramos pronto al pie de tu columna inclinando nuestra frente sobre tu urna fúnebre, repetir, ofreciéndote una sencilla corona: «eterna memoria al gran Napoleon!»

Por este estilo las demas oraciones. En el himno del *Prefacio* se leen estos hiperbólicos versos:

Dont le plus bel eloge est son auguste nom!

¿Qué dire apres avoir nommé Napoleon?

Así honra la Francia á su grande hombre. Sin embargo Tirabeque decia que por la misa de Napoleon no daría dos rs. y medio, que es el mínimum á que las tomaban en el convento los frailes de misa y olla.

EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

He aquí uno de los documentos históricos que ví con mas interés en París. Hallábame yo Fray Gerundio, en casa de uno de aquellos ricos capitalistas españoles que huyendo los peligros y calamidades de las guerras de América vinieron á principios del siglo con ánimo de establecerse con sus capitales en su pais natal, y á quienes una de las infinitas estupideces del gobierno absoluto cerró casi directamente las puertas de la madre patria, obligándolos á fijarse en pais extranjero, donde han sido y están siendo otros tantos manantiales de prosperidad y otros tantos testimonios de la incomprensible necedad y estólida ingratitud de nuestros gobernantes de aquel tiempo: de aquellos españoles honrados á quienes en mi viage he oido suspirar mil veces ansiando el momento de poder volver á su pa-

tria seguidos de unos capitales pingües que puestos en circulacion darian á este amortiguado pais una reanimacion y una vida que tanto ha menester, pero á quienes detiene en tan santo pensamiento la falta de órden y seguridad, madre de la confianza y fundamento de la riqueza pública; seguridad y confianza, que por nuestro mal cada dia vemos menos probable y mas remota.

Hallábame, digo, en casa de unos de estos ricos hispano-americanos, cuando entró un anciano, cuyo gentil continente, animado semblante y nevados cabellos al tiempo que presentaban cierto aire de magestuosa dignidad, revelaban todavia marcadas huellas de la frescura de su pasada juventud, semejante á aquel otro de quien decia el poeta:

«Y al traves de los rasgos y perfiles
de su vetusto rostro, se leia
la fresca lozanía
que debió embellecerle en sus abriles.»

Era este personage el célebre en los fastos españoles *D. Manuel de Godoy*, PRINCIPE DE LA PAZ. Al descubrimiento de su nombre se agolparon instantáneamente en mi imaginacion todas las reminiscencias que no podia menos de inspirar aquella historia viva de España del primer tercio de este siglo, aquel animado compendio de los memorables sucesos que hicieron cambiar la faz de esta nacion, y que pueden considerarse como el primer hilo de la madeja en que seguidamente nos hemos ido enredando y cuyo último cabo nadie es capaz de prever á donde nos conducirá.

Contemplaba yo con ávida curiosidad aquel documento contemporáneo en su postrera página (documento que no sé si ha sido juzgado hasta ahora con exactitud por la generalidad de los españoles), hasta que nuestro compatriota nos dió á conocer mutuamente el uno al otro, y entonces se entabló un franco coloquio entre el Príncipe de la Paz y Fr. Gerundio, girando al principio la conversacion sobre los *sucesos de octubre* en España,

que en aquella sazón tenían en expectativa á toda Europa, y de cuyo curso se esperaban con ansiedad noticias en Paris. El Príncipe discurría sobre aquellos acaecimientos y sobre la situación de España con la claridad y buena razón de quien ya no había de participar de sus resultados, cualesquiera que fuesen, y lamentaba los males del país lo mismo que si él no le hubiera causado ningunos.

Como entre españoles se tarda poco en adquirir confianza, yo le hablé en seguida de sus *Memorias*, y conocí que no le desagradaba al autor el juicio que yo hacía del mérito de su obra. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al ver que no solo manifestó no serle desconocidas mis *Capilladas*, sino que me citó sonriendo cierto parrafito que muy á los principios de mis tareas periodísticas



había yo puesto, directamente alusivo á él! «Ahora podrá Fr. Gerundio, me dijo, hablar con entero conocimiento acerca de la nariz del Príncipe de la Paz.»

Confieso que me dejó un poco turbado á pesar de la suave sonrisa con que acompañó el picante recuerdo. El párrafo á que aludía decía así (en el tomo 4.º página 102: capillada 7.): «Si la nariz de don Manolito, estó es de S. A. el Principe de la «Paz, hubiera sido roma, ó bien abundosa ó redundante como «la que á su Divina Magestad le plugo colocar en el rostro de «Fr. Gerundio, ó como la del mismo Cárlos IV, ¿quién sabe si «el susodicho don Manuel hubiera privado tan íntimamente con «la reina nuestra señora, la madre del rey nuestro señor don «Fernando VII (Q. D. D. G.)? Puede ser que nó; y en este caso, «que de posible nadie le apea (porque tengo entendido que los «ojos de la señora no se enamoraban de lagañas), ni el valido tu- «ciera como tuvo que envolverse en la estera allá en Aranjuez, «ni quizá hubiera habido abdicacion, ni proclamacion, ni guer- «ra, ni córtés: Dios sabe lo que habria. ¿Y qué habria ahora? «Para adivinarlo estamos. Con que no podemos definir lo que «hay de presente, si es que hay algo, ni quién lo hace, si es que «cada uno no deshace lo que puede, ¡y sabriamos el porvenir «hipotético solo por conjeturas y adivinaciones!»

Figúrese el discreto lector si el parrafito tenia ó no su poquito de *intringulis* para que la cita hecha por boca misma del interesado, y de un interesado á quien veia por primera vez, dejára de colorear un poco las megillas Gerundianas. Sin embargo el partido que me quedaba que tomar no era dudoso, á saber, el de ratificar el aserto con otra sonrisa análoga á la suya, ó lo que se llama echarlo á broma.

Despreocupado y filosófico se mostró á fé mia el hermano *Godoy* en las esplicaciones á que este incidente dió lugar, y puedo decir que tuve una satisfaccion en oírle discurrir sobre su pasada grandeza y sobre su humilde situacion presente. En efecto aquel mónstruo de la fortuna, aquel favorito privilegiado del capricho que habia llegado á ser un monarca sin corona, que habia tenido en su mano todas y mas que todas las preeminencias de la magestad sin el peso y la responsabilidad del cetro, y que despues se ha visto en el caso de coserse por su misma mano los

pantalones en una pobre é ignorada habitacion en la capital de un reino estraño (que á tal grado de pobreza se ha visto reducido en alguna ocasion el que en otro tiempo eclipsó con su lujo el brillo de los reyes de España), habla y se produce, y se conduce y obra como un verdadero filósofo. No solamente manifiesta una conformidad y resignacion admirable, sino que su humor es generalmente festivo, lo mismo ahora que vive de una corta pensoncilla que le dá lo preciso solamente para subsistir, sino cuando se ha encontrado en el estado de estrechez que acabo de indicar. Su trato es dulce y su conversacion revela un entendimiento despejado.

En cuanto á las consecuencias que ha traído á la España su pasada elevacion, su conducta como político y como privado, y los primeros pasos que atrevidamente dió en la carrera de las reformas, quédese esto para el historiador crítico; que si hay en España un Gibbon ó un Montesquieu que escriba sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de nuestra nacion como aquellos lo hicieron sobre el engrandecimiento y caida de los romanos, él será á quien incumba desmenuzarlo y calificarlo.

Animado con la confianza que me inspiraba, me atreví á tomarme con él la liberlad que mas puede probar la amabilidad y despreocupacion de un viejo que es la de preguntarle cuántos años tiene. Pero sin mostrarse sentido de la pregunta me respondió que tenia los setenta y cinco cumplidos. Su semblante sin embargo conserva animacion, su tez es tersa, su color sano, y en cuanto á facultades intelectuales, voto á mi santo hábito que la cita de aquel parrafito demostró que conservaba el órgano de la retentiva en mejor estado del que á mi serenidad en aquella ocasion conviniera. En punto, al físico fisiognómico, sus facciones son bastante pronunciadas, y la nariz acaso calza todavia algunos puntos mas que la de Fr. Gerundio de que mas de una vez he hecho honorífica mencion, y que á su presencia bajó algunos grados de vanidad.

El hermano Godoy, pues, es uno de aquellos pocos ejemplares que la providencia deja vivir setenta y seis años para que

el hombre pensador aprenda á apreciar los caprichos de la fortuna: es una leccion viva de lo que suele dar de sí esta señora y un desengaño auténtico de lo que hay que fiar en este pícaro y percedero mundo.



Godoy.

Viendo al hermano *Godoy*,
dije para mi capilla:
¡«Oh flor de la maravilla!
¡lo que vá de ayer á hoy!

MI RETRATO.

Habianme aconsejado algunos amigos compatriotas que aprovechára la ocasion de hallarme en París para hacerme litogra-

fiar: y aunque yo estaba cansado ya de someter mi gerundiano rostro á ese género de despotismo contra el cual no hay revolucion que se atreva, el de los retratistas, accedí á sufrir la duodécima esclavitud facial, aunque no fuese sino por experimentar en cabeza propia á los artistas franceses. Al efecto tomé consejo de nuestro distinguido pintor don Genaro Villaamil, que se hallaba en París publicando la *España artística y monumental*, obra maestra, y de singularísimo mérito que le ha dado á conocer ventajosamente en la capital de Francia, y de la cual recoge abundante gloria el artista y no poco honor la España. El hermano Villaamil me dirigió á uno de los litógrafos de mas antigua fama y reputacion en París, *Mr. Grevedon* que vive *rue des Martirs* núm. 17.

Ya está Fr. Gerundio en la sala de estudio de *Mr. Grevedon*, dispuesto á no apartarse una línea de las estrechas órdenes de la soberanía artística. Las paredes del salon estaban, como era natural, cubiertas de ejemplares de las obras que á su juicio le hacian mas honor.

«¿Y no habeis retratado acaso, le pregunté, alguno ó algunos españoles?—Ah, sí, me respondió; allí teneis dos, juntos los he puesto: veamos si los conoceis.—En efecto, los conozco, y esto os acredita bastante para mí. Este es el conde de Toreno... esta es la marquesa de Villagarcía.—¡Oh! yo me felicito de que los hayais conocido al primer golpe de vista. Ahora tomáos la molestia de sentaros. Un poquito mas allá.... ahí.... volved un poco el cuerpo á la izquierda; inclinad un tantico la cabeza á la derecha.... esperad.... asi, fijada la vista en *Mr. el conde de Toreno*. Está bien.»

La maldita casualidad de haberme tocado clavar la vista ya en uno ya en otro de los dos únicos retratos españoles de *Mr. Grevedon* tan de hito en hito como se sabe que es menester, influyó lo que ni el artista ni yo pudiéramos imaginar en el mio, y dió ocasion á incidentes curiosos y notables por demas.

La detenida contemplacion de Toreno me suscitaba ideas y memorias, que sin que yo pudiese advertirlo, necesariamente

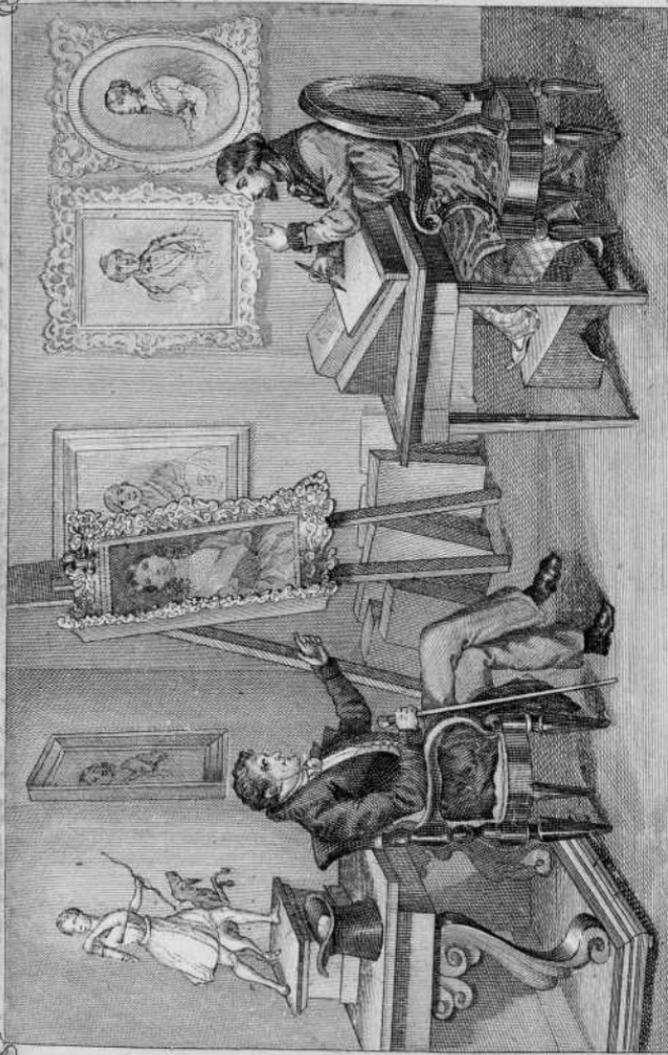
habian de dar á mi fisonomía una actitud y carácter no muy apropiado para favorecerla, pero cuyos trazos se iban retratando en la piedra litográfica. La naturaleza de las impresiones que Toreno me causaba hacía que, sin advertirlo, tambien se fuese inclinándola visual insensiblemente hácia la derecha, y entonces sin duda el semblante adquiria una animacion que trasladada á la piedra no debia armonizar mucho con los rasgos anteriores. Tan luego como el artista lo advertia, «perdonad, me decia, no mireis á Madama la marquesa, mirad á Mr. el conde.

Yo le obedecia y tornábase otra vez hácia Toreno.

Vos podeis hablar, me decia Mr. Grevedon, con tal que no volvais la cabeza.» Y sin duda por obligarme á no alterar la posicion, «¡oh, me dijo; Mr. el conde de Toreno creo que es el gran financiero de España: á lo menos asi me ha sido dicho.—Ciertamente, le respondí, no os han engañado.—Muy bien (continuó) ; Entonces la España seria feliz si Mr. el conde estuviera encargado del ministerio de las *finanzas*. ¿Por que no lo está pues?—Por causas que yo recuerdo en este momento pero que siento no poder esplicaros, porque, como habreis advertido, no poseo bien el idioma francés.—Perdonad, vos le hablais perfectamente (1); yo os comprendo todo lo que me decís. Y Mr. el conde debe ser sugeto muy rico, porque ya sabeis que en París es muy difícil hacerse notar por el lujo, y Mr. el conde llama la atencion en París por el fausto que gasta.... ¡Oh diablo! Vos poneis el semblante muy sério; parece que estais enfadado; procurad estar mas risueño, porque sino el retrato no os hará favor.»

Entonces yo me volví un poquito hácia el de la Villagarcía, y el rostro gerundiano debió recobrar mucha animacion, pues me dijo el artista; «asi, así, estais bien; solo que habeis inclinado un poco la vista á la derecha: torcedla un poquito, y conservad la fisonomía en la misma actitud.—Ah, eso será difícil le respondí.—Sin duda, me dijo sonriéndose, os agrada mas mi-

(1) Esto dicen siempre los franceses, aunque vean estropear lastimosamente el idioma.



3. Zuercher 3.

«¿Jus podéis hablar, me dices Mr. Stevedor, con tal que no volváis la cabeza.»

rar al retrato de madama la marquesa: madama es unabella muger, ¿no es verdad?—Ciertamente.—Pero Mr. el conde sería el ministro que podria sacar á la España de los apuros financieros en que dicen vuestros diarios que está.... ¡Oh diablo! Otra vez habeis arrugado el ceño. Este retrato no vá á mi gusto: cuando entrásteis en mi estudio no erais asi; y cuando volveis un poco la cabeza tampoco sois así.—Pues Mr. Grevedon, si quereis retratarme tal cual soy, hacedme la gracia de colocarme en otro sitio, ó de trasladar á otra parte el retrato del gran financiero.—¡Oh qué bizarreria! Con nadie me ha sucedido cosa tal. ¿Acaso está mal hecho?—Todo al contrario; está muy bien: pero los recuerdos que me suscita de ciertos billetes del tesoro, y de ciertos *agios ó teos*....—Y que es eso de *agios-ó-teos*;—Nada; es una cosa que vos no comprendeis, porque es peculiar de España.—Está bien; le quitaré, pero el caso es que me habeis hecho perder esta piedra.—Eso no importa: poned otra, y se os pagará lo que calculeis que merece el trabajo perdido.»



Toreno.

Quitó Mr. Grevedon el retrato del hermano conde y se dió principio de nuevo al mio. Ya iba bastante adelantada la obra cuando le ocurrió al artista decirme; «vos, Monsieur, me podreis explicar lo que son los *toreadores* de España.»

—«Os lo explicaré de la manera que me sea posible.»

Y me puse á hacerle la esplicacion de lo que son nuestras corridas de toros. Pero como yo no era un maestro en el idioma, y por otra parte las voces técnicas de la tauromaquia no son de las que se pueden aprender á traducir por los libros, me veia y me deseaba para haber de darle una idea siquiera aproximada de lo que es esta fiesta nacional. «¿Me comprendeis? le preguntaba yo.—Oh, sí, todo os lo comprendo. Y despues que juegan con los toros, ¿cómo los matan? ¿á pistola?—Ah, no señor, con espada, y brazo á brazo y cuerpo á cuerpo.»

Esto le parecia increíble, y las demostraciones de admiracion y horripilacion que hacia eran tales que me daba temores de que la exactitud de la obra se resintiese algo de ellas. Pero la sorpresa mia fué cuando despues de tantas esplicaciones, despues de una conversacion tan larga me preguntó con un aire admirable de candidez é ingenuidad; «decidme, Monsieur, ¿y los toros se juegan en los teatros?» A esta pregunta salté de la silla, y aun si me hubiera dejado llevar del genio se la hubiera arrojado á no haber venido á templarme dos reflexiones, la de la sencillez delinterrogante, y la de considerar que otros franceses que tenian mas motivos de conocer la España me habian hecho en otras ocasiones preguntas no menos desatinadas que aquella. —Vos os habeis alterado, me dijo.—No, es que me ha picado una pulga, y los españoles somos muy sensibles á las picadas de estos insectos, ó por mejor decir, tenemos muy malas pulgas.»

Sentado otra vez en la silla de la paciencia, me preguntó Mr. Grevedon que eran las *manolas*. Las *manolas* y los *toreadores* son las dos cosas porque pregunta todo estrangero á cualquier español. No se engañará el lector que suponga que las ideas que Mr. Grevedon tenia de las *manolas* eran poco mas ó menos que las que tenia de los *toreadores*.

«Yo he leído, me dijo, en el *Bosquejo de España* de Mr. el baron Cárlos Dembowi que las *manolas* tienen por signo de buen agüero encontrar un perro negro, y por de agüero funesto hallar un perro blanco ó pinto.—Lo que tienen por de siniestro agüero, le dije, es encontrar un francés.—¡Oh diablo! ¡que decís!—Ciertamente. Por eso no pueden ver á los franceses.—¡Oh! que diablo de *manolas*! Y si es cierto, como cuenta el mismo baron que llevan todas el puñal en la liga ó en la cintura, nõ podrá ningun francés andar por Madrid sin ir muy armado.—Eso por supuesto.—¡Cáspita con madamas las *manolas*!»

Asi me divertia yo con Mr. Grevedon, ya que tan estrambóticas ideas tenia (¡como todos sus paisanos!) de nuestras costumbres.

El retrato se concluyó: y bien fuese por haber dejado el de la distinguida española en que por reemplazo de Toreno tenia que fijar la vista, bien por la influencia de las sensaciones que imprimieran en el rostro gerundiano los agradables recuerdos de las costumbres pátrias, que me sirvieron de entretenimiento durante la operación, lo cierto es que el retrato gerundiano parisien, que á estas fechas andará rodando por las provincias de España, resultó (sea dicho sin modestia) mas favorecido por el lapiz de Mr. Grevedon, que lo fué por la mano del supremo Criador el original. Siendo lo mas triste de todo el no poder enmendar la plana á la providencia en la obra gerundiano-humana que producir le plugo, y en que bien pudiera haberse lucido mas, puesto que lo mismo le costaba, aunque me hubiera costado á mí pagarla doble que la de Mr. Grevedon.

LO MUCHO QUE QUEDA.

Un tomo en folio mayor, no que en octavo prolongado fuera menester para haber de mencionar todas y cada una de las cosas

notables que ofrece París al extranjero observador; y acáécele al viagero que intenta consignar sus apuntes, recuerdos ú observaciones, lo propio que al pecador abandonado (salva sea la comparacion) que pasa una larga serie de años dando larga rienda á los vicios, sin cuidarse de confesar sus culpas, que cuando una vez se arrepiente y se resuelve á confesarlas no puede hacerlo sino en conjunto y por mayor, y siempre es menos lo que confiesa que lo que deja de confesar.

Asi me acontece, á mí Fr. Gerundio, y asi sospecho tiene que acontecer á todo el que quiera reducir á volúmen la abundosa é inagotable materia que suministra aquella inmensa poblacion; que por mucho que diga, siempre es mas lo que le queda por decir; y no pocas veces cuando cree próximo el término de su obra, si hace un pequeño exámen rememorativo, se topa con que se le quedó trasconejado en los senos y rincones de la primera potencia lo de mas bulto y gravedad.

Por tanto, sin perjuicio de anotar á mi regreso por París del viage á Bélgica, Holanda y orillas del Rhin lo que al paso se me acuerde y ocurra; indicaré ligeramente á mis lectores varios de los muchos otros monumentos y curiosidades que todo extranjero vé ó debe ver en París.

EL LOUVRE.

A la orilla del Sena, y contiguo al palacio de *Tullerías*, con el que hay proyecto de unirle por la plaza de *Carroussel*, se encuentra el palacio del *Louvre*, el mas grande palacio, á decir de los franceses, que han edificado jamas los hombres, con su celebrada columnata, y con su estensísima *galeria de pinturas*, la mas larga que diz se conoce en el universo, y no lo estrañaré porque apenas hay vista que la abarque de un extremo á otro, y sería tambien la mas bella del mundo si no fuera tan irregular. Es la que sirve principalmente de *Museo Real*, y de consiguien-

te es una coleccion inmensa de cuadros de los mas célebres pintores de todas las escuelas. En cualquier dia que el extranjero visité la *Galeria de pinturas del Louvre* esté seguro de encontrar una numerosa concurrencia de curiosos espectadores, asi como multitud de artistas copiando cuadros, y el español notará con agradable sorpresa las muchas jóvenes señoritas que hallará siempre manejando el pincel con maestria y aplicacion. En las diferentes ocasiones que yo visité la gran galeria, tuve el gusto de ver siempre á un padre y tres hijas copiando á un tiempo una vírgen de Murillo en otros tantos lienzos de diferente tamaño.

Pero lo mas interesante y curioso que para un español tiene el palacio del *Louvre*, y no sé si diga lo mas disgustoso ó lo mas agradable, porque disgusto y placer se experimenta simultáneamente, es la parte llamada *Museo español* que consiste en cinco salas del segundo piso llenas de cuadros *esclusivamente españoles*, obras de Murillo, de Cano, de Zurbaran, de Velazquez, y de otros distinguidos artistas compatriotas nuestros. Entre ellas las hay de un mérito singular, y las hay tambien que testifican haber echado los señores franceses en España siempre que han podido, la red barredera, arrebañando con todo lo que han encontrado *en proporcion*, bueno con mediano y duro con maduro, siguiendo sin duda la máxima de que en recoger no hay engaño. Si alguno no quiere creer todavia en el *apego* que han mostrado siempre los franceses á las *cosas de España*, vaya al *Louvre*, visite las *cinco salas del Museo español*, y se convencerá: allí están de manifiesto para que nadie alegue ignorancia. Algunos de los que aquello veiamos, nos consolábamos con la idea de que no era malo estuviesen allí las obras de nuestros inmortales artistas para que sirviesen de honrosa muestra á todos los extranjeros de los genios sublimes que la España ha producido en el noble arte de la pintura. Pero Tirabeque no entraba por esta reflexion, y decia que si San Pedro estaba bien en Roma, bien estaba tambien cada cosa en su lugar, y que el lugar de aquellos ricos cuadros era la España, y no otra parte alguna de *extrangis*,

y comentando á su modo aquella máxima del derecho: «*res, ubicumque sit, dumino suo clamat,*» añadía lleno de fuego patrio, «digo y repito que esto es nuestro, y que no veo razon para que esté aquí: no señor, yo lo reclamo á nombre de la España y de la ley de Dios.»



Louvre.

En vano era hacerle cargos de que pudiera muy bien haber sido adquirido por donacion ó por venta, ó por cualquier otro legítimo título; no habia reflexiones para él; en nada de esto creía, y nos hubiera comprometido á no haberle arrancado de allí y conducidole á las *Salas de la Marina* que están en el mismo piso; depósito y coleccion de modelos de toda clase de embarcaciones, de instrumentos náuticos, de arsenales, de puentes, de máquinas, y de todo lo que á la marina pertenece y atañe, y que constituye una de las riquezas del *Louvre*.

Pasamos por las salas de las momias, de los dioses egipcios, de los vasos etruscos, y de los objetos hallados en las ruinas de Herculano y de Pompeya, y descendimos á los salones bajos de

las estatuas, bustos, relieves, altares, baños, candelabros, tumbas, vasos, columnas y demas antigüedades egipcias, griegas y romanas, de que hay una preciosísima y abundantísima coleccion, siendo incalculable la riqueza que en los ramos de pintura y escultura encierra el magnifico palacio del *Louvre*. En él tiene el estrangero donde pasar entretenidamente muchos dias; y cuente con que no le bastarán ni tres, ni cuatro visitas para formar una pequeña idea de las preciosidades que aquel palacio contiene.

Sin embargo, respecto á Museo de pinturas, me ratifiqué en la idea de que nada tiene que envidiar el Museo de Madrid á los más ricos del estrangero, á pesar de todos los saqueos que ha sufrido.

TEMPLOS.

Los mas notables de Paris ademas de la *Magdalena* y el *Panteon*, son los siguientes:

Notre Dame ó la catedral, ó sea la basilica de nuestra Se-



Nuestra Señora de Paris.

ñora; esa *Notre Dame de Paris* de *Victor Hugo*, mas curiosa para leída en las páginas del poeta, que para vista en su material estructura, pues no pasa de una catedral gótica, antigua, magestuosa, imponente y severa en su conjunto, pero en cuyos detalles dudo que no sean mas las irregularidades que las bellezas, y que no sobrepuje la *bizarreria* á la elegancia.

San Sulpicio, con sus dos torres, de desigual altura, en que están colocados los telégrafos, su magestuoso pórtico, sus vastas naves, su historiado púlpito, y sus altares desnudos.

San Roque, con su ocurrencia aristocrático-cristiana, su profusión de adornos, sus decoraciones teatrales, su magnífica y esbelta cátedra y sus cuadros sagrados y profanos. En esta iglesia se confesó Tirabeque, aprovechándose del aviso que vió en un confesonario, en que anunciaba administrarse el sacramento de la penitencia en español.

Nuestra Señora de Loreto, con su abundancia y riqueza de cuadros hechos allí y para allí, y con sus adornos de moda que constituyen como un templo de elegancia ó como una capilla del buen gusto. *Nuestra Señora de Loreto*, por su situacion cerca y en frente del Boulevard y al remate de la concurrida calle *Lafitte*, viene á ser á Paris lo que es á Madrid la iglesia del *Buen Suceso*.

Saint-Germain L'Auxerrois, templo enteramente gótico en un principio, y en el que se ha querido enmaridar en las reparaciones posteriores el género arabesco con las bellezas regulares del estilo griego. El extranjero que visite esta iglesia no debe dejar de fijar la atencion en el altar de madera de la capilla de Nuestra Sra. de la Compasion, obra delicada de filigrana que protesto le admirará. Mucho le dió en que entender á Tirabeque haberse encontrado en esta iglesia con dos patronos: *San German*, patrono 1.º, y *San Vicente Diácono*, patrono 2.º: escala de patronatos nueva para él, como si los templos cristianos (decia) se hubiesen de regir á estilo de los distritos militares de España con su capitán general y su segundo cabo

San Nicolás de los Campos, en cuyo pórtico se ven coloca-

das tiendas de bisutería, de cintería, de fósforos y otros utensilios tan á propósito como estos para adornar la entrada de un templo cristiano. Aviso á los que creen que en las iglesias de Francia todo es religiosa severidad.

El *Val de Gracia*, templo de un hospital militar donde hallamos un sacristan aun mas enciclopédico en su traje que el *Sacristan de San Ignacio* de Madrid, que me dió en el año 39 materia para un artículo en la capillada 124; pues si el de San Ignacio era un tratado de incoherencia, voto á mi padre San Francisco que el de *Val de-Grace* no le iba en zaga, antes le escedia mucho en la desacorde mistura de su vestimenta; y sinó que me digan la armonía que hay en un bonete negro, un mandil blanco de cocina y una chaqueta militar. «Señor, decia Tirabeque, en todas partes cuecen habas, y en Francia á calderadas.»

El viagero es muy dueño de visitar á *Nuestra señora de las Victorias*, *san Eustaquio*, *san Vicente de Paul*, *la Sorbona*, *san Severino*, y todos los demas templos que guste, pero pienso que no hallará en ellos gran novedad; y notará en la arquitectura de los templos modernos franceses mucha elegancia y mucha solidez, pero tambien mucha monotonía; todos son por un mismo estilo.

COLUMNAS.

Algunas pudieran llenarse con la descripcion, no diré de todas las columnas de honor ó de triunfo que hay en París, sino solo de las dos principales y mas suntuosas; á saber, la de la plaza *Vendôme* y la de *Julio*.

Colocada la primera en medio de una plaza octógona, en que desembocan dos de las mas anchas y hermosas calles, la de *Castiglione* y la de la *Paz*, atrae magestuosamente y desde una larga distancia las miradas del estrangero. Es una dozava parte

mas grande que la columna de Trajano en Roma. El objeto de este monumento colosal le explica bien la inscripcion latina que se lee sobre la puerta, y cuyo sentido es:



Columna del grande ejército.

«Napoleon, emperador augusto, consagró á la gloria del grande ejército este monumento hecho de cañones cogidos en la guerra contra el Austria, que fué terminada bajo su mando, en tres meses, el año 1805.»

El molde es de piedra de talla, y está revestido por su parte exterior de láminas de bronce que le ciñen veinte y dos veces en línea espiral, y en las cuales se hallan representadas en bajos relieves todas las batallas y acciones memorables de aquella prodigiosa campaña. Súbese por una escalera interior de 176 peldaños á una galería que rodea su capitel; y constituye el remate de la columna una estatua colosal de Bonaparte, de 10 á 11 pies de altura, vestido con el largo leviton y el sombrero de tres picos que de ordinario usaba el gran capitán.

La columna de Julio en la plaza de la Bastilla fué erigi-

da en honor de las víctimas de la revolucion de Julio de 1830, y en su derredor se ven esculpidos en letras de oro mas de quinientos nombres de otras tantas víctimas de los tres dias. Es bastante mas alta que la columna *Vendôme*, como que su escalera interior, toda de bronce, y por la cual pueden subir dos personas apareadas con toda comodidad, consta de 210 escalones. Para calcular su elevacion bastará decir que sobre su capitel hay un Génio alado en bronce dorado que representa la Libertad, el cual mirado desde abajo parece un juguete con alas, y sin embargo tiene doce pies y cuatro pulgadas de altura.

Este soberbio monumento está hecho de piezas ensartadas á tornillo, y la columna colosal de *Julio* podria trasladarse á cualquier punto que se quisiera; siendo lo mas admirable de todo que por debajo de esta obra de tan enormísimo é incalculable peso corre un canal.

Los franceses han querido sobrepasar en estas dos columnas la magnificencia de los romanos, y lo han conseguido.

PALACIOS.



Luxemburgo.

Ademas de los que van mencionados en el discurso de estos apuntes de viage, merecen ser visitados el de *Luxembourg* ó de la cámara de los Pares, con su museo y sus magníficos jardines; el de las *Bellas Artes*, el de las *Termas*, el de la *Legion de Honor*, el de la *Justicia*, el de la *Bolsa*, el de *Borbon*, y otros varios, cada uno de los cuales ofrece materia vasta para largas observaciones, incompatibles con la ligera reseña que puede encerrar un volúmen.

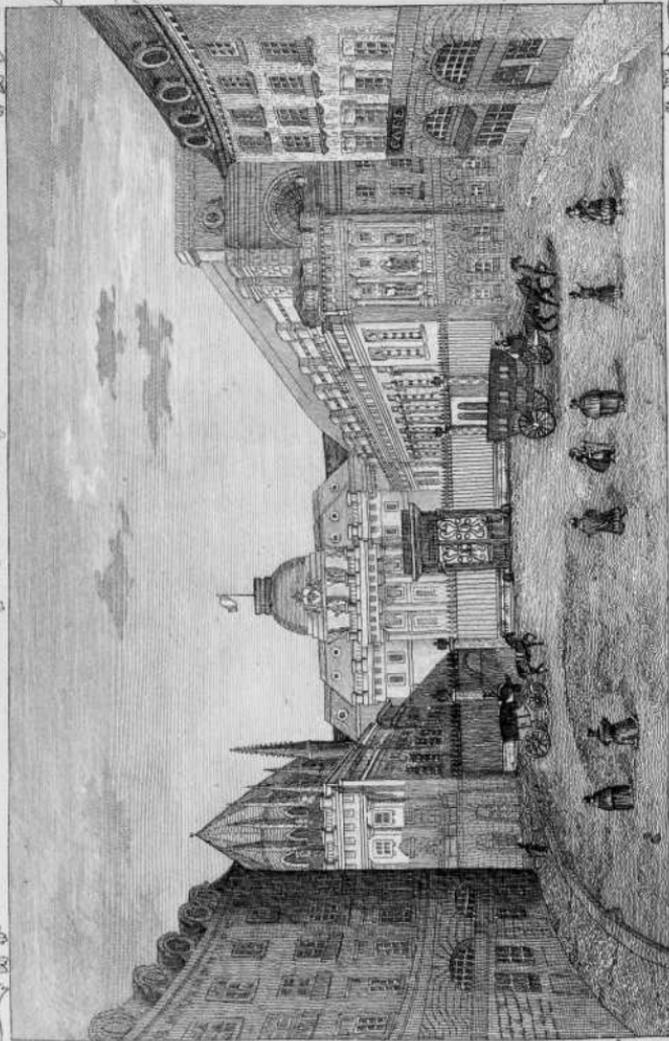
MUSEOS.

Sin contar el de *Louvre*, de que acabo de hacer mérito, y los infinitos museos particulares de que abunda París, aun puede recorrer el extranjero el de *Arteria*, el de *Antigüedades*, el de *Escultura francesa* (en cuyo arte, sea dicho de paso, no me parecen muy aventajados los vecinos); el museo *Naval*, el de *Dibujo*, el de *Historia natural*, y otros diferentes que no recuerdo ahora.

BIBLIOTECAS.

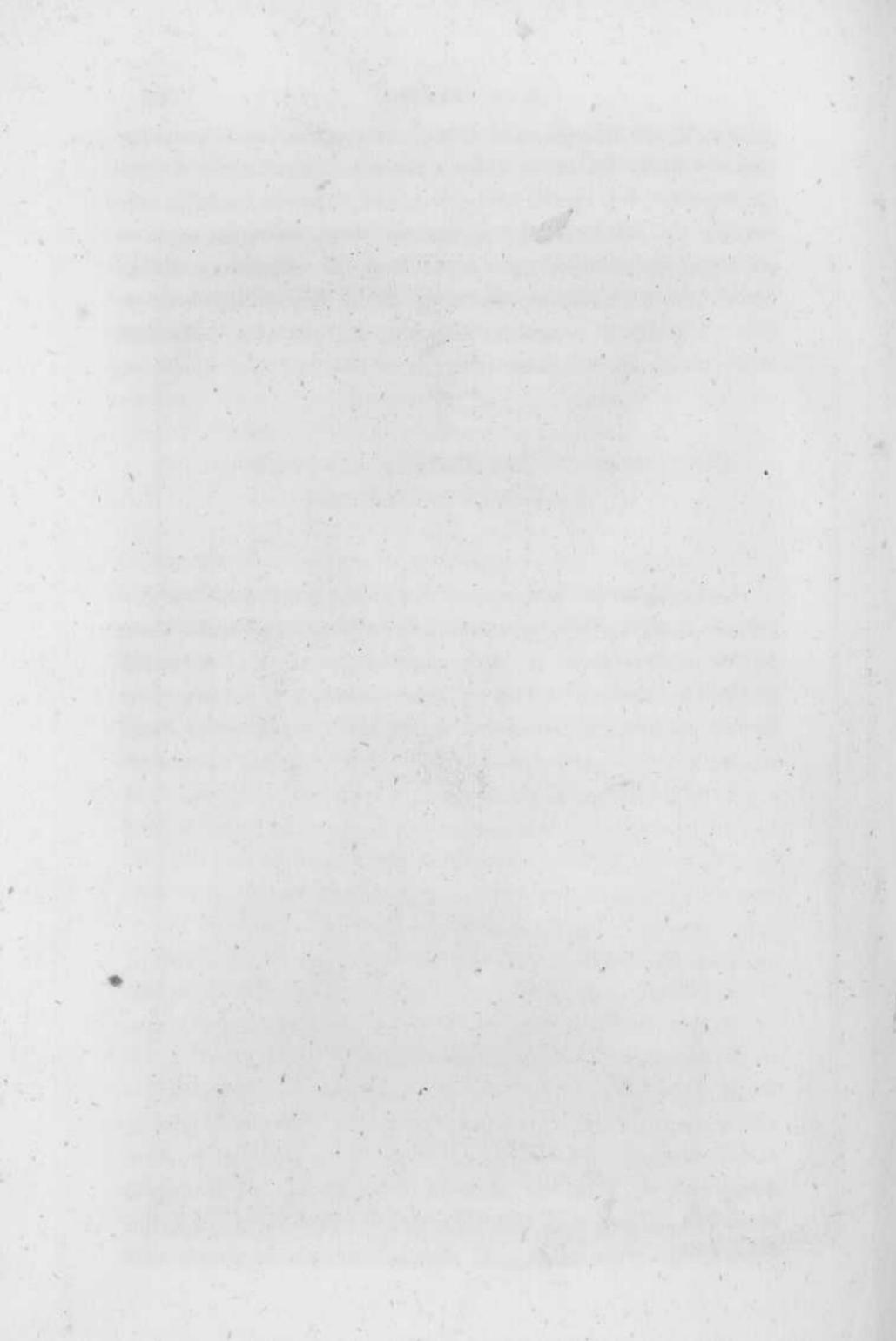
Confieso que desde mi llegada á París habia hecho ánimo resuelto de no dejar biblioteca alguna por visitar; ánimo é intencion que como yo formarán acaso todos los aficionados á las letras y á la bibliografía. Mas aconsejo al que con tan buena resolucion llegue, que si ha de llevarla á cabo procure dar principio por la del *Arsenal*, ó por la del *Hotel de ville*, ó por la de *Mazarino*, ó por la de *Artes y oficios*, ó por cualquiera otra, y recorrerlas todas antes de visitar la *Biblioteca del Rey* de la calle de *Richelieu*; porque si principia por aquel gran depósito del saber humano, si vé antes aquel inmenso al-

P. A. PARIS



J. G. Goussier, del. M. G. F. Goussier, sculp.

Palacio de Justicia



macen de las producciones científicas y literarias de los hombres de todos los siglos y de todas las comarcas de la tierra, aquellos *ochocientos mil* volúmenes impresos, aquellos *setenta y dos mil* manuscritos, aquellos *cinco mil* tomos de grabados, y aquella colección monstruosa de monedas y medallas de todas las edades, se encontrará desanimado y desfallecido para ver ya toda otra biblioteca que no sea la *Biblioteca Real* como á mí me aconteció.

ACADEMIAS Y SOCIEDADES LITERARIAS DE BENEFICENCIA Y

Larga tarea se impusiera á fé mia el aficionado á este género de estudios, si quisiera revistar en poco tiempo, si á costa de una corta estancia en París pretendiera sacar el provecho que pueden darle el estudio y conocimientos de tantas academias y sociedades científicas, literarias y filantrópicas como le ofrece aquella populosa capital. Consulte, pues, el viagero con sus inclinaciones, ó con los deberes de su profesion, ó con las conveniencias de su posicion social, y en la imposibilidad de estudiarlas todas, á no sentar por mucho tiempo los reales en París, bueno es que lleve meditado las que entre esta larga nómina le pueda convenir escoger.

Sociedad *Biblica*, sociedad *Asiática*, id. de *Anticuarios*, id. de los *Hijos de Apolo*, id. Académica de *Escritura*, id. de *Amigos de las Artes*, id. *Católica de los buenos libros*, id. de *Agricultura*, id. de *Horticultura*, id. de *Geografía*, id. de la *Caridad maternal*, id. de la *Moral cristiana*, id. de *Fomento de la industria nacional*, id. de *Medicina de París*, id. de *Medicina práctica*, id. *Médico filantrópica*, id. de *Farmacia*, id. de *Socorros mútuos entre obreros*, id. de *buenos libros*, id. *Gramatical*, id. *Helvética de beneficencia*, id. *Filantrópica*, id. *Filomática*, id. *Politécnica*, id. de *Instrucción*

elemental, id. de *Mejoramiento de cárceles*, id. de *Establecimiento de salas de asilo para la infancia*, id. de *Alivio y socorro de presos*.

Academia francesa, id. real de *Bellas artes*, id. de las *Inscripciones*, id. de *Medicina*, id. de *Lenguas*, id. de *Música*, id. de *Ciencias*, id. *Universitaria de Paris*, etc. etc., amen de los infinitos colegios, escuelas, institutos, gimnasios y ateneos donde podrá pasar ratos de mucho deleite y de mucho aprovechamiento el que aprovechamiento y deleite á su espíritu quisiese dar.

ACADEMIAS Y SOCIEDADES LITERARIAS DE

Y MUCHAS OTRAS COSAS.

De estas las hay que generalmente todo extranjero, por poco curioso que sea las vé. Tal es el *Jardin de plantas*, con sus estensísimos gabinetes de Mineralogía y de Historia natural, con sus parques, sus jardines, sus montañas, sus estufas, con su muchedumbre de casas y jaulas de fieras y animaluchos, y cuadrúpedos, y aves y reptiles de todas castas, y con su galería



Jardin de plantas.

circular enrejada de alambre, dentro de la cual juguetean, y suben, y bajan, y triscan y retozan mas de 200 monos, que sirven de continuo recreamiento y solaz á una muchedumbre de espectadores bobalicones, género que por lo que he observado abunda por todos los países del mundo, y cuyo número aumentó Tirabeque mas de cuatro dias.

Las hay tambien que no las visitan todos, sin embargo que todos las debieran visitar, tales como la *Fábrica de tapices de los Gobelinos* y la de *Porcelana de Sevres*; lo mejor y mas admirable que en su respectiva línea se conoce acaso en el universo, y cuyos artefactos no sé si asombran mas cuando se los vé hechos ó cuando se los vé elaborar.

Tampoco visitan todos, y todos debieran visitar la *Institucion de jóvenes ciegos*, donde se vé el grado de instruccion que puede llegar á darse y que se dá en efecto á los infelices que nacen privados del sentido de la vista, y donde seria de desear que hubiera un conserge mas amable, y que no hiciera al pobre estrangero dar tantos paseos y repetir el viage tantas veces para lograr ver el colegio. Y si alguno visitase tambien, como debe visitar, el *Hospital de ciegos adultos*, llamado de *Quinze-Vingts*, que sirve de asilo á 300 ciegos que ejecutan obras sumamente curiosas, guárdase de que le introduzcan en la habitacion de *Mr. Galliod*, porque con su calendario perpétuo de propia invencion, con su sistema de conocer los dias por los dedos, sus obras impresas, su caja para operaciones matemáticas, sus crucecitas de piezas intrincadas, y su charla interminable y sempiterna, le hará pasar allí *velis-nolis* las horas muertas, y se le marchará el dia en la celda del hermano *Galliod* sin poder ver las obras de manos de los demas ciegos.

Lo que los ciegos ni Fr. Gerundio ven, ni logra ver ya nadie en París son las famosas

circular enrejada de alambres, dentro de la cual juegan los
 subterfugios y bajan y toman mas de 300 millones, que
 sirven de continuo teatro a una multitud de
CATACUMBAS.
 espectadores de palcos, como que por lo que se observa
 abunda por todos los paises del mundo, y cuyo número inmen-

Las *catacumbas* son unos vastos subterráneos que sirven de fúnebre depósito á mas de siete millones de cadáveres cuyos huesos se hallan ordenados en tal disposicion, que con ellos se han formado puertas, arcos, paredes, calles enteras que corresponden debajo de tierra á otras tantas calles de la poblacion. El cuartel del Observatorio, el Panteon, el Luxemburgo, las calles de San Sulpicio, Santiago, de La Harpe, del Infierno, de Tournon, y otras muchas están fundadas sobre aquellos abismos subterráneos, que están á 90 pies de profundidad de la superficie del suelo. Tres órdenes de calaveras forman como la cornisa de aquellas murallas de huesos, que constituyen largas galerías, llenas de inscripciones fúnebres, de altares, de cruces coloca-

das en el interior de las bóvedas, y repartidas en tantas partes como las galerías. Y si alguno quisiera saber más de esto, puede consultar el libro de M. de Quatrefort, llamado de Quatrefort.



das de trecho en trecho. La sala llamada del *Memento*, la fuente de la Samaritana, todo es allí misterioso y lúgubre. ¿Quién entrará en aquel imperio de la muerte sin experimentar un sudor frío, sin que su espíritu se abata y anonade á la contemplacion de aquella ciudad subterránea edificada con los despojos de treinta ó cuarenta generaciones? ¡Pensamiento asombroso y raro, y obra pasmosa y terrible de que pienso no haya ejemplar en el mundo, la de haber construido una poblacion de huesos debajo de otra poblacion de vivos!

En el dia no se concede á nadie absolutamente permiso para visitar las *Catacumbas*, sin duda por las muchas desgracias que á los curiosos han ocasionado las impresiones fuertes que no pueden menos de experimentarse en aquella mansion de terror.

POSTAS, CORREOS, CORRESPONDENCIA PÚBLICA.

El servicio de la correspondencia pública en un pueblo de la estension de París necesitaba una organizacion ingeniosa y estudiada para que pudiese hacerse con rapidez, regularidad y concierto, y esta organizacion ha sabido dársela el gobierno francés con admirable comodidad de naturales y extranjeros.

Ademas de la Direccion general, ó Gran Posta ó *Poste restante*, sita en la calle de *Juan Jacobo Rousseau*, hay en París otras doce *Petites Postes*, que son otras tantas administraciones generales distribuidas en otros tantos barrios, en las cuales se recibe y franquea para Francia y el estrangero, ni mas menos que en la *Grande Poste* ó direccion general. Para la correspondencia dentro del casco de la poblacion y comarcas vecinas hay establecidas 225 estafetas, de donde se recoge y reparte á diferentes horas del dia, por cuyo medio se logra la mas rápida, fácil y activa comunicacion entre los mas apartados barrios ó cuarteles de París.

Los carteros (factores) concurren á determinadas horas y en elegantes carruages al gran patio de la Direccion general á recoger las correspondencias para la competente distribucion; vuelven á salir en sus coches y cada uno se va quedando en el barrio, cuartel ó distrito que está á su cargo.

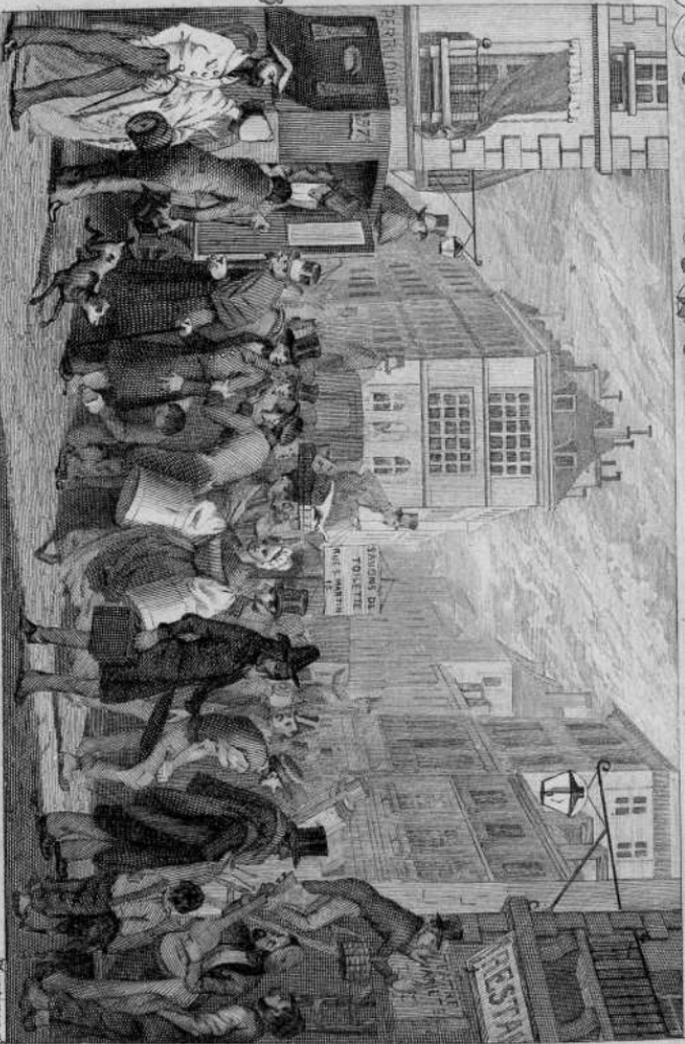
Las oficinas de franqueo están abiertas diariamente desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, y hasta las dos los dias festivos. A las seis parten todos los dias de la direccion general las *Malles Postes* ó coches del correo para todos los puntos de Francia, y es una de las cosas más curiosas de Paris el ver salir del patio de correos á una misma hora tantisimos coches con la correspondencia para todos los puntos del globo llamando cada conductor á sus viajeros, y rompiendo la marcha con su toque de trompeta, que semeja aquello un pequeño juicio final.

El gasto de correo es uno de los renglones no despreciables con que tiene que contar el español en París. Cinco rs. poco mas ó menos cuesta cada carta sencilla que se dirige, y otro tanto cada una que se recibe de España. Un solo medio pliego que se añade hace subir el precio considerablemente.

Y dije «con que tenia que contar el *español*», porque los belgas por ejemplo y los holandeses no tienen que franquear, en virtud de tratados ó convenios mútuos entre sus respectivos gobiernos; y bien podia el de España agenciar á su imitacion igual convenio, porque asi es de justicia, tanto mas cuanto en la tarifa que rige salimos perjudicados los españoles y gananciosos los franceses, como por fortuna nuestra nos sucede en todas las cosas menos en esto.

CARACTER Y COSTUMBRES DE LOS FRANCESES.

Reconozco que para penetrar y conocer á fondo la índole de un pueblo no basta una residencia de corto tiempo en él, por



Unifone 2^a

Martinez y

“Sus francesas como los hombres de todos los países tienen cualidades buenas y malas”

mas que se procure estudiarle con esmero. No obstante, los pueblos como los hombres tienen su fisonomía mas ó menos marcada, en la cual si bien no es posible sondear al primer golpe de vista la naturaleza y cualidades al pormenor del espíritu que la anima, se descubren sin embargo ciertos rasgos característicos que bastan á distinguirla de todas las demas.

Voy á ver si acierto á juzgar con imparcialidad, sin espíritu de prevención, sin hostilidad, ni apasionamiento, el genio y carácter del pueblo francés, tal como mi limitada penetración y las escasas relaciones de un viajante extranjero le hicieron aparecer á mis ojos.

Los franceses como los hombres de todos los países tienen cualidades buenas y malas, y tiénelas tambien que parece envolver contradicción entre sí mismas; sus *vice-versas*, por usar de la espresion con que he solido calificar las anomalías que tan frecuentemente se observan en nuestra España.

Por de contado la cualidad radical de los franceses de este siglo, la que descuella entre todas, la que sirve de móvil á todas sus operaciones y les imprime su sello, es un individualismo eminente, un egoismo refinado, pero egoismo cuyo norte fijo son los goces positivos de la vida, y cuyos medios por consecuencia son los intereses materiales, el dinero, los francos. A los francos sacrifica un francés su reposo, su orgullo y sus afecciones. Estos tres efectos del positivismo, que procuraré ir demostrando, y que parece no pueden conducir á nada bueno, son sin embargo principio y origen de no pocas acciones recomendables, que algunas veces me han hecho dudar, á mi Fr. Gerundio, de la verdad de aquel axioma *non potest mala causa bonos effectus producere*; no puede una mala causa producir buenos efectos.» Y si no hubiera sido un autor inspirado é infalible el que dijo que, el árbol malo no puede dar frutos buenos, me haria tambien dudar del aserto el resultado que produce en los franceses el principio del interés.

He dicho que un francés sacrifica *su reposo* á los francos,

al deseo adquirir, y así es la verdad. Pero esto mismo los hace laboriosos y aplicados, esto mismo los hace ingeniosos é inventores, esto mismo promueve entre ellos la emulacion y la rivalidad, manantiales de la riqueza y del progreso y adelantos de la industria y de las artes; porque el que mas asidua y cuidadosamente trabaja, el que mejor elabora sus artículos, el que inventa cosas mas útiles, aquel gana mas francos, aquel recibe mas premio. Para lo cual cuentan tambien, y no es poco contar, con la solicitud de un gobierno (y en esto quisiera yo que paráran mientes los gobernantes de nuestra España) que no deja por premiar invento alguno artístico de que puedan reportar los hombres provecho ó comodidad. Desde el que inventa una nueva y complicada máquina de fabricacion que causa una revolucion completa en la mecánica, hasta el que descubre un método mas sencillo ó mas económico de espantar las moscas ó de esterminar las pulgas, puede estar seguro de ser premiado por el gobierno con un *brevet d'invention*. El que encuentre el medio de aplicar la presion atmosférica á la locomocion, como el que invente una nueva forma de fósforos ó de pajuelas; el que halle el secreto de dar direccion á los globos aereostáticos, como el que descubra mejor unto ó betun de botas, todos obtienen su respectiva cédula de premio, su competente privilegio de invencion.

De aquí la multitud de rótulos en los establecimientos artísticos é industriales de Francia: *Brevet d'invention: Breveté du Roi.*» De aquí la aplicacion y laboriosidad de los franceses, hijas del egoismo y del interés por un lado, y de la sabiduría del gobierno por otro, que sabe sacar partido de este egoismo y de este interés. Efecto bueno que nace de una causa buena y de otra mala, asi como de semejantes y opuestas causas, loable la una y vituperable la otra, nace la fatal apatía y el consiguiente atraso de nuestra industria, á saber; del escesivo desprendimiento y generosidad española que contrasta admirablemente con el egoismo francés, y de una vergonzosa desatencion á la aplicacion y al invento de los artistas

por parte del gobierno de acá, que choca maravillosamente con el sistema de gobierno de allá.

¿Por qué las mugeres en Francia se sujetan dia y noche al potro de un mostrador, ó se desojan y se desdedan ante un bastidor á fuerza de bordar ó de coser, ó se hacen esclavas de un libro de contabilidad, y se afanan, y sudan, y reman, y ejercen y hacen toda clase de oficios y menesteres sin reparar en que sean masculinos, ó femeninos, ó neutros? Por adquirirse una posicion independiente, me contestará un francés. Por ganar francos, diré yó, y ambos diremos bien, porque aquella independenciam servil á que antes se sujetan por adquirir francos conduce á la independenciam que los francos les proporcionan despues.

Sin embargo, estos dos efectos del egoismo producen dos bienes á la sociedad, el de hacer útil y productivo el belló sexo, que en otras partes no es mas que consumidor; y el evitar con la ocupacion continúa los vicios y desmanes á que conduce la ociosidad. En España el trabajar es virtud, en Francia es egoismo, es una cucaña. Pero está visto que el egoismo tiene mas fuerza para hacer trabajar que la virtud.

Orgullo. Los franceses no tiene orgullo: esto es muy bueno. Pero es por que le sacrifican al interés; esto ya muda de especie. Cuando Tirabeque y yo vimos por primera vez en una de las calles principales de París á un hombre que vestía levita y á una muger que gastaba papalina, uncidos á guisa de un par de mulas tirando de una carreta que llevaba algunos cubetos de vinos, nos santiguamos á un tiempo en señal de admiracion. Y no menos nos admiraba el observar que nadié les hacia caso ni fijaba mientes en ellos. Pero no tardamos en conocer la causa de esta indiferencia, ni tardamos en tenerla nosotros mismos, puesto que era una cosa diaria y corriente en París.

«Señor, me dijo en aquella ocasion Tirabeque, de buena gana le sacudia un bofeton de buena mano á ese hombre, para que otra vez no hiciera un oficio tan bajo como ese.—Oh! le contestó un francés despreocupado que nos acompañaba, él se



le dejaría dar muy gustoso.—¿Qué es lo que vd. dice? ¿Se burla vd?—De ninguna manera. Vos tendríais que darle 25 francos en indemnización, y él se dejaría pegar con mucho gusto á fin de ganarse los 25 francos á tan poca costa.—Pues mire vd.; en España 25 pesetas y aun 25 onzas darían algunos.... —¿Por recibir un bofetón?—No señor, por darle.»

El oficio bajo para los franceses es el que no produce francos. Y este principio es muy provechoso para los extranjeros, porque á él se debe encontrar en todas partes quien sirva con tanta obsequiosidad, amabilidad y esmero, que no hay con que compararlo. Se estudian los gustos, se quiere adivinar los pensamientos, se previenen las necesidades, se escitan los antojos, se disputa cómo satisfacer los caprichos, y se cuestiona la primacía entre los aspirantes al alto honor de servir al extranjero. En los hoteles se pelean entre sí los *garzones* sobre quien ha de ser el primero en tomar la maleta y ofrecer sus servicios al huésped. En los *restaurants*, cada *garzon* convida á sentarse en alguna de las mesas del distrito de su cargo, y recibe un placer inexplicable con la aceptación, y se desvive y esmera con la esperanza de los cuatro *sous* de gratificación.

Se va á subir á un coche, y jamas deja de aparecerse como por ensalmo un ciudadano para abrir la portezuela y preparar el estribo: dos *sous* le vale la operacion. Donde quiera que se ofrezca apearse, no bien ha parado el coche, una mano invisible parece que ha venido pegada al pestillo de la puerta; ábrese, y se aparece otro ciudadano dispuesto á servir de sosten al que se va á apear, otros dos *sous* cuesta la obsequiosa fineza.

¿Se vuelve de una espedicion? Al salir del carruage se encontrará de seguro á tres ó cuatro satélites con sus cepillos en la mano dispuestos á limpiar al viagero el polvo que cogió en el camino. Y no se me olvidará un dia que volviendo por el *Boulevard Poissoniere* cansado de dar un paseo á pie, me ví sorprendido por un atento ciudadano que dirigiéndoseme con una silla en la mano: « Monsieur, me dijo, vos parece que venís fatigado, y os será muy conveniente descansar: tened si gustais. » Acepté el generoso ofrecimiento, me senté un rato, al cabo del cual me levanté, le alargué cuatro *sous*,



y creí que se deshacía el hombre en cumplidos y demostraciones de agradecimiento.»

No hay que buscar en Francia este tipo de pobres soberbios, y de entonados tontos tan frecuentes en España, que se dejarán morir en un rincón tránsidos de hambre antes que ejercer una ocupacion que desdiga de la noble alcurnia de que descienden ó de la primera educacion que recibieron. Aquí la preocupacion es ya una risible necesidad que cuesta muy cara: allí la despreocupacion lleva ya hasta la bajeza ridícula, que cuesta muy barata.

La falta de orgullo en los franceses nacida de la sobra de la aficion á los francos, engendra no obstante en ellos una cualidad que á fuerza de hábito ha llegado á ser una virtud, á saber, la amabilidad. En los comercios, en los hoteles, en toda clase de establecimientos se experimenta una amabilidad seductora, que resalta mas, como es tambien mas propia, en el bello sexo. Ni una mala respuesta, ni una contestacion áspera, ni una demostracion de enojo ó de molestia, por mas que ó se les importune en el ragatéo, ó se pasen algo los límites de la fina y decorosa galantería, ó se corresponda mal á la dulzura con que hacen sus ofrecimientos.

Concederé de buen grado que ésta amabilidad sea dulce guerra que se hace á los bolsillos. Tanto es no obstante el influjo que en el corazón del hombre ejerce la mimosa y bien manejada zalameria: que rinde gustoso las armas al blando é ingenioso ataque, y entrega sin replicar los pertrechos de la fortaleza numismática. En España se pide gruñendo y se paga rabiando: en Francia se sonsaca halagando y se contribuye sonriendo. Aquí le pedirán á uno el justo precio y se resiente del modo; allí le desplumarán á uno, y se ve obligado á dar las gracias por la manera.

Pero no es solo en la clase mercante donde se encuentra esta amabilidad; ella ha llegado á hacerse parte de la general educacion, y se nota en todo el trato social. Y una de las cosas en que el extranjero advierte y agradece mas esta agradable finura es en la prudente tolerancia con que los franceses sufren que se maltrate su idioma. No hay que temer que un

francés se ría ó burla por mas solecismos que cometa, por mas disparates que diga el que no conoce la lengua. Al contrario, ellos ayudan siempre al extranjero novicio, procuran facilitarle la esplicacion, y adivinándole muchas veces el pensamiento, en lo cual tienen una práctica y una penetracion esquisita, se complacen en sacarle de mil embarazos.

La misma recomendable afabilidad se nota cada y cuando el extranjero necesita ser guiado en todo lo que ignora ó no conoce. ¿Se preguntan las señas de una calle ó de una casa? La *dame au comptoir* desciende de su alto solio, y el artesano suspende los trabajos de su taller para salir á informar al extranjero tan minuciosamente como informarle pueden. Y á mas le dan muchas veces las gracias por haberles preguntado, porque los franceses dan las gracias por todo, así como por todo piden perdon, y á todo acompañan el consabido «*s' il vous plait*, si vd. gusta.» De manera que el *merci*, el *s' il vous plait*, y el *pardon* son las tres palabras que *semper et pro semper* se oyen en boca de todo francés: sin ellas no acertarian á hablar. Tirabeque habia entrado tan de lleno en la fórmula, que muchas veces cuando alguno le decia: «vos sois extranjero,» respondia él «*oui, monsieur: s' il vous plait.*—Italiano acaso?—*Pardon, Monsieur, spagnol s' il vous plait.*—Ha, yo habia creido que seriais Italiano.—*Merci bien, Monsieur.*»

En las puertas de las oficinas: de los escritorios etc., se ve por lo comun escritas en letras de bronce estas palabras: «FERMEZ LA PORTE. S. V. P.» las iniciales significan «*s' il vous plait*» cierre vd. la puerta si vd. gusta.» Los conductores de postas ó diligencias, que son los hombres mas despóticos que se conocen, avisan de esta manera á los viajeros: *allons, Messieurs, en voiture, s' il vous plait*: vamos, señores, al coche, si vds. gustan.» Este *si vds. gustan*» equivale á decir, «y sinó se quedarán vds. ahí, porque yo no tengo consideraciones con nadie y por nadie espero.»

En cuanto al «*pardon*» ya puede un francés molestar, empujar, magullar un pie ó romper las narices á otro; que con de-

«*pardon, Monsieur*» no necesita mas salvaguardia para ser absuelto de culpa y pena. Pero lo notable y particular es que no solo pide perdon la parte activa ó ofendente, sino que el magullado, pisado ó contundido pide tambien perdon á su vez, y el contratiempo que á un español haría prorrumpir en una letania de interjecciones al uso del pais, y produciria acaso una colision de graves consecuencias entre ofendente y ofendido, entre dos franceses no tiene mas resultado que pedirse mútuamente perdon, y aqui tuvo fin la escena.

Recuerdo que hallándome en el teatro de la Academia real de música, venia un francés saltando de asiento en asiento (¡costumbre infame teatral!) y al llegar cerca de mí resbaló, cayó, y se rompió un brazo. «*Pardon, Monsieur,*» me dijo, en medio del



dolor que es de suponer y del divertido humor de que le pondría la catástrofe. Confieso que no pude remediar el que se

me soltára la risa; y Tirabeque que junto á mí estaba me dijo: «Señor, ¿con que se ha estropeado un brazo y le pide á vd. perdon? Pues á vd. ¿en qué le ha ofendido?—Sin duda en que me ha tocado con el sombrero.

Es hasta donde pueden llevar los franceses la amabilidad y falta de orgullo.

Afecciones. Dije que los franceses de este siglo sacrificaban sus afecciones al egoismo ó interés individual. En efecto, no sé si me equivocaré, ni si será aventurado el decir que de cien matrimonios que se concierten, en dos de ellos entrará para algo el amor, y los noventa y ocho se harán á guisa de especulacion mercantil. Con lo cual está muy en consonancia y armonía ser el matrimonio en Francia un contrato civil que se sanciona ante el *Maire* ó alcalde; requisito que basta para su validez, y despues se solemniza ó eleva á sacramento eclesiástico con la bendicion sacerdotal, que se recibe ó no *ad libitum* de los contrayentes.

Hasta que punto se observe allí la comunidad de bienes que establece entre dos cónyuges el santo matrimonio, pruébalo la conservacion del *mío* y el *tuyo*, entre marido y muger. Bien que no es maravilla que esto suceda, cuando entre padres é hijos desde que estos nacen, se lleva una escrupulosa cuenta y razon, como pudiera llevarse entre sócios de una empresa en comandita, ó entre el principal y dependientes de una casa de comercio; y las asistencias filiales, bien alimenticias, bien con destino á la educacion ó carrera que les den, figuran y van aumentando las partidas de haber en el libro del padre-administrador para cuando llegue el caso de hacer los dividendos ó la distribucion del peculio. Juzgue el piadoso moralista si el sistema es á propósito para intimar y consolidar las afecciones paternales, filiales y conyugales.

No me parece tampoco lo mas conforme y lo mas compatible con la unidad de almas que entre dos esposos requirió el divino fundador del matrimonio, cuando dijo: «*et adhærebit uxori suæ et erunt duo in carne una,*» la etiqueta con que de or-

dinario se tratan en Francia marido y muger, de que es harta prueba la ceremoniosa nomenclatura de «*Madame*» que para dirigirse ó llamar á su muger usan no pocos casados. Singular antítesis y reparable contraste con el *sansfazon* y con el *à la buena de Dios* con que en este nuestro pais suelen tratarse mucho cónyuges desde el punto y hora que se dan posesion mútua del matrimonio; que llega á ser tanta la confianza y la lisura y la franqueza que entre ellos se establece, que se creen dispensados de toda recíproca consideracion; lo cual pienso que tampoco entró en las intenciones del que mandó la union del varon y la hembra, ni lo tengo por el medio mas á propósito para el mantenimiento de las ilusiones y del *suum unicuique jus*, pudiéndose pecar en esto como en todo, tanto por carta de menos como por carta de mas.

Que en los matrimonios franceses éntre de ordinario para poco el amor, encuéntrolo, yo Fr. Gerundio, muy natural y muy en armonía con sus otras costumbres y modos de vivir adoptados. En primer lugar, por el principio indicado del géneral apego á la *numerata pecunia*, palanca y móvil del edificio social francés. En segundo lugar, por las menos ocasiones y menor facilidad que dá á los jóvenes la falta de confianza y franqueza en el trato para entablar y proseguir las negociaciones amorosas, puesto que si el trato es el que engendra el cariño, mal puede nacer y desarrollarse y crecer este cariño en un jóven que desde luego encuentra obstáculos y dificultades para penetrar en el *sancta sanctorum* de la familia donde hay otra jóven; y que si lo consigue, acaso á las dos ó tres visitas es requerido de tomar una resolucion definitiva; ó lo que es lo mismo en la gramática vulgar, de errar ó dejar el banco, lo que equivale tambien á intimarle un *elijan*, entre llevarse la niña ó dejar la casa.

En tercer lugar, porque á ello contribuye, y no poco, la facilidad que los francos dan á todo francés de poder vivir matrimonialmente *vel quasi*, asociándose temporal é indefinidamente *quoad torum et habitationem*, sin la traba de la indis-

lubilidad, á una de esas mugeres que ellos llaman *femmes entretenues*, mugeres entretenidas; tipo que si bien por desgracia no es desconocido en otros paises, pero no tiene el carácter de consentimiento legal que tiene allí, y que como decia Tirabeque; lleve el diablo semejantes entretenimientos.

En cuarto lugar, por el sistema sabido de establecimientos públicos con que los franceses han querido, dicen, moralizar el vicio, y cuyo efecto inmediato es tambien alejar las ocasiones del trato íntimo y familiar, que si bien á veces conduce á escollos y resbaladeros peligrosos, es muchas mas, conducido con prudencia, el origen de un cariño decoroso y de un amor honesto, que unido al conocimiento que proporciona de las buenas cualidades de una persona, debiera ser siempre el fundamento de todo enlace matrimonial. Pero esta es consideracion que no pesa nada en un pais donde los matrimonios los hacen..... los francos con que cuenta cada uno.

Paréceme que queda probado que los franceses sacrifican su reposo, su orgullo y sus afecciones al principio del positivismo material, al egoismo del individuo, á los francos. Contentárame yo ahora con poder decir: «*non taliter contingit in nostra natione*: no sucede asi en nuestra España.» Pero precisamente los españoles tenemos tal tino para la imitacion, tal acierto para la aclimatacion de las costumbres exóticas, que regularmente nós traemos lo malo y dejamos lo bueno; y el sistema del positivismo se va inoculando tan prodigiosamente en el pais de la generosidad y del desprendimiento, que si Dios permite (y por los síntomas parece ser esa su intencion) que sigamos asi otro poco, no tardaremos en nivelarnos con nuestros vecinos, ó en escederlos quizá, porque nosotros puestos á progresar avanzamos que es una maravilla. No hemos adoptado el sistema de premiar de su gobierno, no hemos tomado su laboriosidad, pero nos vamos apropiando su egoismo; y si perdemos la bella cordialidad, la hermosa franqueza, la inapreciable cualidad de amigos entrañables y de generosos hasta en la enemistad, que hace de la España el pueblo del corazon y de los nobles afectos,

y cuya sola prenda basta para que desde cualquier otro país del mundo esté siempre un español suspirando por la amada patria, con todo su atraso y con todas sus calamidades y sus desarreglos políticos, entonces *factum est de nobis*, perdimos lo mejor que nos había regalado la providencia.

En una cosa tienen los franceses un orgullo harto subido de punto. Esta cosa se explica por estas frases que no omite ningún francés que escriba de ciencias, de política, ó de industria: «Esta gran nación que marcha al frente de la civilización europea.» «La Francia, que va delante de todas las naciones en la industria y en las artes.... etc.» Yo no entraré ahora á calificar hasta qué punto sea fundada ó infundada esta vanidad, que pienso tiene de todo: título solamente como uno de los rasgos que caracterizan al pueblo francés de este siglo.

VARIOS VICE-VERSAS.

Los franceses tienen fama de ligeros, versátiles, vivos, y de consiguiente de hombres de poca espera. Sin embargo estos mismos franceses se encaminan á las cinco de la tarde á un teatro cuya función principia á las seis y media. Se colocan á la puerta en dos filas unos tras otros según van llegando, lo cual llaman hacer *cola*. El objeto de esta *cola* es tomar la vez para conquistarse el mejor asiento de cada localidad (con arreglo á la infame distribución de las localidades teatrales), por cuyo medio se economizan también algún franco. Al cabo de la hora y media de *cola* entran, y los ligeros y vivarachos franceses tienen flema y pachorra para ver en una noche un drama en cinco actos, una comedia en tres, un vaudeville en uno, y un baile grotesco, y para servir de prensa á una banqueta ó una silla desde las seis y media hasta las doce. Esto no se explica sino por la regla de los *vice-versas* y por su excesiva pasión á los espectáculos.



Créese generalmente en España que cada francés ha de ser un figurin de modas, puesto que de allí nos vienen, y de allí salen para derramarse é inundar toda la haz de la tierra. Sin embargo por un vice-versa muy notable, se ven muchos mas figurines ambulantes de ambos sexos por las calles y paseos de Madrid que por las de la capital de Francia, mucho mas esmero y mas exagerada elegancia en vestir. Bien es verdad que los franceses y francesas generalmente por las calles no andan *vestidos*, y solo se *visten* para las *soirées* y visitas de etiqueta, y entonces no se los vé porque van en coche. Ningun Parisien ó Parisienne que vaya *vestido* va á pié, y esto no por lujo sino por necesidad y economía, porque en las siempre húmedas y lodosas calles de París, siempre baqueteadas de carruages y de gente, hay un continuo é inminentísimo peligro de encontrarse inutilizado de un salpicon cualquier trapito de algun valor, y la economía del coche costaria un *plus ultra* de francos que se trata de evitar.

Vistense tambien los Parisiens para asistir á los teatros, especialmente al Italiano y al de la Academia Real, donde el brazo desnudo en las señoras (que en el código indumentario femenino se llama ir muy *vestidas* las que van mas *desnudas*) y el guante blanco en los caballeros son casi de ordenanza.

Ni fuera de estrañar tampoco que en la cuna de las modas fuese donde menos esmero y afan hubiera por ellas, puesto que por otro *vice-versa internacional* sucede que no usándose en Francia mantillas ni abanicos, se están surtiendo de Francia nuestros comerciantes españoles de abanicos y mantillas, en lo cual dejo á la consideracion de los que intervengan en la ley de aranceles y de los directores de aduanas y resguardos, el favor que resulta á la industria nacional.

Pasan los franceses por gárrulos ó charlatanes. Sin embargo por otro *vice-versa* del pais, cuando van de viage andan y callan, y en las mesas callan y comen. Pero no en vano tienen reputacion de lo primero, siempre que lo creen necesario para la atraccion de los francos.

Varios otros *vice-versas* quedan notados en el discurso de estos apuntes de observaciones.

OTRAS COSILLAS SUELTAS.

Los franceses son espirituosos, entusiastas, de fácil comprension y de imaginacion viva, pero poco previsores: ven mucho para hoy y poco para mañana. Aunque egoistas, no son generalmente avaros, porque su aficcion á los goces de la vida les hace gastar lo que adquieren. Y esta misma adquisibilidad y este mismo apego á la fruicion, cuando ó no pueden satisfacer tantos goces como sehan propuesto, ó no encuentran ya nuevos goces que inventar, los conduce á la desesperacion ó al hastío, y por consecuencia al suicidio.

La lectura es una de las aficiones, que tambien ha llegado á

hacerse una de las necesidades de los franceses. Mas de cien diarios de todas las materias se publican en París, y los gabinetes de lectura, los cafés, los teatros, los hoteles, todo lo inundan los periódicos. Allí todo el mundo lee; la clase alta, la media, el pueblo, no hay nadie que no lea; y hasta los cocheros de alquiler entretienen los ratos de estacionamiento en ojear una novelita, en foliar una comedia, ó en repasar una fisiología. Bien es verdad que tambien todo el mundo escribe bien ó mal, de lo que conoce ó de lo que no conoce, en lo cual suelen no ser muy escrupulosos los vecinos, antes si un tanto arrojados; y á no hallar ya cosa nueva de que escribir, publican *La vida privada de Napoleon*, *Los amores secretos de Lord Byron*. *El arte de seducir* y otros artes peores ó menos decentes, que se hallan de manifiesto con sus correspondientes láminas en los *Boulevarts* de los *Capuchinos* y de la *Magdalena*.

Otra de las cosas que marcan y caracterizan al pueblo francés es el rotulage de las tiendas: «*A la gran campana: á la bola de oro: al almacén del Olimpo: á la pluma encantada: al gran Tamerlan: al cisne misterioso: al aguila negra: á la estrella del norte: al anillo de Saturno: al gigante Gedeon: á las tres Gracias: á las mil columnas: á la redención del mundo: al ángel esterminador*; y mil y cien mil y un millon de títulos mas pomposos y estravagantes que estos, con que bautizan si se ofrece una tienda de aceite y vinagre ó un almacén de ropas de desecho.

HISTORIA DE MI BASTON.

Yo que soy de aquellos hombres que no aciertan á andar con los pies sin llevar algun cachivache en la mano, habia comprado en Burdeos un baston ó sea un palo de sarmiento que me costó diez cuartos. Pues bien, esta alhaja, que es una de las prendas que conservo como uno de los recuerdos históricos de mi viaje, me tenia ya de coste á los tres meses cinco duros. Este secre-

to, esta habilidad para sacar contribuciones indirectas, solo la poseen los franceses.

Es el caso que allí no se puede entrar en ninguna parte con baston: al entrar en el teatro, en el museo, en la biblioteca, en el hospital, en la cárcel, en el templo, hay que dejar el baston en la oficina destinada al efecto, y no se recoge sin entregar en mano del depositario recaudador dos sous, tres sous, ó cuatro ó seis sous, que al cabo del trimestre vienen á sumar la cantidad de 25 francos por lo menos con que ha aumentado el estrangero investigador las rentas públicas de la Francia. Esta contribucion pudiera ahorrarse con renunciar á este utensilio innecesario; pero el cálculo de los franceses todo lo ha previsto, y ha tenido á bien imponer el mismo gravámen sobre los paraguas, y como la Francia es un pais donde llueve con tanta frecuencia que hace el susodicho mueble cuasi de diaria necesidad, la contribucion indirecta viene á ser sobre corta diferencia la misma.

Este ingenioso medio de sacar los francos no es mas que uno de tantos otros *ejusdem generis et speciei*, que no harán mal en tener presentes los que se propongan visitar el pais para el competente avance bursatil que debe preceder.

Y VOY A SALIR.

Omito pues mis escursiones á *Saint-Cloud*, á *Fontenbleau*, y á otros puntos, como muchas otras observaciones que se quedan por apuntar, en gracia de las muchas páginas que ya lleva este tomo, y dispóngome á salir de París en compañía de mi inseparable lego Tirabeque. Tenemos ya entregados los cien francos que nos cuestan los dos billetes de diligencia para Bruselas; vamos al despacho mensagerías reales de Nuestra Señora de las Victorias; entramos en nuestro carruage; suenan las doce; la última campanada se confunde con el *hiu* del conductor; emprenden los caballos su compasada marcha; ponémos en camino en medio

de una densa niebla, y llegamos á comer á *Peronne*, pequeña ciudad llamada *la Doncella*, porque nunca ha sido conquistada, y donde murió prisionero Cárlos el Simple, que fué la última y la mas solemne simpleza que cometió. Allí tuvimos el gusto de hallarnos con otros dos españoles que llevaban la misma ruta.

Y ME PARO AL INSTANTE.

A las dos de la mañana estábamos en *Cambray*, ciudad de cerca de 46,000 habitantes, donde se hizo el famoso tratado de paz de 1529 entre Francisco I y Cárlos V. El ser de noche y el habernos detenido pocos momentos me privó del gusto de ver el monumento que se ha erigido en honor del inmortal Fenelon.

Serian como las nueve cuando llegamos á *Valenciennes*, ciudad fuerte como fronteriza ya, dividida por el Escalda en dos partes desiguales; una de las mas manufactureras de la Francia, y notable por sus fortificaciones y por su casa consistorial.

«*Descendez, Messieurs, s' il vous plait,*» nos dijo el conductor á eso de las doce.—¿Pues con qué motivo bajamos aquí?—Porque hay que dar los pasaportes y que entregar los equipages



para el registro. » Era que nos hallábamos en *Quiévrain*, primer pueblo de Bélgica, y primera línea de aduanas.

Aquí daremos tiempo á los dependientes de la aduana belga para que registren los bagages tan á su satisfaccion y tan despacio como gusten, y el lector tendrá la dignacion de dar un descanso á los viajeros, que proseguirán su marcha, sino tan pronto como quisieran, tan pronto como pueda ser.

Y ME PARO AL INSTANTE.

A las dos de la mañana estábamos en *Cambray*, ciudad de cerca de 18,000 habitantes, donde se hizo el famoso tratado de paz de 1839, entre *Francia* I y *Carlos V*. El ser de noche y el habernos detenido pocos momentos me privó del gusto de ver el monumento que se ha erigido en honor del inmortal *Fenelon*.

Serán como las *Antillas* y *Venezuela*, ciudad fuerte como *fronteira* ya, dividida por el *Riscalda* en dos partes desiguales; una de las mas manufactureras de la *Francia*, y notable por sus fortificaciones y por su casa consistorial.

Barcelona, *Mexico*, y *el conde de* nos dijo el conductor á eso de las doce.—¿Pues con qué motivo bajamos aquí? Porque hay que dar los pasaportes y que entregar los equipajes



INDICE

DE LOS ARTICULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	Págs.
Salida de Madrid.	3
Modelo de administracion.	5
Somosierra.	6
Y prosigue su camino.	8
Entrada y salida de Búrgos.	10
Vamos andando.	16
Entre dos peñas feroces.	18
San Isidro y un comisario de guerra.	20
Bien seria, pero no es necesario.	21
Provincias vascongadas.	23
Artículo aparte.	25
Pero adelante.	26
FRANCIA.—El paso del Bidasoa.	33
Conocimiento y reconocimiento.	35
La mano del Gobierno.	37
¿Y Tirabeque?	39
BAYONA.—Cosas generales.	42
Cosas particulares.	43
La misa.	45
Cositas varias.	46
Pasaportes.	48
La Malle—poste.	48
Las Landas.	50
El que no habló.	55
Idea general	56
Jean y Jeannette, ó Juan y Juanita.	58
La mesa redonda.	60
Carruages de ciudad	65
Omnibus.	66
El paseo de Tourny	70
Guía del estrangero en España.	73
Los templarios.	78
Clérigos franceses.	79
Sermon protestante.	82
Visperas católicas.	83
Si quieres silla daca la monedilla.	86
El castillo de Montesquieu.	87
Aventurillas de un dia de ausencia.	93
La fiesta de los peluqueros.	96
Las montañas rusas.	98

El cementerio.	99
El hospicio.	103
Los teatros.	105
La plaza de toros.	108
Mómas.	119
Primer camino de hierro.	124
El infante don Francisco de España.	129
Otra escursion en vapor.	132
El puente de Cubzac.	136
Telégrafos.	140
Agua, vino, cerbeza, helados y otras cosas potables.	146
La Raquel y el gracioso de brocha gorda.	150
La muerte del viagero.	154
Antes de salir.	157
Angulema.	159
Poitiers.	163
Santa Cruz de Mudela.	164
El jardin de la Francia.	165
Aun prosigue.	168
Orleans.	169
Las cercanias de París.	171
PARÍS.—Primera dificultad.	173
Primeras impresiones.	176
Primera y segunda diligencia.	179
Palais royal.	185
Los Boulevarts.	189
Los anuncios.	196
La casa de Fieschi.	201
Plaza de la Concordia.	202
Tirabeque en la Cámara de los diputados.	210
La tumba de Napoleon.	217
Los Inválidos.	220
Las Tullerias por dentro.	223
Los campos Eliseos.	228
Templo calvinista.	235
Teatros.	239
La grande ópera.	241
El baile.	247
Gisela ó las Willis.—Drama fantástico en dos actos.	248
Espedicion á Compiègne.	261
Dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe.	265
El cementerio del P. Lachaise.	275
La Isla de los españoles, y Abelardo y Eloisa.	281
Versalles.	285
Fourier y los Fourieristas.	290
Reforma completa del mundo.	296
Tirabeque en el Panteon.	302
Teatro italiano.	308
La prision de muchachos.	314

La ermita y pabellon de Rousseau.	317
Saint-Denis.	325
La gran muralla.	328
Un culto raro.	329
Misa original.	332
Misa por Napoleon.	339
El príncipe de la Paz.	343
Mi retrato.	348
Lo mucho que queda.	353
El Louvre.	354
Templos.	357
Columnas.	359
Palacios.	361
Museos.	} 362
Bibliotecas	
Academias y sociedades literarias de beneficencia.	363
Y muchas otras cosas.	364
Catacumbas.	366
Postas, correos, correspondencia pública.	367
Carácter y costumbres de los franceses.	368
Varios vice-versas.	380
Otras cosillas sueltas.	382
Historia de mi baston.	383
Y voy á salir.	384
Y me paro al instante.	385



La ermita y pabellon de Honsean	317
Saint-Denis	325
La gran muralla	328
En culto raro	329
Misa original	332
Misa por Napoleon	333
El principe de la Paz	343
Mi tratado	348
Lo mucho que queda	353
El Louvre	354
Templos	357
Columnas	359
Placias	361
Museos	362
Bibliotecas	363
Academias y sociedades literarias de beneficencia	363
Y muchas otras cosas	364
Alacambas	366
Postas, correos, correspondencia publica	367
Caracter y costumbres de los franceses	368
Varios vice-versas	369
Otras cosas sueltas	382
Historia de mi baston	383
Y voy a salir	384
Y me paro al instante	385
Los Boulevards	385
Los anuncios	391
La casa de Fieschi	392
Plaza de la Concordia	392
Timbre en la Casa de los diputados	397
La tumba de Napoleon	397
Los Invalides	398
Las Tullerias por dentro	399
Los campos Eliseos	399
Templo calvinista	399
Teatros	399
La grande opera	399
El baile	399
Excursión a las Walle.—Juegos teatrales en dos actos	399
Expedicion a Combray	399
Das dies de teatro en el teatro de Saint Peire	399
El comediante del 7	399
La isla de los capitanes	399
Verdades	399
Fuente y los	399
Reforma completa del teatro	399
Timbre en el teatro	399
Teatro italiano	399
La prision de un frances	399

INDICE

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

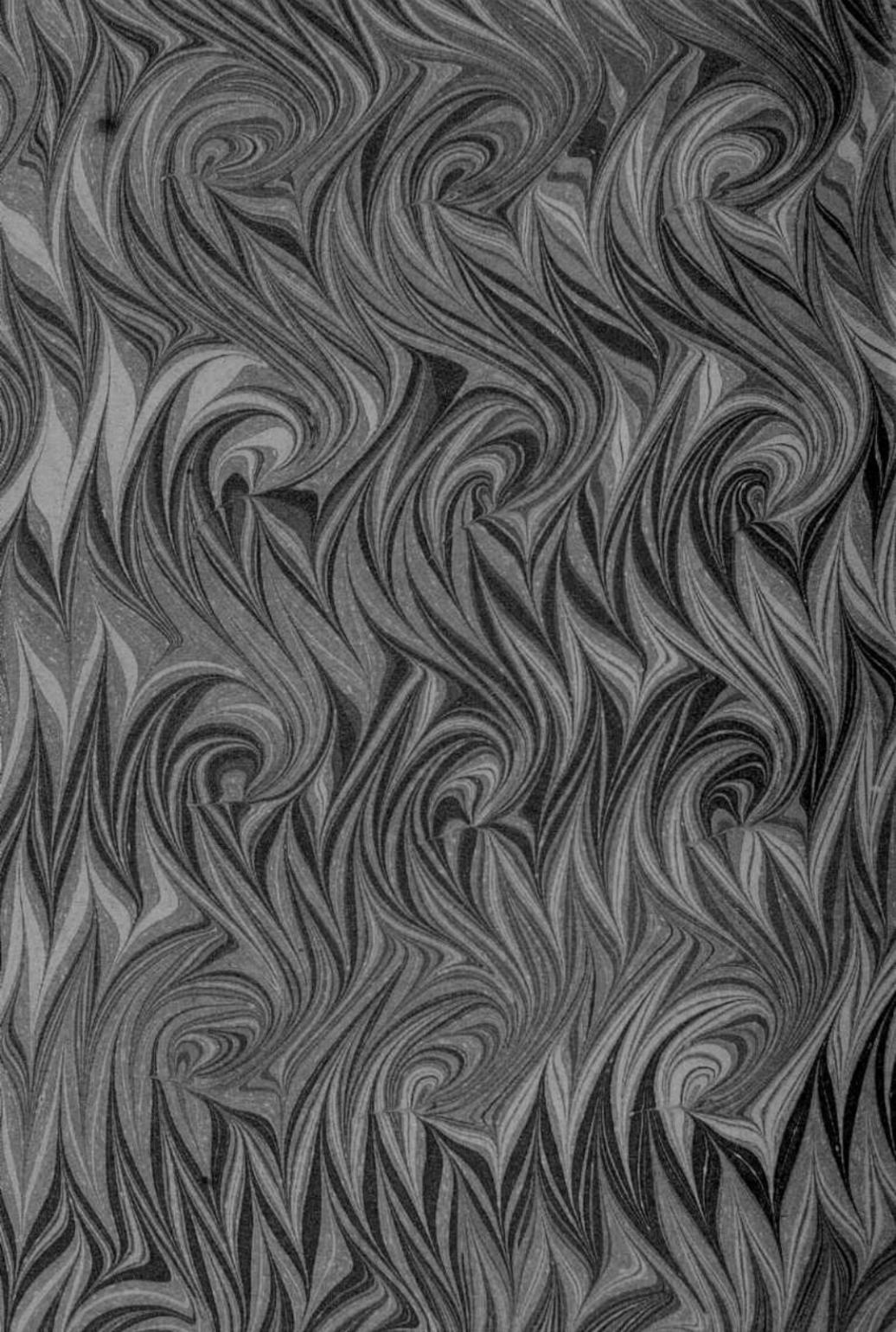
<u>Entregas.</u>	<u>Láminas.</u>	<u>Págs.</u>
1. ^a . . .	Entrada en Búrgos.	43
2. ^a . . .	Plaza de Oyarzun.	30
3. ^a . . .	Vista de Bayona.	44
4. ^a . . .	Id. de Burdeos.	57
5. ^a . . .	Paseo de Tourny	71
6. ^a . . .	Castillo de Montesquieu.	88
7. ^a . . .	Fiesta de los peluqueros.	97
8. ^a . . .	Mómiás de Burdeos.	121
9. ^a . . .	Puente de Cubzac.	137
10 . . .	La Rachel.	150
11 . . .	Orleans	171
Id . . .	Vista de París.	176
13 . . .	Plaza de la Concordia.	202
14 . . .	Cámara de los Diputados.	211
Id . . .	Tullerías.	223
17 . . .	Gisela ó las Willis.	259
18 . . .	Cementerio del P. Lachaise.	275
Id . . .	Versalles.	286
19 . . .	Panteon.	304
20 . . .	Prision de muchachos.	312
24 . . .	Saint-Denis	325
22 . . .	Mi retrato.	350
23 . . .	Palacio de Justicia.	362
24 . . .	Costumbres francesas.	369

INDICE

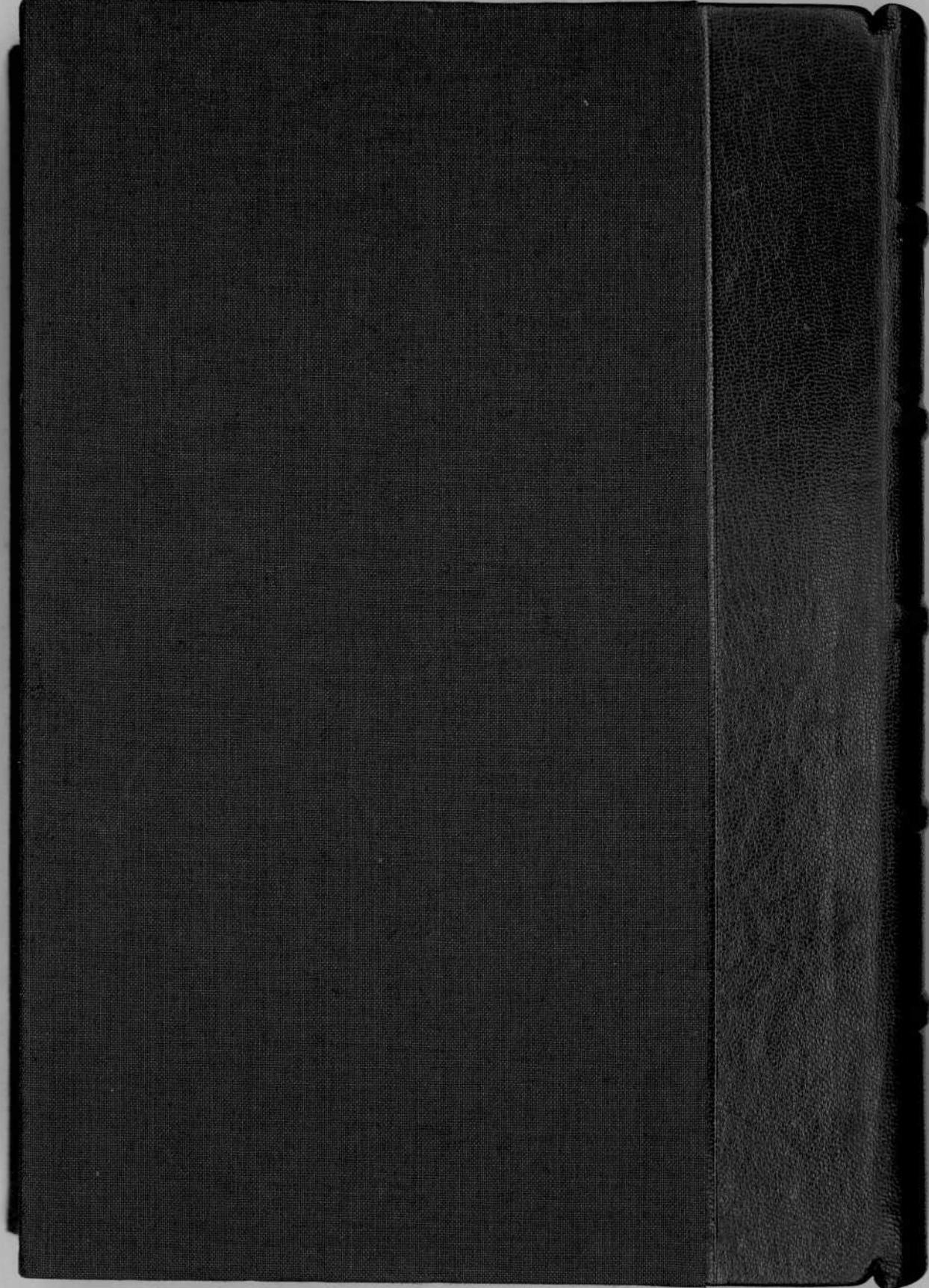
PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS

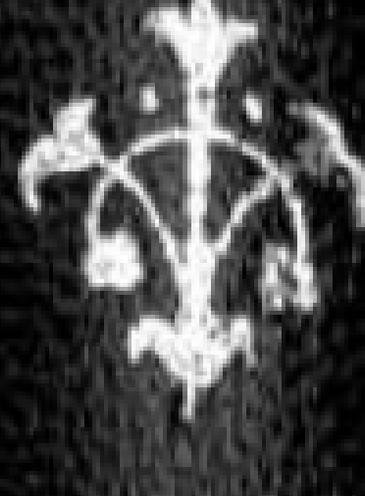
Págs.	Láminas	Figuras
13		1.ª Entada en Burjos.
30		2.ª Plaza de Oyarzun.
41		3.ª Vista de Bayona.
57		4.ª Id. de Burjos.
71		5.ª Paseo de Touray.
88		6.ª Castillo de Montespignon.
97		7.ª Fiesta de los peluqueros.
131		8.ª Moinas de Burjos.
137		9.ª Puente de Cubzac.
150		10.ª La Rachel.
171		11.ª Orleans.
176		12.ª Vista de Paris.
202		13.ª Plaza de la Concordia.
211		14.ª Cámara de los Diputados.
223		15.ª Tollerias.
230		17.ª Gisela ó las Willis.
272		18.ª Cementerio del P. Lachaise.
286		19.ª Versalles.
304		20.ª Pantón.
312		21.ª Prision de muchachos.
325		22.ª Saint-Denis.
350		23.ª Mi retrato.
362		24.ª Palacio de Justicia.
369		25.ª Costumbres francesas.











VIAJES
DE FA,
GERUNDIO

